

los soldados que con él estaban, pero no le pareció acertado hazello; porque de mas de aver algunos dias que avian salido del alojamiento de la Tora, estaban quasi treynta leguas apartados de la gente, y ellos eran pocos para si ovien de dar en alguna poblacion de Indios bellicosos; y así acordó no pasar de allí sin volver a dar cuenta de lo que avia visto y hallado al General. Y haciendo lo así, se bolvió a donde avia dexado las canoas, las quales halló porque dexó en ellas Españoles que las guardasen; y embarcandose en ellas con sus compañeros, llegó a la Tora, donde con la buena nueva que llevo, dió muy gran contento a toda la gente y especialmente al General, que tanto avia deseado y deseaba hallar rastro y camino por do aquella sal venia y era trayda. Y así el proprio General Jimenez de Quesada promiso luego por su persona ir a hazer aquel descubrimiento, y proseguir aquel camino que S. Martin para la Sierra avia hallado; y con toda presteza mandó aver visto la gente que de a pie y de a caballo avian con él de ir. Y puestos todos a punto, se partió el General por tierra, llevando las canoas por el rio, en tiempo de muy recias aguas que

208  
estaba en la Sierra, como en lo llamo Nouian; y marchando con el continuo trabajo de ir abriendo camino por ser la tierra montuosa, fue bajando por las riberas del traquele y rio, que S. Martin avia andado arriba, que avia desde el pueblo de la Tora, hasta la primer venta de buhgo, que S. Martin avia descubierto de Sal, quatro leguas, en las quales fueron nuestro General y Españoles tan acompañados de trabajos, quanto hasta allí los avian traydo. Porque de mas del aver de ir abriendo el camino a pura fuerza e industria de brazos, con las muchas aguas el rio creció en tanta manera, que inundando mucha parte fuera de su natural camino y corriente, combenía a nuestros Capitanes y soldados, que de dia anduviesen y caminaren como peces por el agua, y de noche se subiesen a dormir a los árboles; y esos pocos caballos que consigo llevaban, no eran en nada reservados; porque durante el tiempo que la inundacion y creciente del rio tuvo, que fueron quasi diez dias, siempre dormian el agua a la cintura, y los soldados que a pie caminaban, todo este tiempo lo llevaban quasi a los pechos. Y en el comer se padecía el mismo trabajo; porque como la gran



creciente del río le detubo en el camino mas de lo que  
avian de estar hasta llegar a las ventas donde avia  
comida, acabóseles ese poco matalotaje que de la tona  
sacaron antes de tiempo. Daban por ración a cada  
capitan y soldado quarenta granos de maiz tortado por  
día; así el maior regalo que en estas quatorce leguas  
de camino y navegacion tuvieron, fue veyena, que  
por yerro se avia vendido trasellos de la tona, con  
cuya carne se hizo un celebre convite a los principa-  
les, que entre ellos no fue menor estimad, ni en me-  
nos temido, que los que algunos Emperadores Roma-  
nos acostumbravan dar, en que gastaban gran parte  
de lo que las ventas de su imperio rentaban. Y puede  
se creer, y así lo affirman algunos de los que presen-  
tes se hallaron, que pies, manos, cabeza, tripas ni  
pellejo del perro dexo de ser tan apovechad, como  
si fuera un muy gentil carnero y aun ma. Porque  
pocas veces se apovecha el pellejo de un carnero si no  
es para efectos de poca importancia, y el deste perro apo-  
vecho para comer. Al cabo del dicho tiempo llegaron a la  
primer venta, que fue entera remedio de toda la gen-  
te que con el General iban; porque a tardarse los

169  
soldados dos días mas, no pudieran llegar ni menos pu-  
dieran tornar, porque todos o los mas perecerian, pues  
era imposible podese sustentar muchos días caminando  
por agua y sin comer. Allí hallaron algun maiz y otras  
raíces, que debaxo de tierra se crián, donde se holgaron,  
y descansaron y reformaron algun tanto de la calamidad  
y trabajo pasado. Después de algunos días, el General  
prosiguió su viaje y descubrimiento, hasta llegar a las  
ultimas ventas y buhyos donde S. Martin avia llegado  
y buelto; las quales, como se a dicho, estavan que-  
tas al principio de las aperezas de la sierra, por la qual  
era dificultoso entonces subir caballos, por no traer  
todo el aderezo necesario para aderezar el camino. Y  
así determinó el General de quedarse allí con los ca-  
ballos, y embiar gente de a pie, que fuesen a descubrir  
lo que adelante avia, y siguieren obstinadamente  
aquel camino por do parescia bajar los paves de  
sal dichos. Avia antes desto con mucha diligencia  
procurad el General aver algun Indio de los que  
en aquellos buhyos habitaban, para guia e infor-  
marse de la devota que debian tomar, y jamás lo  
pudo aver aunque llenaba consejo muy buenos y



diligentes soldados y aun rastreadores, en lo qual se  
 avia detenido ocho dias; y al fin viendo que no podia  
 hallar lo que pretendia, se determino, como he dicho, a  
 embiar a descubrir gente de a pie. Al qual efecto em-  
 brio a los Capitanes Juan de Zepedes, y Lázaro Ponte,  
 y a su Alférez general Antonio de Nalla y otros muy  
 buenos soldados, dandoles de termino y plazo solamente  
 diez dias. Pero a los Capitanes pareciendoles poco, en  
 secreto se dixeron, que eran necesarios veinte, en los  
 quales si no hallasen de su descubrimiento, los tuvie-  
 sen por muertos. El General lo tubo asi por bien,  
 y con esto se despidieron del General a descubrir, no visto  
 con el aparato de mamas, y chinias, y chinios y otras su-  
 perfluidades, que en este tiempo se usan dignas de ser  
 reñunadas y aun castigadas, sino con sus armas a cues-  
 tas y sus mochilas al hombro, en que llevaban un poco  
 de maiz tostado; y quando avia algun Indio que por  
 la industria de sus padres sabia molar y hacer quatro  
 bollos muy paxosos, esto era todo el regalo del mundo; y  
 muchos y muy buenos escogidos y estimados soldados avia,  
 que no se depreciaban de molar el maiz y hacer dello  
 guiches y otros potajes y guisados en aquel tiempo y

entre ellos tan estimados, quanto en otros tiempos abso-  
 luidos. E como avia muy pocos que fuxesen servicio de  
 Indios, toda la demas comunidad de buenos soldados eran  
 forzados a servirse en todas las cosas de que tenian necesi-  
 dad, como era quitarse de comer, lavarse la ropa, coger  
 la caja en que avian de dormir, y abaxarse a otros mas  
 humildes officios, y esto sin hacer falta ni peccar  
 a lo que les fuese mandado por sus Capitanes y soldados.  
 Todos estos trabajos y otros que en silencio paso, me presen-  
 ten dignos de todo galardón y premio, de los quales si  
 agora se tratase entre soldados, que a muchas poblacio-  
 nes y descubrimientos oviesen de ir, soy cierto que  
 aunque esperasen muy gran premio por aver de pasa-  
 rlos, no lo aceptarían, antes lo dexarian de conseguir.

Capitulo undecimo en que se escribe, como  
 el General Jimenez de Quesada embio los  
 Capitanes Zepedes y Ponte a descubrir  
 por las sierras de Ipon adelante.

Los Capitanes Zepedes y Lázaro Ponte con veinte  
 hombres que les fueron dados por su General, se parte-



ron de donde él estaba, y comenzaron a caminar con  
sus armas y comida auestas por un estrecho y angosto  
camino, subiendo por una asperísima y alta sierra  
foda cubierta de muy espesa y cerrada montaña, que con  
dificultad les dexaba ver la claridad del sol, sin llevar  
persona que los guiase, ni encaminase y diese alguna  
buena esperanza, que es la que suele hacer tolerables  
y valaderos qualesquier trabajos por insuperables que sean.  
Solamente iban sujetos a donde su fortuna y el te-  
mate de aquel camino que seguían, les quisiese he-  
char. Verdaderamente yo no hallo que enteramen-  
te se puedan vencer los trabajos, riesgos, infortunios  
y otras adversidades a que se sujetan y ponen los  
hombres, que semejantes descubrimientos toman entre  
manos. Porque los que van a guerras de reynos con-  
tra reynos, llevan entre las manos sus premios, y ven-  
los cada día delante de sus ojos; y puesto caso que allí  
van sujetos a cien mill. quientos de peligros, el galardón  
que de próximo esperan aver con el despojo y saca-  
de las ciudades, los trophos y honras de las victorias,  
el tener presentes a sus Rejes de quien esperan  
grandes premios y galardones, los anima a seguir

123  
semejantes guerras: pero aquí en este descubrimiento, en  
la una parte, como he dicho, se quedaba el compañero  
animado a evitar la muerte de hambre; en la otra, ar-  
rebatada el cayman al pariente; en la otra, llevaba  
el tigre al amigo; en la otra morían sabiendo los sí-  
ntomas de las heridas, que con hiervas les bavian dado, en  
fermadades, hambres que suelen hacer más intolerables  
los trabajos, y sobre todo, sin saber a donde van, ni que  
galardon abrán, si serán tomados a manos de gentes  
no vistas ni conocidas, y por ellos hechos pedazos, se  
meten agora con animos inquietos, cargados de sus co-  
midas y con sus armas auestas, por una sierra ade-  
lante, que solo el miralla ponía temor, sujetan-  
dose en todo y por todo a la fortuna, que pocas veces  
suele dar esperanza con enteros contentos, porque les  
parecía, que porque por aquel caminito que seguían,  
baxaban aquellos panes de sal, que venían de tierra  
que no podía dexar de serles muy útil y provechosa.  
Caminando, pues, nuestros descubridores subiendo  
y baxando sierras, y pasando arroyos y barrancos,  
dieron en un lugarjo poblado en las peñascas monta-  
ñas de hasta doce casas, cuyos moradores aviendo



do antes sentido la gente nunca por ellos vista, que a sus casas iban, las desampararon y procuraron ponerse en salvo. Los capitanes, hallando allí mas abundancia de comida, que donde avia quedado el General Ximenez de Quesada, le embiaron a decir con ciertos indios, que podia pasarse él y la gente que consigo tenia a aquel lugar, donde podian mejor sustentarse, y si no quisiere hacer esto, les embiasen de la gente que tenia consigo para mas seguramente pasar mas adelante con su descubrimiento; y ellos y sus indios procuraron o pusieron toda diligencia en aver algunos de los moradores de aquellos indios; pero como ellos se avian puesto en cobro, y era menester andarlos a cazar por las montañas como a fieras, no pudieron aver mas de solo un Indio, que admirado y espantado de ver semejante novedad de gentes, que las que en su pueblo veia, estuvo dos dias con sus noches sin hablar palabra, creyendo que los Españoles era alguna gente fiera, y que comian carne humana, por lo qual esperaba, que en breve le avian de dar la muerte y comerselo; pero viendo este barbaro que su muerte se dilatava y que no hacian del lo que pensa-

382  
ba, a cabo del tiempo dicho, hablo a la lengua quasi como hombre desesperado y que deseava ya ver el fin y remate de su vida, con que todo temor se acaba y le dixo: estos barbados que ni son gente como nosotros, ni animales de los que en los arcahueros se crian, que piensan hacer de mi, si me an de comer, porque no acaban de darme la muerte, y si no, porque no me sueltan y dexan que me vaya donde quisiere. Visto por los capitanes lo que el Indio decia tan desesperadamente, le comenzaron a consolar y decir con el interprete que temian, que se le escapase su espíritu y no temiese recibir daño ninguno, porque ni eran gentes que comian carne humana, ni pretendian del mas de informarse de lo que adelante avia, y de donde él o sus compañeros trayan aquellos grandes panes de sal, de la qual le mostraron un gran pedazo. El Indio perdido ya el temor de perder su vida, les dixo: que con mucha alegria los llevaria adonde aquella sal se haria, y que les era necesario hacer comida o matalotaje para tres dias, que avian de caminar por deshabitadas montañas, lo qual los Españoles hizieron con mucha alegria. El General Ximenez de Quesada, aunque los Españoles le llegaron



mel rescate y mensaje que sus capitanes le embiaban  
del lugarjo donde estauan, no le parecio que el camino  
de la sierra, ni la subida della era tal, que por enton-  
ces la pudiesen subir los caballos; y por no desamparallos  
ni dexallos en auentura de que se perdiesen y los to-  
masen los Indios, embio toda la gente que consigo te-  
nia a donde los dos capitanes estauan, y el con ocho  
compañeros se quedo en aquellos buhyos con muy gran  
riesgo de sus personas, asi por la poca comida que tenían,  
como por enfermedades que luego les dió. Llegó él  
como que el General embio a sus capitanes, y luego se  
partieron con su guia y adalid para adelante, y parados  
los tres dias, llegaron al valle que por nombre proprio  
de sus naturales, es dicho Opou, de donde los Españoles  
dieron la nombradia a toda la serrania, que por aquel  
camino ay, desde el Rio grande, hasta la tierra llana  
o rasa del reyno, a la qual llamaron las Sierras de  
Opou. La guia lleuó a nuestros Españoles a dar en  
un lugarjo y pueblo de hasta ocho o diez casas, don-  
de por no tener los moradores noticia de los Españoles,  
estauan algo descuydados, y se tomaron una docena de  
personas varones y hembras, entre los quales auia

553  
una India que parece, que con mas amor que los demas  
se aficionó a los Españoles, y o porque ella deuia estar  
mal con su Carique, o por la poca fee que estos barbaros  
suelen tener con sus mayores y compañeros, hablo con  
la lengua y interprete que lleuaban y le dixo: Di a es-  
ta gente, que pues nos ay preso a nosotros, que vayan tam-  
bien a prender a nuestro principal y Carique, que bien  
cerca de aqui esta en ciertos regocijos. Los capitanes  
embieron luego una escuadra llamada Juan Valen-  
ciano con ocho hombres, los quales dió en donde el  
Carique de Opou estava celebrando unas bodas o depro-  
sitos con una mucha muger que tomaba, y prendiendolo  
con otras quinze personas, interrumpieron sus regocijos  
y se boluieron a donde los capitanes auian quedado,  
los quales se hilgaron y alegraron mucho con la presen-  
cia y vista del Carique, al qual hizieron todo buen tra-  
tamiento, dandole de algunas quantas de España y  
otros rescates que consigo lleuaban, y le hablaron dicen-  
do; que ellos no le venian a dañar en ninguna  
cosa, antes tenían en mucho su amistad, la qual le  
conseruarián y guardarián todo el tiempo que él no  
la quebrantase, y que al presente solo querian que



los lleuase y encaminase al lugar y parte donde la sal que allí le mostraron se hacia, porque su capitán los embiaba a aquel efecto. El caraque mostro tener en mucho la amistad de los Españoles, y les respondió aunque con mal proposito de hacerlo que le rogaban, y lleuolos donde la sal se hacia. Los capitanes, vito etc, dieron luego orden en hazer algunos algarates con que sus Españoles fuesen calzados; porque algunos jornadas andan caminando sin traer cosa alguna debajo de los pies; y así de unas hamacas o tabanar de algodón que allí hallaron, capitanes y soldados todos trabajaron dos dias sin parar en hazer sus algarates, unos haciendo suelas, otros encapelland y otros enfundand, y desta suerte proveyeron aquella necesidad, que no era pequeña. El caraque de Espou, pretendiendo librarse de las manos de los Españoles, o matarlos, auia mandado que toda su gente estuuiere con las armas en las manos con proposito de meter los Españoles por su poblacion, y que en ella fueren acometidos y heridos de los suyos; pero Dios todopoderoso estubo que esta maldad deste barbaro no se efectuase y fuere descubierta y remediada desta manera. Estando caminando

134  
los Españoles y lleuand por guia el caraque de Espou, la India que antes les dio aviso que prendiesen este caraque, les dixo asimismo como los lleuaba por fuera del derecho camino a meter en una celada o emboscada de Indios, que tenia puesta para matarlos, que mirasen lo que hacian, porque si lo seguian, todos serian muertos. Con esto los Españoles se detuvieron, no pasando adelante por entonces, y tomand el capitán Zepeda al caraque le dixo mediante el intérprete, que porque era hombre de poca fee y era tan mala y perueria, que auicendoles prometido de serles amigo y de lleuallos por camino derecho a donde la sal se hacia, les faltaba ya en todo, y torciend la via los lleuaba a meter entre sus vasallos, que emboscados tenia puestos para damnificarlos, que no curase de intentar aquellas novedades y maldades, sino que los lleuase por derecho camino; porque si con destinaçion pretendiese preualer en su maldad, en breue le darian una miserable muerte con que ouiese enteso castigo de su locura y atreuimiento. El caraque comenzo a negar la verdad y trompear en sus palabras, por lo qual vn soldado de consentimiento de los



capitanes le dio un cintarazo de mano con el espada,  
que lo derribo en el suelo; y como el cacique viese que  
su persona empezaba a ser maltratada por su incons-  
tancia y mala fee, embio luego un Indio a sus va-  
sallos y subditos, que dexadas las armas, viniesen lue-  
go con comidas y mantenimiento a cierto lugar, donde  
aquella noche avian de ir a dormir; y dexand aquel  
camino, guio y llevo a los Espanoles por su derecha  
reseta y via. Porque esta gente que en todo procuran  
imitar a los brutos animales, ninguna cosa hacen  
ni cumplen por virtuosos ni voluntarios respectos, sin  
forzados y constringidos del castigo y enclivillo, que  
presente tienen. Y asi los llevo aquel dia a dor-  
mir a su alojamiento, donde sus Indios acudieron  
como el **la** Nua mandado, cargados de comidas, de las  
quales, dixo a los Espanoles, que tomasen las que necesi-  
ter oviesen para el camino de tres dias, que tenían de  
andar por aquella montuosa serrania hasta llegar  
a otra poblacion de Indios, que a cabo de aquellas jor-  
nas avian de hallar; lo qual fue hecho conforme al  
avisio. Y los capitanes gratificand al primer Indio  
que tomaron en el primer pueblo, que hasta alli los

285  
avia guiado y dando algunos rescates y cosas de Es-  
paña, lo dexaron y embiaron a su tierra. Y al taxi-  
que de Ipon, porque no se les absentase y dexase bur-  
lados, y quedasen sin ninguna claridad ni guia, le pu-  
sieron una soga al pescuezo, y lo encomendaron a  
unos soldados que tuviesen cuenta con el y ayudo de  
guardallo. Y llevandolo por delante para que los guia-  
se, caminaron por su serrania adelante, y anda-  
das las tres jornadas de muy perverso y doblado ca-  
mino, llegaron al valle que llamaron del Alferer,  
asi por aver llegado primero a el, que otro ningun-  
no el Alferer Antonio de Olalla, como porque des-  
pues el proprio Alferer quedo en el valle con gente,  
como adelante se dira. En este valle del Alferer avia  
mas gente y naturales, que aya en el de Ipon; algunos  
de los quales traxeron a los Espanoles mucha comida de  
la que en sus casas tenían, y aqui les torno avisar  
el cacique de Ipon, que hiciesen comida o matalotaje  
para otras tres jornadas, que les quedaba de monta-  
ña despoblada. Lo qual hecho, salieron del valle del  
Alferer, y caminaron adelante en seguimiento de su  
demanda de la Sal, y llegaron cumplidas las tres jor-



nadas al valle de las Humas, que despues fue dicho el valle de la gruta, por las muchas voces y gruta que oiron, quando despues el General con toda la gente entró en él. Esta este valle fuera de todas las montañas y serranas de Oron, y al principio de la tierra rasa y alta del Reyno, cuya vista dió mucho contento a los Españoles, así por los muchos caminos que del salian y humaredas de los naturales que seyan, como por que no se les oonia por delante ninguna montaña, ni arcabuco ni serrania, que les estorbase la vista, la qual se entendia bien a lo largo. Los Españoles se alojaron en unos bohios o casas de Indios, que allí estauan, con abundancia de maiz y otras cosas de comer, pretendiendо descansar del trabajo pasado. El capitán Zepedes tomando consigo cinco hombres de los que menos auian sentido el trabajo, siguió por un camino de los que por delante tenían, y apartandose de los demas Españoles cosa de dos leguas, dió en un poblamiento de Indios en el qual tomó quasi treinta personas, y en un bohio que los Indios tenían por templo, halló ofesidas a sus simulacros ciertas piedras esmeraldas pequeñas de poco valor, y un poco de oro fino, con lo qual

todo dió la buelta a donde los demas Españoles auian quedado alojados.

Capítulo doce en que se escribe la buelta que los Capitanes Zepedes y Laxaro Ponte hicieron a donde su General estava y los Españoles que en el camino dexaron, y de como el General se volvió al pueblo de la Tona.

Los Capitanes Zepedes y Laxaro Ponte, aunque tenían necesidad de descansar algunos dias en el valle de la gruta con su gente que iba fatigada, no les daba a ello lugar el termino que su General les auia dado, dentro del qual se auian de hallar en el lugar donde lo auian dexado, así desde a otro dia dieron la buelta muy regozijados con la tierra que auian visto, y con la gente e insignias que della lleuaban; y llegados que fueron al valle del Aferer, les fue necesario dexar allí gente, porque a uno de los soldados se le auia desconcertado una pierna, y no podia caminar ni lo podian lleuar cargado; y así el proprio Aferer Antonio de



Nada se quedó allí con ciertos soldados, y prosiguiendo su  
tornabuelta, llegaron al valle de Gpon, donde buscáron  
al Cacique que consigo llevaban, que les prometiese  
de más Indios y comida para hasta donde estava el  
General esperando. El Cacique lo hizo, así que trayen-  
doles la comida que fue menester y algunos Indios que  
la llevasen, lo dexaron en su casa con gratificación  
de su trabajo y en su amistad y gracia. Porque aunque  
loavian llevado quasi apisionado hasta el valle de la  
grita, siempre se le avia hecho buen tratamiento á  
su persona, por donde el Indio no avia tomado ningun  
particular odio con los Christianos, antes siempre da-  
ba muestra de holgarse con su amistad. De allí se  
volvieron los Españoles á los tubijos primeros, ó lugar  
pej que en la sierra avian hallado donde tomaron la  
primer guia, en los quales avia cantidad de maiz;  
y porque los Indios no lo sacasen de los tubijos y lle-  
vasen á esconder á partes donde no pudiese ser auido,  
que sería muy gran daño para los Españoles que por  
allí avian luego con su General de pasar, se quedó  
en los tubijos el Capitan Laxaro Ponte con unos pe-  
cos soldados, y el Capitan Lejpedes con el resto de la

557  
gente y los Indios cargados de comida, prosiguiendo su  
tornabuelta, llegó donde el General Ximenez de Guada  
avia quedado con sus ocho compañeros, parte de los qua-  
les estavan enfermos de enfermedades contagiosas, que  
allí les avia dado; pero con la buena nueva de la tierra  
descubierta, que el Capitan Lejpedes les traxo, se alegra-  
ron muy mucho, y cobraron aliento y fuerza para  
proseguir su descubrimiento. El General acordó lue-  
go volver á la tiora para sacar de aquel aborramien-  
to su gente, y traella toda en descubrimiento de la  
nueva tierra; y dexand en aquellos tubijos al pie  
de la Sierra á su hermano Herman Perez de Guada  
con algunos soldados, que guardasen la comida que allí  
quedaba, se partió para el pueblo de la tiora; y llegado  
que fue al río el Brazuelo por donde avia subido, le fue  
forzado dexar los caballos y gente con ellos que los guar-  
dase, y el embarcandose en dos pequeñas canoas con  
los Capitanes Lejpedes, y S. Martin, y Salenzuela y  
Carrero navegó el Brazuelo el río abajo tres dias, en  
los quales llegó junto al propio río, donde acaesio  
una cosa digna de creerse, por aver sido por ella mi-  
lagrosamente librados de la muerte el General y los



demas Capitanes que con el iban. Y fue, que al tiempo que llegaron junto al Rio grande, el General tuvo voluntad de saltar en tierra, y poniendolo en efecto, se estuvo alli un bueso rato recreand con los que con el iban, por los quales fue persuadido y rogado que no se detuviese mas alli, pues tan cerca estava la demas gente que podia aver distancia de una legua hasta el pueblo de la Tora. El General les dijo, que estava de parecer y voluntad de dormir alli aquella noche. A los demas Capitanes parecieron mas locura que cordura lo que su General queria hacer, muy obstinadamente le importunaron y rogaron, que no lo hiciese, sino que fuese a dar algun contento a la demas gente, donde asimismo ellos podrian descansar. El General viendo tan importunado de los Capitanes que con el estava, se embarco en las canoas, y estando ya para navegar (encaminandole a el todo poderoso Dios) por que no pareciesen los Capitanes que alli iban, que eran los mas principales del campo con su General, se torno a desembarcar y a saltar en tierra diciendo, que no le importunasen, que el no queria pasar de alli aquel dia. Desta novedad pesó mucho a todos los que con el

513  
General estava, pero como eran obligados a obedecer a su mayor, callaron y quedaronse alli aquella tarde y noche a dormir. Al tiempo que estas cosas pasaban al General y a los que con el estava, avia venido al pueblo de la Tora a guerrear con los bergantines y gente de tierra, mas de quinientas canoas de Indios muy belicosos, que con su embrocada flecheria estava dando victoria, y si como los Capitanes le importunaban al General, se hiciese, fedia venian a dar en las canoas y manos de sus enemigos, donde en ninguna manera podian escapar de morir heridos de sus flechas, o ahogados en el Rio. Y como todo aquel dia el número de las canoas de Indios dichas anduviesen disparando sus flechas contra los Españoles, sin aver dellos ninguna victoria, venida la noche, se espacieron y volvieron a sus puestos y casas. Otro dia de mañana el General y sus compañeros se embarcaron y se vinieron derecho a la Tora, donde lo primero que topó fue dos bergantines que andaban asegurando el Rio y viendo si avian quedado por alli algunas canoas rezagadas y puestas en esclada; los quales como descubriesen las canoas en que el General yba



nauegand, y por vellas de leos no reconociesen  
la gente que era, les tiraron una pelota con  
un verso de los que lleuaban, que si como en todo lo  
demas, en esto no se fuera favorable la fortuna a  
nuestro General, el acanaba la vida por mano de los  
suyos, por auer dado la pelota tan cerca de la canoa  
en que el iba, y con temor de que los de los bergan-  
tines no segundasen con su artilleria, pensando  
que eran enemigos y podian ofendellos, mando luego  
el General alçar una bandera que pudiese ser vista  
y deuizada de la gente de los bergantines, los quales  
luego que la vieron, reconocieron ser del General, y  
voluieron el uno a dar aviso al campo, que estauan  
bien tristes y congoxos con la tardanza que auia sido  
de cinquenta dias, el otro se fue para las canoas, y  
saltand en el el General y la demas gente que con  
el iban, con gran gozo y contento se fueron todos  
juntos al aloxamiento de la tierra, donde aunque de  
la buena tierra que auian descubierta, no tenian  
noticia, estauan con mucha alegria todos en saber  
la venida de su General, al qual amaban y estima-  
ban mucho por su gran virtud y afabilidad. El Ge-

889  
neral y los que con el iban fueron muy bien recibidos  
de los suyos, a los quales se les doblo el contento desque  
supieron el buen sucesso que auian tenido los descubridores  
y la buena tierra que se auia descubierta. El General,  
como era hombre christianissimo y dado a la christiana  
Religion, que aunque andaua metido en cosas de guerra  
y trabajos que suelen quitar la deuocion, no se oluida-  
ba de los particulares beneficios que Dios le hacia,  
y en aquel descubrimiento tan miraculoso le auia he-  
cho, halland a los sacerdotes en disposicion de celebrar,  
les rogo que dixesen missa, y hiciesen especial sacri-  
ficio a Dios todopoderoso, dandole gracias por el gran  
beneficio y merced que les auia hecho en deparalles  
una tierra, donde esperaban que a su diuina magis-  
tad se haria gran seruicio en la conversion de los  
naturales della. Toda la gente del campo oyo muy  
con mucha deuocion y contento spiritual, haciendo  
deuotas oraciones a Dios, suplicandole les lleuase ade-  
lante lo que por su bondad y misericordia les auia de-  
parado, para que los con christiana consideracion,  
que ninguna cosa puede ser bien guiada ni enca-  
minada, si primero no es referida, y atribuida y



encomendada a Dios nuestro Señor, sin cuya voluntad  
la hoja del árbol ni ninguna criatura racional ni ir-  
racional ni se mueve, porque pocos días antes se  
avian visto ciegos de todo punto, sin remedio ninguno  
de pasar adelante, ni de volver atrás. Hechas estas co-  
sas el General comenzó a visitar su gente y cam-  
po como buen Capitán, la qual halló tan derriaga-  
da y falta de salud y llena de enfermedades, que  
sintiendo, como era razón, la mucha gente que se le  
avia muerto, no pudo dexar de dar muestras de su senti-  
miento, porque demás de que desde que salió de San-  
ta Marta, hasta que llegó a este pueblo de la Tora,  
le avian muerto y consumido de accidente y debi-  
lidad mas de dicientos hombres con varios accescimien-  
tos, segun atrás quedan referidos, en este pueblo  
se le avian muerto quasi otros tantos de hambres  
y enfermedades sin los que hallaua enfermos. El  
sentimiento destas cosas y el trabajo del camino y des-  
cubrimiento de di' venia, causaron a nuestro Gene-  
ral una enfermedad no menor peligrosa para su  
persona, que dañosa para su gente, de la qual estuvo  
muy affigido. Algunas personas con zelo de la salud

de su General, y viendo la poca gente que se avia  
quedado, y que parecia cosa temeraria con tan peque-  
ño número de Soldados, que no llegaban a dicientos  
y dos mal sanos, quiesse atravesar la maleza y aspe-  
reza de una montuosa serranía y tan larga, como  
era la de Opón, que tenia quarenta leguas de travesía,  
y demás desto meterse por tierras no sabidas, y que  
daban muestras de tener infinitad de naturales, aconse-  
jaban y decian al General Jimenez de Pareda,  
que no debía pasar de allí, si de todo punto no abren-  
cia su salud y vida y la de sus Soldados, y como hom-  
bre que le fatigaba el viajar, quiesse meterse donde se  
la maleza y aspereza de la tierra que avian de pasar,  
bastaua a consumir otro mayor número de gente, que  
el que allí tenia y más sano. Dijo ninguna destas  
cosas era suficiente a mudar al General de su opi-  
nion, que acompañada de animoso vigor, deseaba  
hacer y salir con alguna cosa memorable y en  
que hiziesse servicio a Dios y a su Rey, y así res-  
pondió a los que esto le decian y aconsejaban, que  
aunque su zelo era bueno, la obra que del se podia  
seguir, era contra su honor, pues justamente se le



podia decir, que se avia buelto de las puertas de una  
felicissima tierra por su inconstancia, y aunque en  
el camino muriese, el temia por mas gloriosa la  
muerte en aquella demanda, que la vida con in-  
famia que de bñerse se le podia seguir; y que  
les suplicaba, que si querian conservar su vida y  
amidad, que no le aconsejasen semejante hecho; pues  
ninguna cosa podia en el mas brevemente con-  
sumir y quebrar estas dos cosas, que el persuadille que  
se bñiese. Y así encubriende con el buen animo  
que tenia las operaciones que la enfermedad en  
el hacian, dexó la cama, y comenzo a dar orden  
en proseguir su jornada y no detenerse mas en aquel  
pueblo; y así comenzo a encaminar su gente y  
soldados, lleuando los mas con bñones en las manos.  
Dique como auian escapado flacos de la enferme-  
dad, no podian caminar sin esta ayuda. El General  
a si mismo prosiguió su camino enfermo como estava  
y purgado de un dia, que puso gran duéda a todos  
de su vida por auerse de meter por camino  
tan fragoso; y enfermo caminó tras su gente y  
sin subceder cosa notable, llegaron al pie de la

321  
sierras, donde auia quedad Hernan Perez de Guada,  
al qual hallaron con dos hombres menos, que le auian  
muerto los Indios dueños de aquellos bños, por  
defender sus casas y quitallas de poder de los Españoles  
que se las temian y en ellas estauan. Allí descansaron  
cien dias, despues de los quales comenzaron  
a subir y caminar por la sierra no con falta de tra-  
bajos, porque iban abriendo el camino y aderecandole  
con aradones. Y así pasos en estas sierras, donde  
por no poderse aderecar ni deshechar, hecharon por  
ellos a rodar los caballos a la auentura de si se tu-  
viesen bien que no rompicasen o rodasen, escapa-  
rian con la vida, y sino forzosamente se auian de  
hacer pedazos. Y con este trabajo caminó el Gene-  
ral con toda la gente, recogiendo los que por el ca-  
mino auian quedad, hasta llegar al valle del Affe-  
ver, al qual hallaron herido con otros soldados, por-  
que los Indios de aquel valle, queriéndoles echar de  
su tierra y casas, auian congregado se y venido con  
mano armada contra ellos; los quales peleando con  
animo varoniles se defendieron dello mediante  
el fauor diuino y los ahuyentaron aunque con



heridas de algunos, como se ha dicho. Llegado el General en el valle del Alfever, como iba la gente cansada y fatigada del camino pasado, fuele necesario holgar allí algunos días para que la gente se reformase, al cabo de los quales prosiguió su viaje, y pasando toda la serranía y montaña de las sierras de Gpon, llegó al valle de la Grita, donde los primeros descubridores auian llegado. Es de saber, que deste valle de la Grita empieza la provincia y gentes del nuevo Reyno de Granada, y así desde el empezará su descubrimiento en el siguiente libro. Y desde este valle empieza otra lengua muy diferente de la de atrás; porque la gente que auia poblada por las sierras de Gpon, toda hablava la habla y lengua del río grande, de donde trayan muy buenos intérpretes los Españoles. Y como llegaron al valle de la Grita se perdióse aquella lengua, hizo mas dificultosa su jornada, o á lo menos mas danosa, por no poder entender la lengua de la gente del Reyno; pero un Indio que al principio de las sierras de Gpon se tomó, natural de las provincias del nuevo Reyno, despues poco a poco vino á entender la lengua castellana, que les fue harto

122  
prouecho. Esta lengua el Indio fue llamado Tericon o Terico, pero mas comunmente le llamaban Tericon. Resta me agora decir para acabar de todo punto esta jornada del río grande, que al tiempo que el General Ximenez de Puesada salió del pueblo y alojamiento de la Fosa, dexó en el al Licenciado Sallegos con los bergantines y la gente mas enferma, y que no podia caminar con otros algunos soldados para su defension y guardia, con pacto y concierto que en aquel pueblo le espensasen cierto tiempo señalado, dentro del qual le embiasen recado y aviso de la tierra y de lo que en ella ouiese; y que si el termino se pasase sin que el aviso se le embiasen, se boluiese á Sancta Marta. Y como despues el General entró en tierra donde no solo no le conuenia apartar de si un soldado, pero buscar quien le ayudase, pasose el termino y tiempo con que el auia de durar; y así el Licenciado Sallegos se embarcó con la gente, que con él estaua, y se boluó el río abaxo á Sancta Marta, donde halló ya muerto al Adelantado de Canaria Don Pero Hernandez de Lugo.



## Libro tercero.

En el tercero libro se escribe, como el General Jimenez de Quesada desde el valle de la Guita prosiguió el descubrimiento de la tierra y provincia del nuevo Reyno de Granada, y entrando por la provincia de Bogota, la vieron y anduvieron, y de allí fueron en demanda de las minas, donde se sacan las piedras Esmeraldas, donde tuvieron noticia del cacique y señor de aquella provincia llamada Tunja, al qual prendieron y tomaron todas sus riquezas; y despues de pasados algunos dias en los quales subdieron algunas guerras de Indios y guacabaras, y aueu muerte el Señor de Bogota, y aueu intentad diversas vezes salir de la tierra del Reyno, se volvieron a la provincia de Bogota, donde poblaron la Ciudad de Sancta Fe; y como yende el General a España, se bolvió del camino por la noticia que se dieron de la casa del Sol, en la qual decian aueu grandes riquezas.

Capítulo primero, en el qual se escribe la diferencia y altura que de la Ciudad de

123  
Sancta Marta al nuevo Reyno de Granada ay; y como los naturales del valle de la Guita tomaron las armas y vinieron sobre los Españoles y fueron rebatidos, los quales teniendo puesta cierta manera de cerco sobre los Españoles, fueron ahuyentados con sola la vista de algunos caballos, que sueltos se fueron hacia su alojamiento.

Segun en el precedente libro queda escrito, hemos tratado largo los infortunios que para llegar al presente puerto, como a principio de nueva tierra, pasaron el General Jimenez de Quesada y sus Capitanes y Soldados; y para mas claridad asi de lo que queda dicho, como de lo que de aqui adelante diremos y trataremos, es de saber, que esta tierra para que al presente tienen por delante estos Españoles, está puesta en cinco grados de equinocial y deude abaxo; y que la Ciudad de Sancta Marta de donde abra un año que partieron, está en poco mas de once grados, y que entod este tiempo que caminaron, fue subir y bajar hacia arriba, lle-



gándose a la línea a tomar la cumbre y altura  
de las cordilleras y sierras, donde manan y salen  
y están puestas las fuentes y nascimientos del  
río grande de la Magdalena, que, como he dicho,  
por su gran altura están fixadas en los grados  
que he referido. Y desto da testimonio la frialdad  
y detemplanza de toda la más de la provincia del  
nuevo Reyno, donde habitan las gentes y natura-  
les, llamados Mexcas y Saches y parte de los Chi-  
tavenos, que son los de la provincia de Tاملونا,  
cuya region es muy fria, por lo qual la conquista  
que al presente se les ofrece a estos Españoles es  
muy diferente de la pasada, quanto en muchas co-  
sas las calidades de las tierras y naturales dellas  
difieren; y así aunque la larga experiencia de  
los pasados subcessos tenía amestrados a los más  
de los Capitanes y Soldados viejos en las cosas de  
la guerra, al presente se hallauan perplexos en  
lo que debían hacer, y en el modo y orden que de-  
bían tener para seguir y principiar la nueva con-  
quista, que la fortuna les ofrecia y ponía en las  
manos, por no aver conocido de todo punto que

824  
gente era la que en aquesta tierra avia, ni hasta  
donde llegaban sus bríos y ánimos, ni el género de  
armas de que usaban, hasta que despues de ranchea-  
dos o alojados en el valle de la Grita con presu-  
puesto de descansar allí algunos dias, y reformar  
así sus personas, como sus jumentos y caballos de  
las hambres y trabajos, que en el atravesar las sierras  
de Oron avian tenido, los naturales y moradores  
del valle de la Grita y otros a ellos comarcanos,  
admirados de la nueva manera de gentes que por sus  
tierras tan atrevidamente se entraban, apoderándose  
de sus casas y labranzas y haciendas, se congrega-  
ron con designio de estorvalles el paso, y si pudiesen,  
hazelles volver atrás; y tomando las armas en la ma-  
no, que eran dardos pequeños de palma tostados al  
fuego, cuyas heridas suelen ser ponzoñosas, y unas  
flechas largas que se tiran con ciertos armientos,  
que los propios naturales llaman queique, y algu-  
nas lanzas largas de a veinte palmos y más, y  
otro género de armas llamadas macanas, que son  
tambien de palma y le sirven de espadas, para  
quando llegan a romper y juntarse pie a pie, las



quales son de largos de una espada de mano y me-  
dia, y otras mayores y otras menores, de hanchor de  
una mano y mas y menos, y por los lados de los lados y afi-  
lados, y que con ellas suelen cortar y aun dequarti-  
zar un Indio, se vinieron muy gran cantidad des-  
tos barbares a acometer y tentar las fuerzas a mu-  
chos Españoles, y arremetiendo con buen animo, les  
se fuia al mejor tiempo, porque, como los Españoles  
cavalgando en sus caballos, saliesen a los Indios a  
recibir en el camino el impetu que trayan, no si-  
guiendo la opinion que Cesar venia en Pompeya,  
quando en los campos de Pharsalia estandose quietos  
los pompeyanos en sus equadrones, recibieron  
el impetu de los de Cesar con que les fue hecho ma-  
yor daño. Mas espantados los Indios de la ferocidad y  
grandeza de los caballos y hombres armados que en-  
cima iban, que lastimados con sus lanzas se  
retiraron, y batiendo las espaldas llenas de grandí-  
simo temor, y dexado el acometimiento que iban  
a hacer y alexandose algo de los Españoles, se pu-  
sieron en los lugares mas altos donde a manera  
de cerro se estuvieron algunos dias intentando mis-

125  
tios modos de acometer y queixear, pretendiendo  
con sus flacas armas y debiles animos ver el cabo y  
fuerza de los enemigos; pero para frustrar de todo pun-  
to la barbara determinacion desta canalla y su obsti-  
ca obstinacion, no fue menester el valor y fuerza de  
los Indios y capitanes, sino sola la vista de algunos  
caballos, que sueltos hacia sus aloxamientos vieron  
ir; porque como una noche algunas yeguas que en  
el campo se llevaban, se juntasen con los caballos,  
y fuesen movidos por su natural y bruto accidente  
a querer tener exceso con ellas; huyendo las yeguas  
de los caballos, y los caballos siguiendolas, fueron  
a meterse por los aloxamientos y rancherias de los In-  
dios, los quales espantados de ver tan grandes ani-  
males, creyendo que por mano de los Españoles eran  
embitados a que los comiesen y despedasasen, comenzaron  
a alborotar, y llenos de villano temor y miedo co-  
menzaron ciegamente a huir por donde y como  
podian, desamparando sus aloxamientos con todo lo  
que en ellos tenían. El General y sus Españoles,  
oyendo la voz de los Indios, creyeron que se  
movian para venir a dar sobre ellos y ponellos en



algun aprieto; y así tomaron con toda certeza las  
armas y se pusieron á punto para recibir los ene-  
migos si viniesen. Pero como la noche pasase, y ve-  
niendo el día hallasen menos las yeguas y caballos,  
y no viesen á los enemigos en sus alojamientos,  
fueron á buscar los Españoles sus jumentos, los  
quales hallaron dentro en los propios alojamien-  
tos y rancherías de los enemigos; de donde coniectura-  
ron que avia precedido el alboroto toda la noche  
pasada, y el auerse abuyentado los Indios y dexa-  
do el cerco que ya avia dias, que sobre los Españoles  
tenian puesto, en el qual tiempo, como he dicho,  
acometieron muchas vezes á los Españoles, y sola-  
mente les hicieron dos heridos y siempre quedaban  
ellos descompuestos y desordenados. Con la vista destas  
primeras gentes, y modo de guerrear, y armas que tray-  
an y animos que avian mostrado, coniecturaron mu-  
chos soldados viejos el poco daño que podian recibir,  
si la muchedumbre de las gentes y naturales no  
los descompaña. E así, su General determinó pasar  
adelante en demanda del pueblo ó laguna donde  
la sal se havia, y para guia y lumbré de su

520  
demanda, tenían y havian consigo un Indio de quien  
atras hemos hecho mencion, llamado Perico, por cor-  
rompimiento del vocablo, tomado al principio de las  
sierras de Ypan, que por señas les avia dado relacion  
de como era natural de la provincia de Bogota, y  
como avia estado y sabia donde la sal se havia, y por  
señas les daba á entender y decia, como en aquella  
tierra á donde iban, avia muy muchos Indios y gran-  
des Señores, significandolos por muchas maneras y se-  
ñales sus riquezas y grandezas y otras cosas, que da-  
ban mucho contento con el cyllas, y despues que en  
en el valle de la Grita estuvieron, la disposicion  
de la tierra y el principio della, que era el valle don-  
de estavan y los muchos caminos que por muchas  
partes abanesaban, las grandes humaredas que de  
muy lejos se veyan, que daban clara señal de gran-  
des poblaciones, pareciendole al General y á los demas,  
que todas estas señales y coniecturas eran princi-  
pio de lo que el Indio les avia dicho. Y así mandó  
apercebir toda su gente para pasar adelante, la  
qual era á esta sazón bien poca; porque de quasi  
setecientos hombres que sacó de Sancta Marta



solamente metió en este valle de la Grita ciento y setenta hombres, que fue harta pérdida y destrucción de Españoles, y todos los demas fueron consumidos con las calamidades y enfermedades atrás referidas.

Capítulo segundo en el qual se escribe, como el General Ximenez de Mesada salió con su gente del valle de la Grita y entró por la tierra del nuevo Reyno adelante por muchas poblaciones, hasta llegar al pueblo de Sanct Gregorio, con todo lo que con los naturales deste pueblo les subcedió.

Del valle de la Grita salió el General con su gente en buen orden y concierto puesta, y caminó por donde la guía lo lleuaba, pasando por diversas poblaciones de naturales, que á una y otra parte del camino quedaban todos sin osar tomar armas en las manos, ni resistir el paso y caminos; porque como de la gente y naturales del valle de la Grita auian tenido noticia del valor y constancia que los nuestros auian

327  
tenido en guerrear, no curaban de salir á probar su fortuna. El General, viendo que auia entrado en tierra muy poblada, se alojó en un pequeño valle con su gente; y de allí embió á los Capitanes S. Martin y Lázaro Bonte con gente, que pasasen adelante descubriendo y dándole noticia y aviso de las poblaciones y disposición de tierra que por delante lleuaban. El Capitan S. Martin caminó ciertas jornadas por tierra muy poblada, hasta que llegó á un valle que fue dicho y llamado el valle de S. Martin, que entiendo ser el que agora dicen de Chipata, en cuya provincia esta poblada la ciudad de Vélez; el qual desde allí embió aviso al General que atrás quedaba, diciendo que no debía andar la gente dividida en tierra tan poblada y abundante de naturales. El General luego marchó con el resto de la gente, y llegó á donde S. Martin estava, en el qual valle descansó ocho dias con su gente, porque auia en él gran abundancia de comidas, de las que los Indios en aquella tierra usan para su sustento, que es maíz, turmas, frijoles, y otras raíces y legumbres, que entre ellos son muy precizadas. E al cabo destes dias sin que los Indios



moviesen sus armas contra los Españoles, ni les  
hiziesen ningun daño, caminaron adelante y lle-  
garon a un pueblo que fue llamado el pueblo de S.  
Gregorio, por aver llegado allí el día de S. Gregorio, en  
ya nombre es, y en lengua de los naturales Guacheta.  
La sequedad & ignorancia destas gentes era tan grande  
y ellos estauan tan metidos en el error y pecado de la  
idolatria, y de adorar y respetar tanta diversidad de si-  
mulacros y Dioses imaginados por ellos, y hechos por  
sus propias manos, que verdaderamente quisieron tam-  
bien tener por tales a los Españoles, y aun afirmativa-  
mente con obstinacion cierto tiempo creyeron y los tu-  
vieron en reputacion de hijos del Sol, a quien ellos te-  
nian y adoravan por su principal Dios; al qual te-  
nian dedicados templos, en que ofrecian y hacian sus  
sacrificios de humanas criaturas, oro, esmeraldas, man-  
tas y otras cosas. Pues de tener en la imaginacion los  
Indios, como he dicho, que los Españoles eran hijos del Sol,  
vinieron a llamarlos Xua. Y asimismo imaginaron,  
que por mandado del Sol venian estos sus hijos, a quien  
ellos temian por inmortales, a castigarlos de sus delin-  
cencias y culpas, a los quales hacian sacrificio como a Dioses

528  
y hijos del Sol ofreciendolos por los caminos y poniendo-  
les en algunas partes dellos por via de sacrificio algu-  
nas mantas, y oro, y esmeraldas, y junto con esto con  
saumerios de moque y otros pestíferos obres, de los  
quales suelen usar en sus templos los sacerdotes o  
Reques. El pueblo de S. Gregorio esta puesto en un al-  
to, sobre el qual ay otro alto de penas, que aquellos  
naturales tenian quasi como por fuerza o fortaleza,  
donde se recogieron en la hora que vieron ir marchando  
los Españoles por un llano adelante hacia su pueblo  
de Guacheta. Por el qual llano asimismo avia quan-  
tidad de mill casas, y los moradores de todas ellas se reco-  
gieron con los del pueblo de Sanct Gregorio o Guache-  
ta, al cerro mas alto, que como he dicho, sobre este  
pueblo estava. E como los Españoles llegasen al pie  
de la cuesta del pueblo de Guacheta, parecióle al Gene-  
ral que se detuviesen allí, hasta ver si podia dar a en-  
tender a los Indios que en lo alto estauan, y de allí  
muy bien se veyan, por señas que se les hiciesen, pues  
intérprete suficiente no avia; que no les querian  
hacer mal ni daño ninguno; sino que procuraban su  
amistad para su beneficio y bien. Estando detenidos



en esto el General y toda la gente, baxaron de lo mas  
 alto cinco Indios, y acercandose un tiro de ballesta de los  
 Españoles, encendieron lumbre y hicieron fuego con tanta  
 que para este efecto trayan en el proprio camino por  
 donde los Españoles auian de subir, y dexando un  
 Indio viejo que entre ellos venia junto a la lumbre,  
 se retiraron y volvieron a su alto, porque ya el General  
 auia mandado que saliesen algunos Soldados ligeros, y  
 procurasen tomar aquellos Indios para con ellos ver si  
 podian ataxer a su amistad a los demas. Y visto que  
 los Indios se auian recogido al alto, el General caminó  
 con toda su gente hacia el pueblo; y llegado que fue adon-  
 de los Indios auian hecho la candela, hallaron el Indio  
 sentado junto a ella, al qual el principal de aquel pue-  
 blo auia embiado por sacrificio a los Españoles, para  
 si lo quisiesen comer, como hijos que eran del Sol. Porque  
 estos barbaros, entre las otras supersticiones que de su  
 Religion siguen y tienen, es hazer algunos sacrificios  
 en los templos del Sol de hombres humanos, cuyos cuer-  
 pos despus de muertos ponen en muy altas ceras, para  
 que el Sol se sustente dellos y los coma, y esta tienen  
 por muy comun opinion entre ellos; y quando algu-

na seca les sobreviene, dicen que el Sol su Dios esta  
 enojado, porque no le proueen de mantenimiento; y así  
 para aplacar su furor y darle de comer, y que no retien-  
 ga las lumbias, le hazen luego muy grandes sacrificios  
 de gente humana, segun que tambien tratara mas parti-  
 cularmente destas cosas en el lugar dicho; y por estas cau-  
 sas como a hijos de padre que comia carne humana,  
 y con ella se aplacaba, embio este barbaro a los Espa-  
 ñoles el Indio que junto a la candela hallaron, al  
 qual el General tomo consigo y lo subió al pueblo de  
 Sanct Gregorio donde con toda su gente se abaxó y  
 procuro dar a entender al Indio, que por señas le ha-  
 uia dicho como su Carisque o principal lo auia em-  
 biado para que lo comiesen, que no comian carne hu-  
 mana, ni venian a hazelles ningun daño ni mal, si-  
 no a procurar su amistad y comunicacion. Y estando  
 en esto el General, los Indios que en lo alto estauan,  
 conuocados y fortalecidos, viendo que los Españoles  
 no auian muerto al Indio que les auian embiado,  
 con vana consideracion pareciendoles que por ser aquel  
 Indio viejo y de duras carnes, no lo auian querido co-  
 mer los Españoles y que así se abaxó ayudad contra



con mas furor, comenzaron desde donde estauan a  
arrojar y echar por el cerro abaxo criaturas pequeñas  
y de poca edad, hijos de los propios Indios, porque co-  
miendo dellas como de carne mas tierna los Españoles  
hijos del Sol, fueron mitigados de todo punto si algun  
furor tenían. Destas criaturas, algunas llegauan mu-  
tas, y otras, aturdidas, y otras vivas. Y viendo el  
General la loca, cruel y bruta determinacion y absti-  
nacion de los barbares, aborreciendo de en todo en todo  
aquel cruel hecho, comenzó con sus soldados a daller  
voces y hazelles entender por señas que les hazian, que  
no echasen sus hijos, ni los matasen de aquella suer-  
te, que era cosa que el mucho aborrecia, y tanta efi-  
cacia se puso en esto por parte del General, que los  
Indios cesaron de arrojar tan barbara y cruelmente  
sus hijos y muchachos, y conocieron quanto los Españo-  
les aborrecian y abominaban lo que hacian, y lue-  
go vistand el Indio viejo con un bonete colorado  
y una camisa que le dio, y guentas, y otras cosas,  
lo embio con las topes lenguas & interpretes que tenían,  
a que fuesen a hablar al cacique & Indios de aquel pue-  
blo, que estauan en el penol y les dixesen, como no

380  
comian carne humana, antes procurauan conservar las  
vidas de los Indios y su amistad, y otras muchas cosas  
para atraellos a paz y concordia. El viejo se fue de  
vecho a lo alto con mucha alegría de verse con la vida  
segura, y las lenguas no osando llegar a donde  
los Indios estauan, les hablaron de bien cerca lo que  
de les auia mandado, con todo lo qual fueron algun-  
tanto ablandados los Indios y quitados de su primer  
temor. Y así, abaxaron quatro Indios por mandado  
de su cacique, con los quales el General hablo mas  
particularmente, dándoles aunque con dificultad por  
defecto de los interpretes a entender lo que pretendia,  
asi acerca de su bien y conservacion spiritual, como  
temporal; y dándoles algunas dádivas de cosas de Espa-  
ña traydas, los torno a embiar para que así en cacique,  
como toda la demás gente que en aquel fuerte estauan  
recogidos, se baxasen a sus casas y le proueyesen de  
comidas para su gente. Vueltos los Indios a lo alto,  
sucedió, que desde a poco, un soldado andando con  
un hazo o mechón de paja encendida buscando  
en un bohío o casa oro o otras cosas de que gus-  
techase, pego fuego al bohío, el qual se empezó



a arder un gran riesgo de todos los demas que en aquel pueblo avia, al qual acudieron luego todos los Espanoles para apagar el fuego, porque de alli no prendiese en los demas y se quemasen todos. Y como los Indios desde lo alto vieron que los Espanoles andavan apagando y mitigando el fuego, conocieron mas claramente ser gente que no les pretendia dañar; y asi ellos bajaron de lo alto en mucha quantidad a ayudar a apagar el fuego, porque su pueblo no se quemase; y de aqui comenzaron a tratar amigablemente con los Espanoles, y el General les torvo a hablar sobre las cosas referidas. Y bolviendo algunos de ellos a donde su cacique o principal estava, bolvieron luego embiados por el con venados muertos y gran quantidad de maiz y bollos que estan hechos del propio maiz, y otras cosas de comer, y mantas de algodón pintadas, y blancas y coloradas, y de otras muchas suertes que los Indios desta tierra hacen (porque lana no tienen ninguna) y oro; de todo lo qual embio el cacique un buen presente al General. Y luego comenzó toda la gente que en el penol estava recogida, a abaxar y a tratar mas sin temor con los Es-

131  
panoles, y de aqui tuvo principio la paz entre los Espanoles y gentes del nuevo Reyno, y se fue prosiguiendo y dilatando por todos los pueblos donde en adelante de lo no fue cosa muy turbable, porque como estas naturales se agente de fe dubdosa y de voluntad incierta, despues se rebelaron y tomaron las armas contra los Espanoles, como adelante se dira.

Capitulo tercero en el qual se escribe la salida del General y su gente del pueblo de S. Gregorio, llamado de sus moradores Guachita. Tratase aqui la division de la tierra del nuevo Reyno, y como la poseyan y tenian dividida entre si y tyranizada. Fuyja y Cagota, dos principales y Caciques.

El defecto de no hallarse al presente el General Ximenez de Quesada con expertos, y buenos y entendidos interpretes y lenguas, fue causa de muchos daños e inconvenientes que sobrevieron; porque aunque los Indios venian a tratar de paz y amistad con los Espanoles, los



intérpretes que tenían, eran tan torpes y baxos en la  
 lengua castellana, que ni a los Españoles daban ni pu-  
 dian dar enteramente a entender lo que los natura-  
 les y principales de la tierra decían; ni por el contrario,  
 entendían de todo punto lo que el General pretendía  
 dallas a entender acerca de su venida y entrada en la  
 tierra, y de otras muchas cosas que para la conservación  
 y dilatación de la paz general, por toda la provincia  
 era menester; y así mas ciegamente de lo que yo puedo  
 escribir, ni aun se puede pensar, se metió esta gen-  
 te española por una provincia, que si como era muy  
 poblada, fuera la gente belicosa y contumaz y brio-  
 sa en seguir la guerra, no pudieran dexar de peligrar  
 todos y ser muertos, y no con brevedad tomarse a  
 salir della; y así quasi como viven a tienta cami-  
 na solamente con la demanda de la sal, con que  
 hasta este paraje anian llegado, pasaron adelante  
 de el pueblo de S. Gregorio, que ya también llamaban  
 de la paz, y caminando con buena orden y recatada-  
 mente llegaron al pueblo de Lengua Saque, cuyos  
 moradores por la mucha que ya de atrás tenían  
 del poco mal y daño que los Españoles hacían, les

esperaron de paz, solo por ver una cosa para ellos tan ba-  
 zansa y estrana; pues ni la anian visto ni oír decir  
 a sus mayores como eran los Españoles gente vestida y  
 blanca, y adornados los rostros con barbas, y aquella gran-  
 dera y femidad de los caballos, y la ligereza de los por-  
 vos, que de cada cosa destas imaginaban estos bárbaros  
 cien mill generos de vanidades; porque como estas gentes  
 demás de ser tan agrestes y de muy baxos y humildes  
 entendimientos, ninguna noticia ni lumbré tenían de  
 fee natural, con la qual ovisen jamás alcanzado aver  
 un Dios que todas las cosas cria, y estubiera tan ciegos en la  
 creencia y religion de sus falsos y vanos dioses, a quien  
 ellos atribuyan un poder tan limitado, que aun la crea-  
 ción de las cosas que tenían y poseyan en general,  
 no les atribuyan; admirauanse y con mucha razón de  
 lo que en los Españoles y en sus jumentos vían, y asien-  
 dles, que ya que en su opinion anian tenido a los  
 Españoles por hijos de su Dios el Sol, que no podían  
 acabar de coniecturar ni entender quien ovisse criado  
 los caballos y porcos & inventado las otras cosas que  
 trayan; pues ellos anian creído y creían de ellos, y  
 si sus Dioses ovisen sido los autores de todo esto, tam-



bien ellos vieran participados del o de todo ello. Con esta  
barbara admiracion, no solo los naturales de los pue-  
blos que en el camino avia, pero los de muy levas pobla-  
ciones venian llenos de admiracion, y convocados con la  
mucha que de los Espanoles avia penetrado, acudia  
mucha parte de la tierra a grandes manadas a ver  
lo que nunca avian visto, ni oydo. Y para que esta vis-  
ta fuese agradable a los Espanoles, cada qual traia el  
presente conforme al posible que tenia, aunque de vena-  
dos y otros generos de comida, siempre traieron en mucha  
abundancia. El General, mas por señas, que con la pla-  
tica de los interpretes, procuraba dar a entender a los  
Indios lo mucho en que tenian su paz y amistad, y el  
galardon que abrian si la conservaban con lealtad; por  
que para otras honrras y altezas quirituales ni aun  
temporales, que les quisiese decir ni dar a entender,  
el defecto dicho lo hacia cesar todo. Y dexando con  
todo sosiego en sus casas los moradores de Lengua Saqui,  
marcho y paso adelante con su gente, hasta llegar al  
pueblo de Cocumaba, donde asi mismo mas por los  
respetos dichos de curiosidad de ver lo nunca visto, que  
con buena y entranable e amigable voluntad de ser

amigos, se estuvieron en sus casas continuando siempre  
la multitud de barbaros, que apartadas tenian sus habita-  
ciones y moradas, su venida a ver nuestros Espanoles  
con los errores y presupuestos dichos. El General luego  
que los Indios le empezaron a dar la paz en los pue-  
blos de atras, conociendo el atrevimiento y codicia  
de los Espanoles, y para que mejor les fuese guardada  
y conservada, hizo ciertas Ordenanzas y capitulos  
que le parecieron ser necessarios para estos efectos,  
entre los quales mando con pena de muerte, que  
ningun soldado ni Espanol de ninguna qualidad en-  
trase en los bohios o casas de los Indios, que estu-  
viesen de paz, sin su licencia y consentimiento, ni  
que a Indio que de paz viviese, se le tomase co-  
sa alguna de lo que truxese, aunque fuesen cosas  
de comer; ni se les hiziese otras fuerzas ni agta-  
vios. Las quales Ordenanzas proveyo el General que  
se guardasen tan inviolablemente, quanto adelan-  
te se dira, con el proprio rigor con que las hizo.

Del pueblo de Cocumaba, pasando adelante, y dex-  
ando los naturales del pacifico, llego el General  
con su gente al pueblo de Sioreca, que es del se-





torio de uno de dos poderosos tyranos, que en la provincia del nuevo Reyno avia. Y para que mejor se entienda lo que vamos diciendo, es de saber, que en la provincia del nuevo Reyno de Granada, que es la que al presente se va descubriendo, y por do los Españoles van entrando, en que se incluye solamente la gente Mosca, de cuyos naturales esta poblada desde su antigüedad y principio, siempre fue porçada de particulares Cariques y principales que por pueblos o por valles tenían subiectos a los naturales, y quasi se gobernaban con quietud; despues de lo qual fueron crecidos por via y medios tyránicos las fuerzas de dos estos Cariques y principales desta provincia del nuevo Reyno, llamados Hunja y Bogota; cada qual procurando subiectar asi los otros Cariques, que en su comarca avia. Poco á poco estos dos principales, que estava el uno del otro veinte y cinco leguas, se hicieron poderosos en los otros señores, subiectando los, como he dicho, por fuerza de armas. En esta sazón que el General entró con su gente en este nuevo Reyno, de quien vamos tratando, estos

134  
dos tyranos lo tenían diuiso entre si, subiectando y poseyendo el tyranno y Carique Bogota, desde un pueblo llamado Choconta hacia la parte del Sur, todo lo que hay hasta el pueblo de Guasca, que se van veinte leguas; y el tyranno y Carique Hunja poseya desde el pueblo llamado Furrneque hacia la parte del Norte, todo lo que ay hasta el pueblo de Saboya y Chipata. Y asi mismo en esta sazón estaban estos dos tyranos enemistados y llenos de ira y furor el uno contra el otro, sobre ciertas enemistades, que poco antes entre ellos se avian fraguado. Y cada qual en su territorio aderezaba las armas, y hacia y juntava grandes municiones y vituallas para hacerse la guerra, convocando sus subiectos a que les siguiesen. Despues de de algun tiempo que los Españoles estuvieron poblados y entendieron la discordia, que en esta sazón tenían los dos señores y principales, le pesó mucho al General Ximenez de Quesada por no aquello podido alcanzar ni saber, porque pretendia si lo supiera, llegarse a uno de los dos tyranos y si le satisficiera con sus riquezas, ayu-



130  
dalle a guerrear, y despues quedasse con la tierra y  
riqueza del uno y del otro, como al fin se quedo, aunque  
no con el oro. Toda ser que esto a Ximenez de Quesada no  
no lo tratase, pero asi me lo certificaron.

Volviendo a la historia: por la provincia del tyranno  
Bogota es, por donde al presente an entrado el Gene-  
ral Ximenez de Quesada, y la de Tunja al tiempo que  
llego al pueblo de S. Gregorio, la dexo sobre mano iz-  
quierda, que pasaria apartada del proprio pueblo de  
Tunja hasta quatro leguas y no mas. Y es cierto, que  
si entonces acertava a dar de repente en el pueblo des-  
te bárbaro Tunja, que le hallara desengañado, que en  
el se podian aver infinidad de riquezas de oro, que des-  
pues se escondieron. Llegado el General al pueblo  
de Sueca, que esta puesto en un llano quasi en el  
proprio valle de Bogota, los naturales y miradores del  
esperaron an mismo de paz con sus dadiñas y presentes,  
que aunque eran de mantas y oro, se pueden decir de  
poca importancia. Alorose en este pueblo el General  
por gozar de la llanura del y de los muchos venados  
que los Indios le trayan, donde subcedio un hecho al  
parecer escandaloso y tyranno aunque provechoso, para

131  
que la paz de los Indios fuese conservada, y la justicia  
temida y las leyes guardadas. Y fue, que antes son poco  
de se pueblo de Sueca, se avia muerto una yegua de  
las que los soldados llevaban, y como un soldado lla-  
mad Juan Londo saliese del abramiento, y fuese a no-  
verse de alguna carne de aquel animal muerto, en  
el camino encontro quatro o cinco Indios que iban  
hacia donde el General estava abrado, y llevaban tres  
o quatro mantas para el General; los quales como to-  
paron y vieron al soldado, sin que el llegasse a ellos,  
le arrojaron las mantas en el suelo para que las tomase,  
y dexandovelas alli, se fueron y proseguieron su ca-  
mino a donde el General estava, y el soldado a donde  
la yegua se avia muerto. Los Indios le dixeron al  
General, como trayan unas mantas y las avian dado  
a un soldado, que en el camino avian topado. El Ge-  
neral lleno de cólera deste negocio, pareciendole que  
era gran atrevimiento y desvergüenza salir al cami-  
no y en menor precio de lo que el tenya mandado,  
quitar a los Indios lo que trayan, procuro inquirir y  
saber que soldado fuese aquel; y sabido, hizo a su  
Alguazil que estuviere a punto, y que en llegando



lo prendiese, lo qual se hizo asi; y por este pequeño  
exceso, que aun no se averiguosello, para exemplar  
castigo de todos hizo otro dia de mañana ahorcar  
y dar garrote a Juan Cord, sin podelle estornar es-  
te hecho los megos de todos los del campo, ni incitalle  
a dexalle de hazer por la poca gente que temia, y la muestra  
entre quien entraba. Pero con este castigo, aunque a cor-  
ta de la vida del pobre Cord, fue temido el General  
desde en adelante, y no otro hombre que se le desman-  
dase ni osase ir contra lo que temia ordenado; y aun  
desde algunos dias tubo otro Cord llamado Calomo  
vado dos bueltas a un garrote, y quasi ahogado se lo  
quitaron por fuerza, por aver en compañía de otros sit-  
dados tomado ciertos venados para su mantenimiento  
a los Indios que los trayan. Mas, como he dicho, deste  
rigor y severidad sacó quietud a la gente, y porque  
de otra manera cada qual se descomediera y atrevie-  
ra a hazer lo que quisiera, y no se les diera seys  
Placas por su General ni por lo que mandara, por  
ser en las Indias los hombres mas libres de lo que de-  
ben ser con sus mayores. Este castigo hizo el Ge-  
neral al tiempo que con su gente salió del abaxa-

miendo y pueblo de Suesca.

Capítulo quarto en el qual se declaran  
dos puntos para ser mejor entendida esta  
historia y conquista del nuevo Reyno.  
Escribese como el tyranuo Cogota tu-  
vo noticia de los Españoles y determi-  
no hazelles guerra.

Los puntos avia de aver declarados y apuntados al princi-  
pio deste libro; pero pues mi deseydo fue tanto, temelo  
el lector aqui donde los halla, que me parecie que son ne-  
cesarios para mejor ser entendida esta lectura, y que  
en algunas partes que se hallare breue y cortada, no  
cause pesadumbre ni enojo. Hemos usado en lo escri-  
to llamar esta provincia el nuevo Reyno de Granada,  
y esto no se haze asi, porque el proprio nombre della  
puesto y usado por los naturales, sea este; que puesto  
caso que desde el valle de la Grita discurriendo por  
por toda la provincia de Cogota hasta los ultimos fi-  
nes de Tunja y sus comarcas, sea una manera de gan-  
te y en pocas cosas asi de la lengua, como de las



cerimonias de su religion diferentes y variadas, y esta pro-  
vincia esta cercada de otras gentes, que en lenguas, tra-  
xes y supersticiones de sus idolatrias son muy diferentes  
y desemejables a estas, y aun muchos dellas muy grandes  
enemigos suyos, ningun nombre general que comprendiese  
toda esta provincia del nuevo Reyno, se halla aver sta-  
do ni tenido sus naturales, sino solamente por pueblos  
y valles, que tomaban del apellido del señor particular  
que los poseya, o era principal y cacique dellos. Vista esta  
confusion, y que no hallava nombre general en esta  
tierra de que sus naturales usasen, he usado y apro-  
vechadome del que el General Ximenez de Quezada  
adelante le puso; porque antes este General en el tiem-  
po que en esta provincia entrava, vio de ningun nombre  
general que la comprendiese mas de como he dicho;  
el qual despues le puso. Lo que oy se usa acerca desta  
generalidad de nombres es, que quando dicen los  
Moxcas, se entiende por toda esta gente que estos dos  
tyrannos Tunja y Bogota poseyan, y esta es costum-  
bre introducida para distinguir esta gente de las otras sus  
comarcanas, que como he dicho son muy diferentes  
della. Porque Moxca es nombre proprio del Indio

137  
al qual en su lengua maternal llaman Moxca, como  
decir persona &c.; que estos nombres hacen diferentes  
se y conosciere las naciones; y aunque aquellos a  
quien llaman desta nominacion por el Reyno de los  
naturales, tienen otros nombres, como en España lla-  
mar a los de Sevilla Sevillanos, y debajo deste nom-  
bre que es de su pueblo o patria particular, tienen  
otro nombre, que es llamarse Juan y P.º y Martin  
&c.; desta suerte esta gente, destas dos cabezas y ty-  
rannos referidas, son llamados, como he dicho, Moxcas.  
Y los Españoles interrumpiendo el vocablo, los llaman  
Moxcas; y despues viene la segunda distincion y no-  
minacion, que procede de la particular y natural  
patria y pueblo de cada uno, y luego sus nombres pro-  
pios de cada persona. La causa principal de aver entre  
los Españoles llamado a estas gentes moxcas, del  
nombre dicho para distincion de las otras gentes sus circun-  
vecinos, ha sido y es, que despues de las fundaciones de  
Santa Fee, Tunja y Vélez, pueblos de Españoles que es-  
tan poblados dentro de los limites desta gente Moxca,  
se han poblado otros muchos pueblos de Españoles, todos  
los quales se incluyen al presente dentro deste térmi-



no de nombre del nuevo Reyno de Granada, de los qua-  
les, mediante Dios, trataremos adelante muy particular-  
mente. Y por la diferencia que ay de las gentes y na-  
turales, donde los demas pueblos estan poblados, asi des-  
tos tres primeros ase entrada esta costumbre de llamar  
a los naturales dellos Mexicas; y asi, si un Indio na-  
tural destas provincias y pueblos dichos, va a las de mas  
circunvecinas y pueblos de Españoles, es conocido asi por  
este particular nombre de Mexica, como por el tratamien-  
to de su persona que es muy diferente en todo. Y quanto  
al primer punto, basta lo dicho.

Lo otro es, que para que las cosas del descubrimiento y  
conquista del nuevo Reyno de Granada, que al presente en-  
tendemos por estas gentes Mexicas, se quenten y escriban  
mas claramente, y presupuesto de no entrar en ella  
las cosas tocantes a las naturalezas, antigüedades, vi-  
tos, y ceremonias y religion desta gente Mexica; y con  
esto nos podemos volver al hilo de nuestra historia.

Al tiempo que el General Jimenez de Quesada y su  
gente entraron en el pueblo de Sueca, el Carique y  
principal del, admirado de lo que los demas se admira-  
ban con la vista de los Españoles y de sus rumentos, por

138  
su persona y de sus subieptos, procuró dar noticia al ty-  
ranno Logota cuyo feudatario era, de las muchas gentes  
que por su tierra entraban. El designio deste barbaro prin-  
cipal de Sueca, que en dar este aviso a Logota tuvo,  
nunca se pudo saber mas, de que como Logota era un  
tyranno barbaro muy arrogante y biniado con alguna  
mas agudeza de la que a hombre tan rustico se puede  
atribuir, preguntó que gente eran los Españoles y quan-  
tos en número, y lo que comian y de que se sustentaban,  
y de la ligereza de los caballos que trayan; y como por  
el mucho trato y comercio que algunos Indios auian  
tenido con los Españoles, le dieron enteras señas y re-  
lacion de lo que en ellos auian visto, afirmandole ser  
hombres, aunque de mayores bríos y ferocidad que ellos,  
junto muchos de sus Capitanes y subieptos, y les dixo:  
pues como vosotros que me tomáis y hacéis las aves que  
por el ayre van volando, y los venados que en la tierra  
por su mucha ligereza no ay animal que se le compa-  
re, y séis domar y tomar a manos otros muchos fe-  
rocissimos animales, que por los montes y cabernas de  
la tierra se crían, y que innumerables enemigos y gen-  
tes que se me an rebelado, me los avéis subieptado y



trayendo a mi seruidumbre, no serays agora poderosos  
para a este poco y pequeño número de exótica gente,  
que por mi tierra tan atreuidamente se meten, subie-  
tados y traenme los aquí presos. Los Indios, que con  
barbaro temor respetaban a este su cacique y Señor,  
se le ofrecieron de hazer mucho mas de lo que el de-  
seaba y pretendia; y así le dixeron, que juntasen gente  
para ello, y que en estando junta, saldrían al encuentro  
a los Españoles. Bogota luego a los Capitanes, que  
tenian cargo de semejantes officios, mandó, que juntasen  
toda la mas gente que se pudiese juntar, con designio  
de venir sobre los Españoles a suietalles y resistilles la  
entrada; porque, como he dicho, era este barbaro tyran-  
no tan arrogante y soberbio en sí, que tenia por muy  
grande afrenta, que contra su voluntad y sin hazerlos sa-  
ber primero, entrasen por sus tierras los Españoles; y esta  
buita con causa la moderacion del General, que queriendo  
en esto imitar a Octaviano Cesar, queria y precia-  
mas atraher a sí y a su amistad estas gentes con re-  
poso y sosiego y pacíficamente halagandolos, que  
con el rigor de la espada amedrantandolos y atemorizán-  
dolos. Es cierto que si de rigor usara y entrara atre-

529  
uendand estas gentes, que ni este barbaro se le atreue-  
ta con su soberbia a querer hollar su mantedumbre, ni  
aun osara alzarse con sus thesoros, como despues se alzó,  
auiendo sido frustrado de sus designios y desribad de su  
soberbia. En pocas por otra Bogota esta su determinacion,  
no se detuvo mucho, porque como en esta razon estava  
para ir a guerrear con el Señor Tunja, temia ya su gen-  
te con las armas en las manos, y así mas en breue  
de lo que se puede pensar la juntó, y con mucha pre-  
steza camino hacia Suesca, donde el General se auia  
abaxado, que auia diez leguas. El General se partió  
de Suesca con su gente la buelta de Nemocon, que es  
vno de los pueblos donde la sal se haze, y por traer al-  
guna gente enferma, dexóla en la retaguardia y seis  
hombres de a caballo con ellos para que los guardasen  
y amparasen. Porque aunque la gente y naturales sa-  
lian de paz, dudaba y no entendia ni alcanzaba el  
General la fee de estos barbaros, aunque sabia que gene-  
ralmente los Indios son gente de fee dudosa e in-  
cierta, y que pocas vezes con firmeza perseveran en  
el amistad de los Españoles, sin dexar de intentar en  
breue tiempo muchas novedades; y así procuraba ir re-



ciudad. Y ya que con su abanguardia avia llegado al  
pueblo de Nemecón, los Indios de Bogotá se le avian en-  
cubiertamente acercado a su gente de retaguardia, y  
como de repente pareciesen sobre ella, y acometiesen a los  
Españoles que allí iban, trabaron su escaramuza y qua-  
Zabara aunque con cobardes animos. Los Españoles que  
allí se hallaron, que eran bien pocos, defendiend con calor  
las personas de los enfermos que no fuesen offendidas por  
los Indios, los entretuvieron hasta que llegó la milicia  
a donde el General estava; el qual audiend con algu-  
nos de sus Capitanes y Soldados en sus caballos a re-  
mediar aquella necesidad y angustia, en que la multitud  
de los barbaros tenian puesto a los de la retaguardia, lle-  
garon con presteza e impetu, y arremetiend a los In-  
dios, hicieron en ellos matando muchos de suerte, que  
en breve espacio fue la cavalla de aquellos barbaros re-  
batida y ahuyentada; y su cacique y Señor Loggota, que  
de leste estava a la mira, puesto sobre unas andas en  
hombros de Indios que lo trahian, hizo lo mismo con  
toda presteza. Trayan estos Indios un cuerpo muerto mir-  
lado y seco, puesto en otras andas entoldadas de pieles  
mantas, en su esquadron, en el qual debian venir con-

40  
fiados que les daría la victoria; pero como para resistir el  
impetu de los caballos, en nada les ayudase la virtud de su  
muerto y cuerpo seco, lo saltaron y desampararon los que  
lo trayan cargado, por guarescer sus personas. El Gene-  
ral se recogio al pueblo de Nemecón, donde se alojó; y al-  
gunos de los Capitanes que a caballo estavan, fueron siguien-  
do el alcance de los Indios, que por un llano adelante se  
iban retirand hacia un pueblo llamado Caxica, donde se  
avia ya recogido el tyranno Bogotá en unos aposentos, que  
allí tenia hechos, cercados con ciertas cercas de paja y ma-  
deras, que aunque toscamente hechos, parecian muy bien.  
Estos aposentos y casas que aquí tenia Bogotá, era  
donde recogia las vituallas y municiones, que para la  
guerra que contra Trujá pensaba hacer, juntaba y era  
necesario. Como Bogotá supo que los Españoles iban  
siguiend el alcance de su gente, salióse deste cercado,  
y pulso en huyda retirandose hacia su pueblo donde él  
siempre habitaba dicho del proprio nombre Bogotá, que  
estava deste de Caxica cinco leguas, dexand mandado  
a sus Indios, que en el cercado se entretuviesen y defendie-  
sen con los Españoles, para que no fuesen en su alcance  
y seguimiento. Los Indios lo hicieron así, que recogiendo



en el cercado y casas de Bogota que alli tenian, se hicieron fuertes de suerte, que los Españoles que a caballo en su alcance iban, se repararon y no osaron acometellos, ni los Indios por el contrario a salir de el cercado. Estando asi suspensos, un Indio bien dispuesto se partio dentre los demas con una lanza en la mano y ciertas tiraderas, que son unas flechas largas que se tiran con amiento, que en lengua de los Indios se llama Mesque; y arrojandole a los Españoles dixo, que si queria alli algunos tan osado, que quisiese pelear alli con el solo. Lo qual visto por los de a caballo, uno dello llamado el Capitan Lazaro Ponte, con consentimiento de los demas sus compañeros apresto su caballo, y sin que el Indio tubiese lugar de aprovecharse de sus armas, arremetio y pasando por junto a el, le asio de los cabellos y sin detenerse ni dexalle llegar con los pies en el suelo, lo traxo colgando del caballo a donde sus compañeros estavan. Lo qual visto por los demas Indios que en el cercado estavan, comenzaron a salir por diferentes puertas que en el havia, y huir cada qual como podia. Los Españoles que eran bien pocos, se entraron en el cercado y aposentaron de Bogota donde hallaron todo el almacen y

141  
munition de armas que Bogota juntaba para la guerra de Tunja, y mucha abundancia de vitualles y comidas, asi de carnes de Venados, y maiz y turmos, como de otras cosas. Y visto esto, y que alli se podian sustentar la gente muy a placer, embiaronlo a hacer saber al General, que con el resto de la gente estava alojado en Semacón, admirado de ver de donde y como la sal de los panes en cuya demanda venia, se hacia; que el entendia hacerse en alguna laguna grande de agua salada, y no se hace sino de unas pequeñas fuentes manantiales, de las quales y del modo de hacerse de la sal, adelante se dirá. El General, sabida la abundancia de comida, que en el cercado de Larica havia, salio de Semacón con toda su gente otro dia siguiente, y fue a porentar a el donde se alojó algunos dias.

Capitulo quinto en que se escribe, como los Indios, visto que la gente de Bogota havia sido vencida, continuaron su paz; y Bogota porque los Españoles se acercaban a su pueblo, procuraba entretenerlos unas veces con paz y amistad, y otras con las armas. Los Indios, vista la victoria que los Españoles havia ganado contra Bogota y su gente, y quan facilmente



cuian sin desbaratados con pérdida de muchos de los  
guerreros de Bogota, continuaron su paz y amistad  
con los Españoles, y vinieron al pueblo de Casica, donde  
el General estava alojado; y trayendole algunos presen-  
tillos de oro y mantas de poco valor, se le mostraban  
amigos. Asimismo el Carique de Bogota, visto el valor  
de los Españoles y que de continuar la guerra contra ellos,  
no se les podia seguir ningun provecho, trató asimis-  
mo de paz y amistad, aunque cautelosamente, y solo  
con diligencia de ver si podia entornar a los Españoles,  
que no fuesen a su tierra, sino que se entretuviesen  
a lo largo apartados de su pueblo; y así embió algu-  
nos presentes al General, y cantidad de comidas para  
él y sus soldados; y así en este tiempo estava tan batte-  
cido el campo, que avia día que entraban en él ciento  
y cinquenta Venados, y quando menos entraron, fueron  
heynta sin las otras virtuallas. El General recibió ami-  
gablemente a los mensajeros que Bogota embiaba, y  
los abrazó y dió de lo que tenia, aunque por defecto de los  
intérpretes y lenguas, no entendia de todo punto lo  
que los Indios decian. El General despues de aver  
acercado y recebido alegremente lo que Bogota

142  
le embiaba, habló, aunque con la dificultad dicha de  
los intérpretes, a los Indios que de su parte venian  
y les dixo: que aunque su Carique y Señor le avia he-  
cho inconsideradamente en poner sus armas contra  
él sin ninguna ocasion y le avia movido con esto la  
colera para hazelle una cruel guerra; que vista aquella  
humildad con que venian, se le avia aplacado el eno-  
jo y accidente que tenia, y que de todo punto se le qui-  
taria y quedaria en perpetua amistad suya, si Bogota  
dexando a parte la barbara arrogancia que tenia, le venia  
a visitar y a dar orden y asiento en la firmeza de la paz,  
y a entender y saber del muchas cosas, que tenia que de-  
cille, así tocantes a la Religión, como al reconocimiento  
del Rey y Señor por quien era embiado. Los Indios die-  
ron muestras de entender muy por entero lo que se les decia,  
y certificand que Bogota no havia otra cosa mai que lo  
que el General mandaba; y así se fueron. Y otro día  
vinieron otros Indios del proprio Bogota donde el Gene-  
ral estava, dandole vana esperanza de que su Carique  
vendria a verle, y con mentiras y palabras entretuie-  
ron al General algunos días en Casica, y se fue alo-  
jar al pueblo de Chia, donde por ser ya semana que



ta y tiempo de disponer y apargiar sus conciencias pa-  
 ra la confesion, y despende este sancto tiempo en tem-  
 plado exercicio, se detuvieron hasta el Domingo de Quasi-  
 modo; pero Bogota viendo que todavia contra lo que el  
 dexaba, los Españoles se le iban acercando, tornó  
 a mudar proposito y a mouer sus armas contra los Es-  
 pañoles. En el tiempo de contricion se les boluio de  
 confusion, por la inquietud que los Indios con sus con-  
 tinuas gritas y armas y acometimientos causaban por  
 que como eran mandados deste tyranno, a quien eran sub-  
 iectos, que con obstinacion pensaba seguir la guerra,  
 aunque los Indios siempre iban descalabrados, no por-  
 ero dexaban de hazer muchos acometimientos.

El General en este tiempo con algunos Indios de par-  
 te venian, nunca dexaba de embiar mensajes a Bogota,  
 requiriendole que dexando las armas viniese en  
 su amistad, y a entender como auia de obedecelle en  
 nombre del Rey, cuyo vasallo y ministro era. Pero el  
 barbaro daba buenas respuestas y haria malas obras con  
 sus guerreros. En este tiempo el Carique y Senor de Chia,  
 donde estava el General alojado, vino de paz y a la ami-  
 tad del General, y le sirvió y ayudo en todo lo que pudo

con sus subiectos, a los quales mando, que fuesen siempre  
 amigos de los Españoles y les ayudasen y favoreciesen quan-  
 to pudiesen contra Bogota; porque este Principal por  
 particular y antigua enemidad y odio que a Bogota  
 tenia, deseaba ver su ruyna, y que los Españoles le subie-  
 tasen y domasen por ser hombre indomito, y que con dema-  
 siada elaxon y soberuia trataba a los demas Cariques  
 sus feudatarios, lo qual sentia mucho este Carique de Chia,  
 que era muchacho de poca edad, alegre, regozijado, y tambien  
 porque segun su antigua costumbre, el subcedia en el se-  
 ñorio de Bogota despues de muerto el que se morreaba y  
 mandaba; y por verse en aquesto, deseaba que Bogota fue-  
 se muerto por los Españoles. Asi mismo en este pue-  
 blo de Chia vino a congratularse y hazerse paces con  
 el General otro Carique de un pueblo llamado Suba,  
 el qual la guardo tan inuiolablemente, que jamas  
 la quebranto; y al tiempo de su muerte mando a sus  
 subiectos, que siempre la conseruasen y permaneciese-  
 sen en el amistad de los Españoles, y exhortado al  
 tiempo de su muerte, que se baptizase y fuese Chris-  
 tiano, si queria gozar de la bienaventuranza eterna,  
 el estuvo en hazer lo que se le aconsejaba; y ha-



muerto uno de los sacerdotes que con el General iban,  
le pidió el bautismo, el qual recibió, y deude a poco ó  
luego, murió. Este se entiende auey sido el primer In-  
dio, que deste nuevo Reyno se convirtió y volvió Christia-  
no. El General, vista la obstinacion de Bogota, para el  
el Domingo de Quasimodo, se partió de Chia y fue  
al pueblo del Carique Suba, que esta animada a en  
baxo cerro y cuchilla, que en medio del valle de Bogota  
se haze, y allí se alojaron; desde donde vieron muy  
grandes cercados así del proprio Señor de Bogota, como  
de otros muchos cariques sus comarcanos y feudatarios,  
cuya vista era muy apacible por la representacion que  
de lexos hazian, de grandes estontaciones y muestras  
de casas que dentro destes cercados auian; porque aun-  
que estos cercados eran de maderas, y baracones de  
arcabuco y groseramente hechos, estauan con tal or-  
den trazados y quadrados y queitos en su superficie,  
que de lexos representauan ser algunos edificios sumo-  
tuosos y de gran magestad; y por esta vista que de presen-  
te vieron, fue llamada este valle donde Bogota re-  
sidia, el valle de los Alcazares, y conseqüente a esto,  
era este valle de los Alcazares ó de Bogota, que

444  
así se llama oy, tan llano y ancho y vistoso con las  
muchas poblaciones que en él auia, que por el y por  
ser el General Ximenez de Puesada natural de la Cib-  
dad de Granada en España, provincia de Andalucía, lla-  
mo a la provincia donde estaba, el nuevo Reyno de  
Granada; y desde este punto le quedó esta nominacion.  
En este pueblo de Suba se estuvo el General quinze  
dias, así por estar el río que por este valle de Bogota  
atravesia y pasa muy lleno de agua, por la mucha que  
lluvia, como por ver si Bogota se apartaba de su ob-  
stinada rebelion y venia de paz. Al cabo del qual tiempo  
el General se partió derecho al pueblo de Bogota, el qual  
todavía estava en su casa con loco pensamiento de que  
los Españoles no irian a ella. El qual sabiendo como  
se le acercaban y temiendo ser preso; para tener lugar  
de huir, embió mucha quantidad de Indios que en el  
río que atravesia el valle por do los Españoles auian de  
pasar, hiciesen la resistencia que pudiesen y los entretu-  
viesen, para que él tuviese lugar de ponerse en salvo  
con sus mugeres y niçueras. Los Indios lo hizieron  
como por su Carique les fue mandado, que viendo  
al paso del río por do el General auia de pasar, pro-



curaron hazer su posible para resistir y defender la  
pasada a los nuestros; pero al fin fueron rebatidos de  
aquel lugar y ahuyentados, y los Españoles pasando  
el río, se fueron a alojar a los propios cercados y apo-  
sentos y casas de Bogotá, donde por el rigor de las cons-  
tituciones y leyes que el General auia hecho, dexaron de  
sacar de algunos templos y buhyos dedicados a sus di-  
mularcos y dioses gran quantidad de oro, que aun se  
estaua en ellos; porque como el General auia ahorca-  
do a un hombre, porque reseibió unas mantas que unos  
Indios le dieron, y por sus Ordenanzas tenia vedado que  
no entrasen en buhyos ningunos; no auia libertad que  
se demandase en cosa ninguna, ni fuese tan creydrina-  
do de lo que auia en las casas de los Indios, como lo era  
los deste tiempo; y por esta causa tuvieron lugar los In-  
dios de venir de noche a los buhyos de sus sacrificios y  
sacar todo el oro que en ellos auia, y llevarlo a esconder  
a otras partes; y despues quando acordaron a buscarlo en  
la segunda buelta que los Españoles hicieron a esta pro-  
vincia y pueblo de Bogotá, fue en vano su desseo y  
y trabajo, porque no hallaron sino muy poco oro, que por  
tenello los Indios por viejo y de poco valor y provecho, o

por otras supersticiones que ellos suelen imaginar, lo  
dexaron.

Capítulo Sexto en que se escribe las  
continuas guerras que Bogotá daba a  
los Españoles por echallas de su tierra, y  
como el General descontento de la tierra  
en que estaua, embió a los Capitanes Zer-  
pedes y Sanct Martin de entris por di-  
ferentes caminos.

Al tiempo que el General Jimenez de Queda se embió en  
el pueblo y cercados de Bogotá, el proprio cacique y Señor  
Bogotá se recogió con sus mugeres que serian hasta seyn-  
te y Reyna a una casa de recreacion que tenia apartada de  
su ordinaria habitacion poco más de quatro leguas, a la qual  
los Españoles despues llamaron la casa del monte; y de allí  
procuraba por todas vias dañar y dañar a los nuestros con em-  
biar sobre ellos gente de guerra que con continuos acome-  
timientos los echasen de la tierra; y así auian de estar  
siempre el General y los suyos con las armas en las manos,  
y aunque continuo iban descalabrados, y eran ahuyentados  
y rebatidos, no por eso dexaban de continuar la guerra. Porque



como este bárbaro por su tyrannia era muy temido de los Indios, nunca le faltaba gente que embiar contra los Españoles. Erales favorable a estos miseros Indios para no ver de todo punto su ruyna y destruycion mas lagunas o pantanos, que cerca del pueblo de Bogota auian, en las quales se recogian al tiempo que los Españoles iban en su alcance, y allí guarescian las vidas los que escapaban, porque como aquellas lagunas eran de grandes cenagales y temedades, no entraban dentro los Españoles con sus caballos, por no ser sumidos en el cieno y puestos en notorio peligro. El General deseando siempre evitar la guerra, y que no muriesen tanta multitud de bárbaros, como por las puntas de las lanzas y espadas ellos mismos temian, embiaba Indios que de otras partes auia, que fuesen a hablar a Bogota de su parte, y le combidaban con su amistad y con la paz, y le persuadiesen a que dexase las armas; pues tampoco se podia ganar en ellas. El cacique Bogota, como con demasiada linchazon estuuiese confiado en la multitud de sus subiectos, que quasi desnudos y con toscas armas de palo pescaban, despedia los mensajeros con sola buena esperanza de que se harian pazes; pero su gente siempre continuaba la guer-

346  
ra con los Españoles. Y visto el General, que este tyranno siempre pretendia cumplir con vanos cumplimientos, acordó irle a buscar donde estuuiese; y tomando para ello Indios que le guiasen, que decian saber aquella casa de recreacion, donde Bogota estava recogido, salio al efecto muchas noches, y siempre fue burlado; porque como las guias fuesen naturales de la provincia de Bogota, y sus subiectos no estaban llenos a los Españoles donde su cacique estava, por un abisual temor que temian de decir, que si lo descubrian, que luego se auian de morir, o sus simulaes, o Dioses los auian de castigar. Y para cumplir con el encubillo de los Españoles que sobre si temian, los lleuaban y guiaban a diversos lugares, donde otros caciques feudatarios de Bogota estauan recogidos con sus gentes, dando a entender que aquellos eran los aloxamientos de Bogota; pero el General viendo se burlado muchas vezes desta manera, cesó de hacer salidas en busca de Bogota, cuya gente siempre continuaba el venille a offender; y acordó embiar a descubrir ciertas tierras altas, que por las partes del poniente y del Sur tenia. Por que, como pocos años antes que de Sancta Marta saliese, se auia descubierto el Piru con sus innumerables riquezas, cuya



fama tenia muy hinchados y levantados los corazones  
de los hombres, a quien que se igualasen todos los desu-  
simientos que hiziesen en riquezas y grandezas de las  
mudas tierras, aniales, parecidos al General y a sus capi-  
tanes esta tierra de Bogota que descubierta tenian, de  
poca estimacion; porque aunque era abundante de todos  
generos de comidas, y muy poblada de naturales, no auian  
dad en ninguna gratitud de no, ni auian auido nada  
de lo que los naturales de su voluntad les auian ofen-  
sido; y asi estaban algunos capitanes y soldados jun-  
tamente con su General de opinion y parecer de dexar  
y desamparar la tierra en que estaban, e ir a buscar  
otra de mejor. Y para este effecto y por las causas refe-  
ridas, espacio su gente por diuersas partes, al capitán  
Juan de S. Martin embio con veinte hombres la via  
del poniente a descubrir, y al capitán Juan de Lepez con  
otros tantos la via del sur, y el se quedó alojado con el  
resto de la gente en el cercado y casa de Bogota, el  
qual continuando sus acometimientos y guerras procu-  
rando poner en todo aprieto a los Españoles, eso en  
dia en ardid, que para hombre tisco y gente tan mis-  
tica fue demasiada agudeza. Una noche, despues de

47  
anocheido, vino un escuadron de mucha gente de guerra  
a acometer al alojamiento haciendo estruendo y ruido, sa-  
ba que los Españoles saliesen a ellos, y por otra parte  
venia otro escuadron de gente con quietud y silencio, en-  
ta en saliendo los Españoles, hacer resistencia al primer  
escuadron, entrar en el alojamiento, y pegar fuego a las  
casas y bohios donde estaban alojados, de suerte que no  
pudiesen remediar ni acudir a entrambas partes, y asi  
recibiesen notable daño. Pero, como estos barbaros demas de  
ser de tris flacos y tímidos, auian cobrado un particular  
e intrinseco temor de los Españoles, aunque intentaron  
el hecho y lo pusieron por obra, no salieron con él; por-  
que como vivien de noche, y hiziesen su acometimien-  
to, y parte de los Españoles salieron a rebatillos, los que  
auian de pegar el fuego y dar por las espaldas del alo-  
jamiento, aunque comenzaron a encender los bohios  
y arder con grandes llamas, y pusieron en alboroto  
la gente que en ellos estaban, no osaron offendellos  
con las armas, antes creyendo que iban a dar en  
ellos huyeron luego, y los Españoles tuvieron lu-  
gar de sacar sus caballos y lo demás, que en los  
bohios tenian, y así por su culpa no hizieron



esta vez los Indios daban alguno que fuese notable  
en los Españoles, mas de quemar las casas que eran de  
paja. Los Capitanes López de Velasco y el Martin salieron y si-  
guieron sus descubrimientos, pero no obtuvieron en esta  
y qual fortuna en las cosas de la guerra, aunque en  
el descubrir de nueva tierra, sí. Porque como el Ca-  
pitán el Martin que caminaba hacia el Poniente, die-  
se en ciertas gentes muy belicosas y canibales, lla-  
mados Tanches, con quien el Cacique Bogota tenia conti-  
nuas guerras y los tenia como por frontera de su tierra,  
fue de ellos robado con dano de algunos soldados, a quien  
los Tanches hirieron y acometieron con mas audacia de  
la que de ellos se pensaba. Veian estos Tanches muy he-  
chos en la guerra y a tener las armas en la mano;  
porque Bogota como con mucha gente Mexica que de-  
baxo de su mano tenia, pretendiese tambien sub-  
iectar estos Tanches, avia poco antes tenido con ellos  
muy pelosa guerra, y entrando en sus gentes por las  
provincias y tierras de los Tanches los quales juntan-  
do en mucha cantidad, avian echado fuera de  
sus terminos a Bogota con gran pérdida de mucha  
gente que le mataron, de la qual comió muy poca

148  
la tierra, porque toda ella fue consumida en banquetes  
y fiestas que los Tanches, celebrando la victoria, se ha-  
zian unos a otros; porque por antiquissima costumbre la  
qual hasta el dia de hoy les dura, comen estos las car-  
nes carne humana, y quando en mas ocio y quietud  
están, se mueven guerra los unos a los otros en su pro-  
pia tierra por tener ocasion de comerse los cuerpos  
de los que en el conflicto de las guerras murieron.

El Capitan Sanct Martin, viendo que en las pri-  
meras poblaciones de los Tanches le avian hecho  
el dano referido, y que daban muestras aquella gente  
de seguirle con obstinacion, y aver entera victoria  
del y de sus soldados, y que la gente era desnuda y  
pauperissima y la tierra muy poblada, dió la buel-  
ta y dentro del quinto dia se halló en el aloramiento  
de Bogota con su General, al qual dió relacion de  
la maldad de aquella tierra y de los naturales della.

El Capitan López de Velasco siguiendo su descubrimiento la  
via del Sur, dió en unos páramos de grandissima frialdad  
y raras poblaciones, cuyos moradores se sustentaban  
con solas turmas, y veces de una hierva que la tier-  
ra producía mediante la cultivacion de los Indios



sin otra cosa ninguna; porque los grandes y continuos  
yelos y frios no daban lugar a que en ella se cria-  
sen otros mantenimientos. Y visto la miseria desta  
tierra, dió la vuelta el capitán Zepedes sobre la ma-  
no derecha hácia el oriente, donde los moradores de  
aquellos frios y serenos le decian, que avia muchas gen-  
tes y ricas enganosamente; solo por hecharlo de su  
territorio; el qual fue a dar a una poblacion de gentes  
de nacion Panche, que el Señor della se llamaba Con-  
chima, gente tan belicosa como la de donde avia y de S.  
Martin y de la propia nacion, que se estende gran dis-  
tancia, cuyos moradores, así por el calor del sol, que es  
en esta provincia grande, como por la aspereza y dila-  
dura de la tierra, estan poblados en muy angostas cu-  
chillas y lomax, y así para subir a sus poblaciones  
se sube por angostas y estrechos caminos, cuyos lados son  
muy derechos y de gran hondura y como esta gente es que-  
riva, y que acostumbra saltar y ser saltada, temian  
hecho por los angostos caminos, que a sus pueblos subian,  
muchos hoyos muy hondos, y en ellos puercas gran-  
des etacas y puas las puntas hácia arriba, para que  
si cayese alguién en ellos, se hincase por el cuerpo

149  
las puas y etacas. La gente deste Principal Conchima,  
viendo que el capitán Zepedes y sus pocos compañeros se  
acercaban a su pueblo, tomaron las armas que eran arc-  
os y flechas, lanzas y macanas, y con demasiada brio  
para Indios se vinieron a dar en los nuestros, baxand  
por dos partes o caminos. Algunos Indios Morcas, que Zepedes  
consijsse llevaba, viendo la multitud de los Panche,  
que sobre ellos venian, temiendo ser comidos y hechos pe-  
dros, porque no creyan que fueran parte los Españoles  
que allí iban defenderse ni escaparse de sus manos, co-  
menzaban a llorar y hacer exclamaciones como hombres,  
que se temian ya por ofrendidos al sacrificio de los vien-  
tras de los Panche. Pero el capitán Zepedes y los que  
con él estavan, se dieron tan buena orden en todo con  
cinco caballos que temian, que sin recibir daño nin-  
guno de los Panche, los desbarataron y ahuyentaron  
con gran matanza que en ellos hizieron; los quales  
por huir mal ligeramente, soltaban y dexaban la  
multitud de armas que havian derramadas. Por las  
partes por do huyan, avia algunos otros esquadra-  
nes de Panche a la mira, los quales desde que vieron  
el desbarate y ruyna de los primeros, procuraron por



y amistad con los Españoles cautelosamente, para despues  
de anocheido dar en ellos; y amandose ya alorad los  
Españoles en unos bohios, los Indios que fingian la  
paz, se les acercaron a su aloramiento; lo qual visto por  
el Capitan Zepeda, les embió a decir que se fuesen a  
sus casas, donde no, que él con las armas en la mano  
los haría ir. Ellos le respondieron que estaban en su  
tierra, y que no lo pensaban hazer. Lo qual visto por  
el Capitan y presumiendo su malicia, arremetió con sus  
compañeros a uno de los escuadrones, que mas cerca es-  
taba, y desbaratandolo y hiriendo y matand muchos  
Indios, dio ocasion a que los demas se fuesen. Y estando  
en el proprio aloramiento, desde a poco vino otro prin-  
cipal de otra provincia de alli cerca con mucha gen-  
te de la propria nacion Tanches, y dando al Capitan  
Zepeda cierto presente de oro de poco valor, le dixo que  
él venia a ser su amigo, y que porque le diese los cuer-  
pos de los Indios muertos que por alli auia, le ayuda-  
ria a hazer guerra contra los otros sus enemigos, y esta-  
ria alli aquella noche haciendole guardia. Zepeda  
temiend no fuese algun fraude dello, le dixo que toma-  
se los Indios muertos y se fuesen; los quales lo hi-

350  
cieron con mucho contento; porque esta gente dada a  
este brutal uso, tienen en mas un cuerpo de un Indio para  
comer, que todas las riquezas del mundo. Otro dia de ma-  
ñana, el Capitan Zepeda y sus compañeros caminaron  
la buelta del valle de Bogota, y en el camino estan-  
do alorad, tuvo otra respiega con otros Indios Tanches,  
que pretendien desbaratallo y aun matallo a él y a  
sus compañeros, le salieron al camino con las armas en  
las manos y en orden de guerra, a los quales rebatió y  
desbarató con buen animo y audacia, de que él y los suyos  
vieron. Y prosiguiendo su camino para donde su Gene-  
ral estava, fue a salir a Lienega pueblo de Indios  
Moxcas, que confina con los Tanches, donde descansó  
un dia, y otro dia llegó a Bogota, donde su General  
estava, y le dio cuenta de la mala tierra que hacia  
el Sur auia hallado, y de lo que con los Tanches  
le auia pasado.



Capítulo Séptimo, en que se escribe  
cierto modo de que Bogotá vio, para que  
los Españoles se fuesen de su tierra, y co-  
mo el General sabió della en demanda  
de las minas esmeraldas, y como em-  
bió a descubrir los llanos de Benegueta.

Durante el tiempo que el capitán Zéspedes anduvo en  
el descubrimiento dicho, Bogotá nunca cesó aunque a costa  
de sus subditos, de dar continuas gritas y guarabanas  
al General y a los que con él habian quedado; y  
hallando ya cansada su gente con tan continuos ac-  
cometimientos como a los Españoles hacian, determinó  
usar de otro nuevo remedio para hechar los Españoles  
de su tierra, ya que con las armas no auia sido pode-  
rito para ello. Y fue, que como Bogotá entendiese y  
supiese la mucha alegría y contento, que los Españoles  
mostraban quando les daban y llevaban oro y piedras  
esmeraldas, y que con mucha instancia y ahinco  
preguntaban y procuraban saber donde las esmeraldas  
se sacaban, lo qual jamás auian querido decir, embió  
un día diez o doce Indios cargados de comida y con al-  
gunas piedras esmeraldas, que fingiesen y diesen a

584

entender que venian de otras tierras, embiados por un Ca-  
Zique que se decía Choconta, que estava quatro jornadas  
de las minas, donde las esmeraldas se sacaban; el qual  
auiendo entendido que los Christianos auian entrado  
en aquella tierra por partes no sabidas, y eran tenidos  
por hijos del sol, y buscaban los mineros de las esmeral-  
das, se las quería mostrar que estauan cerca de su tierra  
en las tierras de otro cacique o señor su circunvecino, en  
donde él los pondria, para el qual effecto les embia-  
ba aquellos mensajeros. Los Indios bien instructos  
por Bogotá en el negocio, llegaron a donde el General  
estava, fingiendo tan al natural su embaxada, que  
quitaron toda nocible sospecha de sobresi los traxes  
mudados, los cuerpos sudados y calurosos, y los rostros  
muy polvorosos y su plática tan entera, que ninguno  
dexo de creer, que era al pie de la letra lo que decian  
verdad; y como a esta sazón auian buuelto los capita-  
nes Zéspedes y S. Martin de sus descubrimientos, y no  
auian hallado cosa que fuese tal qual la deseaban,  
mouió con mas vigor la embaxada de los Indios al  
General y a los Españoles a que dexand el pueblo  
y tierra de Bogotá, fuesen en demanda de las minas de



esmeraldas y por otra parte Bogotá dio aviso al cacique de  
Choconta que era su feudatario, que los Españoles iban  
a su tierra mediante lo que el auia ordenado, y que lle-  
gados que fueren a ellas, los lleuase y encaminase a  
donde las minas estauan. Monido el General con  
su campo, caminó con mas alegría de la que se puede  
decir en demanda de las minas esmeraldas; porque  
como hasta entonces auia por el mundo muchas y  
diferentes opiniones sobre el nascimiento y creacion de  
las esmeraldas, y no ouiese auer que diese entera  
noticia y relacion dellas, quanto así se sacaban de mi-  
nas o no; deseando el General y sus soldados ver de to-  
do punto declarada esta duda, y ver esta grandera de  
minas, y ban como se ha dicho con mucha alegría  
a sellas y descubriellas. Al cabo de quatro jornadas  
llegaron al valle de Choconta, que llamaron del Spiritu  
Sancto, por auer tenido en él la Pasqua de Pentecostes,  
el qual el cacique Choconta fingió ser el que los auia  
embiado a llamar y les dio guias y encaminó ade-  
lante al valle y pueblo de Turmeque, llamado por los  
Españoles de la Trompeta, por auer allí aderezado a  
hecho de nuevo una maltratada trompeta, que trayan.

582

Este valle de Turmeque es el primer pueblo del señorio de  
Turmeque, y el de Choconta pasado es el portero de Bogotá. El  
General se alojó en el pueblo de Turmeque, para de allí ir  
o embiar a ver las minas; por que las guias que Choconta  
le auia dado y lleuaban, decian que las minas estauan  
en tierra esteril y falta de comida, y no se podian sustentarse  
en ellas toda la gente junta; y por esta causa quedándose  
el alorad con la mas de la gente en el valle de Turme-  
que o de la Trompeta, embió al capitán Pero Hernandez de  
Valenzuela con ciertos Españoles, que fuesen y viesen las mi-  
nas de las esmeraldas, si era verdad que las auia como los  
Indios se auian dicho; las quales halló en la provincia y  
señorio de un cacique llamado Somendoco, el qual y sus  
subiectos reconocian al Señor de Turmeque. Estan estas  
minas en una cuchilla o loma de largo de media le-  
gua, que sale de otras lomas y sierras mas altas. Si la tier-  
ra della algo floja y bolicosa, no la labraban los Indios  
estas minas todo el año, sino en tiempo de aguas o que  
las aguas ouiesen acabado de pasar, porque con sus abeni-  
das abasen y llenasen la tierra que sobre las minas cauan,  
porque como estos naturales no tubiesen con que cul-  
tiuar la tierra artificios de hierro, sino solamente los



que de madera hacian para sus labores, estas eran tan flacos, que no bastarian a desmontar ni limpiar la tierra que en las minas caia; por eso esperaban el remedio del agua hallose en estas minas dos vetas de venetas en que las esmeraldas se criaban y hallaban, el uno de chisital, y el otro azul color del cielo. Valenzuela procuró sacar destas vetas algunas esmeraldas para muestras; y trabajando en ello harto, sacó ciertas piedras de toda suerte, buenas, y no tales, y muy ruyes; y viendo el gran trabajo con que se sacaban, y la mucha flema que para ello era menester, y al cabo el poco provecho que dello redundaba, se volvió a donde el General estava. Deste sitio de las minas por cierta quietud que la sierra y cordillera hacia, vieron estos Españoles una anchura y llanura de tierra apacible a sus ojos, y que con el deseo y codicia que tenían de aver otra cosa mejor y mas rica, que la que la fortuna les avia puesto en las manos, se les figuraba que lo que veían no podría dexar de ser tierra muy próspera y de mucho valor. En esta llanura que desde estas minas veían, los llaman que agora dicen de Venenzuela, tierra toda anegadiza y de raras y pauperimas poblaciones y muy enferma por

los malos ayres que en ella corren, mediante los gruesos y corruptos vapores, que de las tierras anegadizas y lagunas se levantan y congelan. El General, sabida la certidumbre de las minas esmeraldas, y la relacion que le trayan de la llanura y valle que dellas avian visto, se partió de Furnegue y valle de la Trompeta, la Cuelta de Somedeco, donde las minas estauan con dos presuquestos; el uno, de con azadones y otros artificios labrar y seguir las dichas minas, y ver si podia sacar dellas alguna riqueza notable; y lo otro, en el interin que esto se hacia, embiar a descubrir y ver aquel llano valle y ancho que de allí se parescia. Laminando con su campo el General, vino a dar al valle de Transucha, que llamo de S. Juan, por aver estado en él su natiuidad, que estava del pueblo del cacique Somedeco señor de las minas esmeraldas quatro leguas; y de las proprias minas, siete. En el qual valle se aboxó por ser abundante de comida, aunque en ella era bien proveydá así del señor de Furnegue, como de otros muchos caciques, que a fin de que los Españoles necessitados de la falta de la comida no los fuesen a buscar a sus casas, ni a otras partes donde tenían escondidas sus muger



res y hijos y haciendas, procuraban tener el Real de los Españoles bien proveído de comidas, así de carnes de venados, como de maiz y otros mantenimientos, que en sus tierras se dan. Alzados el General en este valle de Teanahuca, determinó desde allí hacer lo que de atrás traxa determinado; así embió al capitán S. Martín con gente de a pie y de a caballo, que fuese a descubrir y ver lo que era la tierra llana, que desde las minas auia visto Salenzuela; y así mismo embió gente con buenos aderesos y que labrasen las minas segunda vez; los quales fueron, y sin hacer cosa memorable en ellas, se boluieron por ser cosa muy puerila el auer de esperar a topar con las betas y mineros en que las esmeraldas se crían, las cuales siguiendo las betas dellas, se hallan a trechos. Lo qual visto por el General, quiso por su persona certificarse de este secreto de naturaleza, y ver por sus ojos lo que muchos grandes auctores auian dudado auer. E así fue a las minas y hallándose presente, las hizo labrar y sacó esmeraldas dellas, y tomó dello entera fe y testimonio, para satisfacción de los que dudasen las esmeraldas sacarse de minas y betas debaxo de la tierra; y con esto se boluio al valle de S. Juan, donde dexaba

354  
aloxada su gente. El capitán S. Martín siguió su descubrimiento, y viendo la mala disposición de la tierra por donde iba, embió a decir al General que no entrase de seguirle, porque no auia disposición de tierra por donde iba, para poder pasar con su gente; porque demás de ser tan agria y estéril, era muy estéril y falta de comida; y prosiguiendo el su descubrimiento, baxó hasta junto a los propios llanos, donde halló una gente tan pauperrima y falta de todas las cosas necesarias para el humano sustento, que solamente comían y se sustentaban de un género de hormigas gruesas, las quales oraban agosta junto a sus cacas, y dellas y de otras siluestres rayzes hacían ciertas tortas y comidas, con que se sustentaban. E viendo esta monstruosidad de naturaleza, no quiso pasar de allí, y también por ver que toda la tierra llana que por delante tenia, eran anegadizos; y con esto dió la vuelta a donde el General estava, el qual con su gente auia ya salido del valle de S. Juan, y aloxádose en el valle que llamaron de Venegas, por auerlo descubierto Mercurio Venegas, natural de Cordova, a quien el General auia embiado con gente al propio efecto. E este valle por otro nombre dícenlo Naganique, en donde



po vió el General con su gente apartada de la población y granedad de la gente y tierra del Reyno, no era tan proveydo de mantenimientos ni visita de naturales como de antes, y así se padecía a esta sazón necesidad de comidas entre los Españoles.

Capítulo octavo en que se escribe, como el General Jimenez de Quesada tubo noticia del caraque Funja y de sus riquezas, y como temiendo que no se alzase y rebelase y juntase sus gentes y armas contra los Españoles, se partió, y a grandes jornadas fue con parte de sus soldados al pueblo de Funja.

Como el General Jimenez de Quesada y algunos de sus capitanes y soldados, que tenían los ojos puestos más en las riquezas, que en los naturales, estuviesen tan descontentos de la tierra del Reyno, que ya diversas veces quisiesen intentar salir della, y últimamente auia respondido el Capitan S. Martin, que por la vía que llevaba no se podía caminar, procuraban y

desseaban con gran instancia aver algunas guías que los llevasen a alguna buena tierra, y con este designio el General cambió de su alojamiento, que al presente era en el valle de Venegas, diferentes capitanes y esquadras, que le tomasen algunos Indios paraguías y adalides de lo que pretendía, aunque la gente andaba por todo aquel valle y sus comarcas todo un día, no se pudo tomar ningunos naturales, excepto de un Indio que obo una esquadra llamada Serrano. Los quales estando hablando con otra India criada del proprio Serrano, le preguntaron que era lo que andaban a buscar los Españoles de su parte a otra, sin tener ni oro ni asiento, que en dexado las tierras vieas y pobladas y de mucha comida abas, y se vienen por aquí, donde ellos, ni nosotros, ni nuestros hijos y mugeres tenemos que comer, y como la India le respondiese, que lo que ella auia entendido era, que andaban a buscar oro, lo qual desseaban hallar más que otra cosa ninguna, los Indios le replicaron, que porque no iban, pues oro buscaban, en donde estava el Señor y principal de todas aquellas provincias llamada Funja, que tenía y poseya muy gran cantidad de oro el y



los Indios, los quales a las muertes de los Bullyos tenian  
unos pedacos grandes de oro, que comaban y hacian con-  
dandose los unos con los otros. La India, sabida esta  
nueva, dio della noticia y relacion a su amo, y su amo  
la dio al Capitan Zepedes, y Zepedes la dio al General  
que ya estava estomagado y colérico del movimiento  
y mudamiento, que los Indios de aquella provincia  
de Tunja auian hecho en no continuar su paz  
y promesses de lo necesario, y tanta presumpcion e in-  
dicias muy grandes de que el principal y Señor de aque-  
lla tierra, que aun en esta sazón no era conocido  
por su nombre, hacia gente para venir sobre él y  
hazelle guerra. Como se le diese esta noticia, y  
el Indio se ofreciese de guialle y lleualle en breue  
a donde este Carique estava y tenia su habitacion, deter-  
mino de ganalle por la mano en el acometer, y ser con  
él en breue antes que tuuiese lugar de juntar su gen-  
te, y tomar las armas en las manos y con ellas hazelle da-  
ño, y así con toda presteza de la gente que tenia consigo,  
hizo aperar y adereçar diez y seys hombres de a caballo  
y deynta pernos, y poniendose en camino, marchó la vía  
del pueblo de Tunja guiandolo el Indio que le auia dado

186  
la noticia, por la altura de unos passamos de extrema fríal-  
dad, en los quales se fue forzoso hazer jornada y dormir,  
donde ouiera de ser mas el daño que el frío y hielo de  
aquel alto puerto les causara, que el que los Indios con  
sus armas les podian hazer, porque penetraba tanto las car-  
nes de los Españoles el frío, que les constreñia a no apar-  
tarse del calor de la candela y fuego que auian hecho,  
y hombre otro entre ellos, que fue un Comar de Corral,  
que aunque la ropa que encima del cuerpo tenia y la  
camisa pegada a raíz de las carnes se le ardia, no lo  
sentia, por tenelle el frío comunicado y recogido en lo  
intimisco de su cuerpo el calor natural, y fue necesario  
promelle de muchos vestidos.

El Carique y Señor de Tunja, aunque sabia que los  
Españoles andaban por su tierra, no se auia movido de  
su pueblo, porque andaban algo apartados del, y como co-  
municaban muy poco con todo el Real junto, pareció-  
le que no podía ser asaltado ni tomado de escudada, por-  
que forzosamente le auian de dar aviso sus subiectos,  
y como el General, dexando el castro que lleuaba,  
camino a la ligera y andubo en tres dias lo que ouia  
de andar en seys, quando Tunja vino a saber su



venida, fue el propio día que avia de entrar el General en su pueblo; y como era hombre mayor y cansado y lo hacia mas pesada las muchas viciezas que con él se tenia, no se atrevió en tan breve tiempo como la diligencia y apresurado caminar de los Españoles le daban, poner en cobro su persona y hacienda; y por esta vez de dar medios, para ver si podia entretener los Españoles, que aquel día no llegasen a su pueblo. El otro fue, que con gran presteza embió a mandar a los Indios, que avia poblados por el camino por donde el General iba marchando, que tomando las armas en las manos saliesen a dar gritas al General y a los que con él iban, y procurasen entretenerlos con designio de si pudiesen, según pretendia, poner en cobro su persona y hacienda aquella noche, e otro día embiar sus gentes sobre los Españoles, como Bogota lo havia hecho, y por otra parte embiava algunos de sus caciques y principales a tratar de paz y amistad, diciendo que se entretuviese el General en los pueblos por donde iba, y que de allí se trataria lo que le debia hacer, porque él queria ser su amigo y confederado y havia todo lo que el General quisiese, y demas desto, venian e iban por el camino infinitos Indios lige-

122  
187

ros a manera de postas, que por momentos llenaban a Tinja la nueva de la quantidad de Españoles, que iban y los caballos que llevaban, y el paraxe donde llegaban; y mientras mas los Españoles se acercaban a su pueblo, mas mensajeros venian al General, para que se detuviese y tratasen de paz y amistad. Por el General que todas estas cautelas y tratos dobles deste bárbaro entendia, no solo no se detenia con los mensajes que le venian, pero estorbaba a los Indios que no se detubiesen en acometer y offender a los Indios, que en la retaguardia les venian dando gritas, y haciend acometimientos de offender a los Españoles. Ultimamente, ya que el General estava muy cerca de Tinja en un atdea pequena, le salió a recibir un cacique feudatario del señor principal con muchos Indios, diciendo que Tinja lo embiaba a recibirlo, el qual se daba por su amigo, según que antes se lo avia embiado a decir, y que le rogaba que aquella noche para evitar el alboroto y escandalo de la gente de su pueblo, se quedasen a dormir en aquella atdea, donde serian bien proveydos de lo necessario, y que otro día se venian y hablarian. El General, teniendo de las cautelas deste bárbaro y pareciendole que eran aquellas osten-



ciones de paz muy fingidas, no cans detenerse aunque  
cabe sus propios soldados obo paraceros, que por ser ya  
algo tarde y no saber que gente tuviere consigo el cacic  
que Tunja, ni si estava con las armas en la mano  
ni de paz, debian guardarse a dormir en aquella aldea,  
y así proseguieron el viaje hasta entrar aunque ya tarde  
en el proprio pueblo de Tunja. Los Indios por apartar los  
Españoles de donde el señor y principal estava, llevaron-  
los a un cercado grande de su hermano suyo dentro  
de la propia poblacion, que por ser tan grande y hecho  
curiosamente para el modo de edificar de los Indios,  
creyeron ser del proprio cacique; pero la guia que  
lleuaban, los apartó deste engaño y les dixo, como no  
era aquel cercado y casas las del cacique, sino otras  
mas principales que estauan mas abaxo, a las quales  
se fue luego el General con toda su gente, que era na-  
mada en comparacion de la canalla que presente te-  
nian de aquellos barbaros, así moradores del proprio  
pueblo, como otra innumerable multitud de ellos que  
avian acudido a ver lo que se hacia entre los Españoles  
y Tunja, y otros sin otras innumerables gentes  
que del pueblo sehan cargados de sus baraxas y

158  
hijos a escondellos y apartarse de la presencia y vista de  
los Españoles, la qual temian por muy espantable y tre-  
mendia. Llegados los maestros al cercado del cacique Tun-  
ja, el General se apeó de su caballo, y con su Alferes  
Antonio de Mallá y el Escudo Diego de Aguilar, mandan-  
do que los demas estubiesen a punto y aperecebidos para  
lo que se les ofreciere, se entró en el cercado sin embar-  
go de que los Indios con solas voces y grandes alaridos  
pretendian estoruar la entrada y hacer que se detuviesen,  
pero como los alaridos pocas veces offendian, el General  
entró en aquel cercado donde Tunja tenia sus casas, que  
no era menor vistoso que el de Egipta, aunque de maderas  
y de cañas, y los buhyos y casas de paxa, y esto se ha  
de entender comunmente en lo que trataremos deste  
Reyno, que quando decimos buhyos, es visible que los  
Españoles llaman y tienen puestos a las casas de los Indios,  
y que estas casas son de varas, hecha la armazon y ci-  
mientos y cubiertas de paxa, segun mas largamente lo  
trataremos en otra parte. Llegado que fue el General  
al aposento e buhyo donde Tunja estava segun la  
costumbre de sus mayores sentad en el suelo encima  
de un lecho de espartillo, no se movió hasta que fue





monido, y hablandole el General con su tope intérprete que traya, le dixo, como cierto Señor por cuyo mandado el auia venido a aquella tierra, le embiaba a saludar y descreba su amistad, la qual se auia de conseguir y conseruar mediante otras muchas cosas, que se le auian de dar a entender, para lo qual era menester espacio y tiempo en que se batasen; todo lo qual no podia auer effecto, si primero el no tenia paz y amistad con los Españoles que presentes estauan y le hacia otras y tratamientos de amigos; lo qual, si enteramente cumpliese, el como su General havia que a el ni a sus subiectos no se les hiciese daño ninguno y fuesen tratados como verdaderos y leales amigos. A lo qual Zunya respondio, que de todo lo que se le decia, se holgaba muy mucho, y era contento de lo hazer y cumplir; pero que ya era tarde para dar fin y conclusion a cosa tan larga y de tanta importancia; que se fuesen a aloxar a una parte del pueblo donde el tenia promeydo y adereçado. El General dixo que le placia asi, y dexand en custodia y guardia deste Carique a su Alferes con quatro o cinco arcabuzeros, se recogio con la demas gente que consigo tenia al

aloxamiento que les estava adereçado. La causa de dexar guardia el General en la persona de Zunya, era y fue de la sospecha que de antes tenia, de que este Carique principal se pretendia abtentar. Auia acudido al proprio cerrado mucha cantidad de Indios, que por diuersas partes fallas que en el auia, entraban y andaban muy inquietos de una parte a otra, dando muestras de pretender lleuar fuera de alli a su Carique; y demas desto, de ciertas casas de municion que el Carique dentro de su cerrado tenia prebenidas para la guerra, que con logosa esperaba tener, se sacaban muchas armas por particulares Indios que las lleuaban, los quales, como ya fuese anocheido y viesen que el General con la mayor parte de la gente se auia ydo a aposentar, y que con el Carique auian quedado solos cinco Españoles, mouieron cierto tumulto para en el tener lugar de sacar a su Carique fuera del cerrado; lo qual principiaron con empear a tratar mal de palabra a los Españoles, que alli estauan y hablalles soberbiamente; y otros habland, y otros tomando en peso al Carique para sacallo fuera, y los soldados acudiendo a selo defender, fue el tumulto encendido de suerte, que oyendolo el General acudio con toda preteza y con el



algunos soldados que se hallaron con las armas en la mano; y quando llegaron, hallaron que ya los Indios sin averlo podido estornar el Alferce y los que con el estauan, echando mano a sus espadas para solo espantar la canalla de barbaros que estauan asidos al Carique, y asi se lo hizieron dexar y lo torno el General a meter en el cercado y casa de su morada; y viendo lo que importaba a salud y de todos los Españoles que con el estauan, quel Carique que Tunja no se abtentase, pues temiendolo los Indios puesto en salvo, luego auian de venir sobre el con las armas, hechando todos los Indios que dentro del cercado estauan, le puso mayores guardas con sus rondas de a caballo y soldados a las puertas del cercado, que no dexasen entrar Indio ninguno a donde el Carique estaua.

Capítulo nono en que se escribe, como los soldados persuadieron al General Jimenez de Quesada, que se cretase el oro que Tunja tenia dentro del cercado, el qual le fue tomado; y como el día siguiente Tunja dio licencia que buscasen y tomasen el oro que en el pueblo auia.

Al tiempo que el General llego al cercado de Tunja,

como muchos soldados que con el iban, llevaban el consero puesto en donde Tunja tendria sus riquezas y thesoros, llevaban los atalayadores ojos espavidos y derramados a todas partes, por ver si venian algun rastro de lo que pretendian; y al fin vieron, que en lo alto de la casa donde habitaba por la parte de fuera, estauan grosseramente puestos unos platos a manera de patenas de oro, y ciertas acuilas de oro, y entre estas puestas unos grandes caracoles de la mar por tal orden, que en tocando lo uno con lo otro por el movimiento del ayre, hazian un grossero sonido con que aquel barboso se contentaba; y de ver esto vinieron a presumir, que lo que se les auia dicho de la riqueza deste Carique, que era cierto; por lo qual procuraron persuadir al General, aunque no fue necesario con obstinacion, que pues sus fuerzas eran pocas para tener seguro al Carique Tunja, que debia dar licencia que se buscasen sus thesoros y riquezas, y fuesen secretados para mas seguridad suya, hasta ver en lo que paraban sus amidades. Al General no le parecio mal lo que los soldados le decian; y asi mando al Capitan Zepedes, que en los buhyos y casas que dentro del cercado auia, buscasse el oro que tenia, y lo traxese ante si para que fuese guardado con el presupuesto dicho. Zepedes no fue nada



negligente en effectuar lo que se le mandaba, y aun segun supe de quien presente se halló, ya lo tenia effectuado; y comenzando, andubo por los buhyos que en el cercado auia. Los mas, como he dicho, eran de municiones en que tenia Funja juntas muchas virtuallas y pertrechos de guerra, para lo que se le aguardaba tener con longota, en los quales auia muchas diademas, patenas, aguilas y otras diferencias de joyas de oro, que los Indios lleuaban puestas en sus personas quando iban a la guerra y para sus regozijos y fiestas; todo lo qual fue recogido con otra mucha cantidad de oro y joyas de la suerte dicha, que en otra parte tenia Funja del proprio cercado como puesto en deposito y guarda, para su recreacion y menesteres; y lleuado a donde el General se auia de aloxar, & aloxad, la multitud de los Indios, como los auian quitado de la presencia de su cacique a quien mostraban amar mucho, en toda la noche reposaron ni durmieron; mas como gente que deseaba ver libre a su Señor, se andubieron por junto al cercado dando muy grandes voces, y viendo si podian entrar dentro, a los quales les era defendida la entrada por los que guardaban las puertas y por las rondas de a caballo, que al

161  
derredor del cercado andaban. Venido el dia, los Indios no cesaron sus alaridos y clamores por auer a las manos a su cacique, daban muestras de querello sacar por fuerza como la noche antes lo auian intentado, pero fueron frustrados sus designios, porque los Españoles los ahuyentaron y echaron de junto al cercado. E desde a poco sacaron fuera el cacique de muerte que pudo ser visto de todos y les habló y mitigó, con lo qual los Indios se apaciguaron mucho. Y como el cacique entendiese la sed y agonía de los muertos que de oro temian, dixoles que si no querian, que fuesen por el suelo donde hallarian muy gran cantidad y que lo tomasen. Los Españoles con licencia de su General no fueron nada negligentes en ello a buscar, el qual hallaban en buhyos muy vijos y antiquissimos que daban a entender ser sepulturas de muertos; porque segun algunos afirman, en esta provincia de Funja no se enterraban los Indios con sus riquezas como en la provincia de Bogota, sino depues de enterrado el Indio cuyas eran, se las ponian sobre la sepultura; y así con menos trabajo hallaban el oro y lo trayan a cargar al monton, donde el General estaua. En su buhyo muy vijio & inhabitable que en él no entraba nadie, sino eran gallinadas



a dormir. En primer lugar, el qual debía ser de algun antiguo y gran señor, que allí debía estar enterrado de mucho tiempo, se halló un catauce hecho a manera de costal cosido con hilo de oro, y todo él lleno de tejuelos de oro, en que afirman aver ducientas libras de oro. Los Indios, viendo que los Españoles recogían el oro que en su pueblo auia, ellos tambien procuraron recoger lo que pudieron, y así es presumpcion, que guardaron y alcaaron mas que les tomaron, que segun muchos certifican, fueron dos mill libras de oro sin piedras emeraldas, y mucha ropa fina de algodón y quentas de mucho precio entre ellos. Con este saco hecho con licencia y facultad del Caxique Hunja que estava preso, se mitigó todo el alboroto, que entre los Españoles y los Indios auia, y el General luego embió a llamar el resto de la gente, que en el valle de Yaganique auian quedado, donde ya auia llegado el Capitan S. Martin que auia ido a descubrir los llanos. Y así mesmo habló con mas respeto al Caxique, tratándole de quietallo y reprehendiéndole de las cautelas de que auia usado para matar los Españoles, el qual siempre lo negó, por lo qual le decian, que temia perdido no sólo el oro que allí se

162  
presente se le auia tomado, pero de todo lo demas, que con las ricas emeraldas tenia escondido y puesto en abrio, lo qual debía entregar si queria salir de la prision en que estava; con lo qual Hunja se desabrió tanto, que aunque despues le dexaron otras cosas de importancia traxer a la lealtad y vasallaje que auia de reconocer y tener a los Reyes de España, daba muestras de no yrlo de voluntad, ni tener gana de hacerlo; pero con todo esto jamás el General estoruo que no fuese visitado continuamente de todos sus subiectos y feudatarios, los quales asimesmo tenian particular cuydad de proveer a los Españoles de todo lo necesario para su sustento. El resto de los Españoles que en Yaganique o valle de Venegas auian quedado, donde a ciertos dias por el llamamiento que de su General les fue hecho, vinieron a Hunja, donde por ser mas el número de los Españoles auia ya menos temor de que se recibiera daño de la gente de Hunja.



Capítulo décimo en que se escribe, como  
el General Ximenez de Quesada, estando  
para salir a visitar la tierra de Funja,  
tuvo noticia de las riquezas del Señor de  
Sogamoso en cuya demanda fue, al qual  
halló alcaide con todas sus riquezas.

El cacique y Señor de Funja preso, viendo el mucho  
contento que los Españoles avian mostrado con aquella  
cantidad de oro que avian avido, y lo mucho que despues  
de juntos los Españoles se regozijaban los unos con los otros, re-  
presentand la felicidad que la fortuna les avia sin pensar  
puesto en las manos, pareciolo y considero, que si en las  
manos les ponía otro thesoro no menor que el que a él  
le avian tomado, que se les iria multiplicand el conten-  
to y aplacand la codicia, y así no solo dejarían de  
pedir mas oro del que le avian tomado, pero le saltarian  
de la prisión en que le tenían. Por este respecto acordó de-  
cir al General y a sus Capitanes y Soldados, que por aver  
visto y entendido el deseo que tenían de aver mas oro  
y el asimismo deseaba que lo diesen, que ciertas jor-  
nadas de allí estava un cacique llamado Sogamoso

563  
hombre de gran veneracion y religion por ser temido me-  
diante sus supersticiones por hijo del Sol, el qual por ser per-  
sona de tanta estimacion entre ellos, poseya grandes rique-  
zas, las quales no solo tenia en su casa, pero en sus tem-  
plos y oratorios, donde los presentes y sus mayores acostun-  
traban hacer grandes sacrificios, por ser aquel lugar tenido  
por mas devoto y santo que otro ninguno de aquella tierra,  
y que si ellos estaban de pesteza y llegaban a donde el  
cacique Sogamoso estava, y lo hallaban descuydad sin  
que tubiese lugar de huir ni alzar sus riquezas, que ha-  
llarian en tanta abundancia de lo que buscaban. Tienen  
Fodos estos barbaros muy poca fidelidad ni amistad los unos  
con los otros, y si alguno se se preso y despojado de su hacien-  
da, procura que de su vesino y aun hermano y padre se  
haga lo mesmo, porque se huelgan mucho de que los  
otros padescan los mismos trabajos y persecuciones que  
ellos. Los Españoles y su General se alegraron mucho  
con la buena nueva que Funja les dio, así por las mu-  
chas riquezas que en ellas les prometia, como porque en  
la sazón que esta nueva se les dio, estava el General de  
camino con gente para ir a visitar la tierra y comarcas  
de Funja. Y así con la gente que tenia apercibida



que serian veinte hombres de a caballo y treinta de a pie, se partió la buelta de Segamoso, dexand toda custodia y recand en la persona de Fuyja y no que se le auia tomado. El cacique de Segamoso, como se a dicho, era persona muy estimada entre los Indios por su falsa religion; y asi fue luego por la pronta auisada de como los españoles caminaban hacia su pueblo; el qual auientendo noticia del sucesso y prision de Fuyja, y de como para con ellos eran invencibles los Españoles, no curó de fiarse de su persona, poder, armas ni gente, ni de la auctoridad de la estimacion y religion de su persona; y tomand consigo todos sus thesoros y mugeres, se puso en salvo donde no le alcançasen los actos de la auaricia española. El General siguió su camino, y no falta quien afirma, que lo lleuó por el valle y poblaciones de Quita ma y Taypa, donde por ser aquella gente mas belicosa y atreuida que otra ninguna de los Moxcas del Reyno, salieron con las armas en las manos a estoruar el pasaje a los Españoles, con los quales tuvieron ciertas refriegas y escaramuzas de que quedaron con reputacion de valientes, y con ellos se detuvo el General ciertos dias, cuya tardanza fue causa que Segamoso fuese

164  
aliado y tuuiese noticia de como los Españoles se acercaban a su tierra y se alzase con sus thesoros. Fue sea de la una o de la otra manera, el General llegó a Segamoso y no halló gente ninguna, sino todas las casas yermas y deshabitadas, y segun algunos cuentan, su Indio viejo ya como de crecida barba, que fue cosa que hasta entonces no auian hallado, dentro de su sanctuario o templo de los que en aquel pueblo auia, que segun se presumió, debía de ser Deque o Mohan de aquel templo, al qual se le preguntó donde estava el señor o cacique de aquel pueblo y la causa de auerse absentado con su gente; y dio por respuesta que auia tenido noticia de la prision de Fuyja y de la ruina y saco que en su pueblo se auia hecho, y que temiendo el mismo subceso o infortunio, se auia retirado a lugares muy apartados o ignotos con su gente y haciendas. Los Españoles, viendo se frustrados de sus designios, con licencia de su General dieronse a buscar otro por el pueblo y templo que en el auia, que, segun su grandeza y ornato, daban bien a entender y aposeer la particular religion, que en la gente y señor de aquella tierra auia. Entre los otros templos, auia uno de extraña grandeza y ornato



que decian los Indios ser dedicado al Dios Nemichincha-  
gagna, a quien veneraban mucho con sus ciegas su-  
persticiones e idolatrias. Este sanctuario, andando dentro  
ciertos soldados con lumbre encendida a buscar oro, por  
que era muy labrego y escuro por defecto de no tener lum-  
breras, por donde la claridad pudiese entrar y dar luz,  
y ser la puerta tan pequeña y baja, que entaban aba-  
xadas o como suelen decir a gatas, por descuido de los  
que con la lumbre andaban dentro, vino a encenderse  
el fuego de suerte, que no se pudo atajar ni remediar,  
porque como toda la cubierta era muy seca de paja,  
hizose mas irremediable el daño, y así fue consumi-  
do del fuego, pero no tan en breve tiempo, como se  
podria consumir otra cosa de mas fuertes materia-  
les; porque como certifican los antiguos que lo vie-  
ron y se hallaron presentes que tubo el fuego en el  
sin acabarse de consumir mas tiempo de un año; y la  
causa de durar tanto el fuego, dicen, a ser por la  
muchacha paja, que sobre si tenia, que conservaba des-  
pues de quemada, el fuego en los maderos gruesos  
que debajo desta ceniza estauan. Aunque la gente  
del pueblo se avia alzado y llevado consigo sus ri-

361  
quezas, todavia los soldados hallaron algun oro sobre  
algunas sepolturas de muertos, y en el suelo de algunos  
templos de lo que por nominar en ello avian dexado;  
y desta vezagados mendrugos se juntaron en este pue-  
blo quasi seyscientas libras de oro. Y despues de aver es-  
tado en este pueblo de Segamoco el General, y visto que  
no podia ser auido Segamoco por no aver quien lo lle-  
nase ni guiar a donde estava, dio la buelta al pue-  
blo de Tunja por la propia provincia de Duxtama  
por donde antes avia pasado; cuyos naturales, como  
al tiempo que por ella pasaron los Españoles, recibie-  
ron poco daño lo qual tubieron por gran victoria, esta-  
van con rústica desvergüenza aparejados con las ar-  
mas en la mano, para de nuevo intentar de dar guerra  
al General y a los que con el iban; y así comenzaron  
a trabar algunas escaramuzas y quaxabaras con los  
Españoles, en las quales aunque siempre perdian,  
no dexaban de seguir con obstinacion el guerrear; por  
por entonces el General no cura de detenerse a do-  
mar de todo punto estos barbaros, sino prosiguió su  
camino a Tunja con designio de volver quando me-  
jor ocasion obiese con toda su gente, y hacer la guer-



ra a estos bárbaros de la manera que ellos la deseaban,  
y desde a pocos dias el General, despues de aver an-  
dad y visitado por sus capitanes algunas poblacio-  
nes de las comarcas y subiectas a Tuxtepec, dio la  
buelta sobre Duxtama, porque aquellos bárbaros,  
con la presuncion que de si tenían de ser mas atre-  
vidos que los demás Indios de la provincia de Tuxtepec,  
y por saber quel señor Tuxtepec estava preso, salian  
de sus casas con vistosa demerquenza las armas en  
las manos, y corrían las tierras de los Indios ami-  
gos y leales, haciendo muchos daños en sus personas  
y pueblos y labranzas, y executando en ellos todo gé-  
nero de crueldad. Los leales se quejaban desto daño  
que de la gente de Duxtama recibían al General,  
para que lo remediasse y castigasse con las armas,  
pues con respecto de conservar ellos su amistad, res-  
cibían tantos daños: Y indignado desto el General,  
y de la desobediencia con que le avian seguido quan-  
do iba a Soconusco, tomó consigo la mas gente de  
a pie y de a caballo que pudo, y entró por tier-  
ra del señor de Paypa, que es un principal subiecto  
a Duxtama, en cuyas tierras se alzó hasta descubrir

166  
y entender bien las celadas que Duxtama les te-  
nia puestas. El qual, como ninguna cosa temiese más  
que el acometer y offender de los de a caballo, avia  
hecho por los caminos y otras partes por do avian de  
andar, gran cantidad de hoyos anchos y hondos,  
y dentro puestas muchas estacas y puyas las pun-  
tas arriba, en que los caballos y gente se estacasen  
y matasen. Y para descubrir primero estos hoyos que  
tanto daño podían hacer, se alzó el General en el  
valle y tierra de Paypa, que estava apartada de la  
poblacion de Duxtama legua y media de donde  
corrían lo que en la comarca avia. Lo qual sabido  
por el señor o cacique Duxtama por quejas, que  
su subiecto Paypa le avia dado, diciendo, que los  
Españoles le hechaban a perder las labranzas, que  
en aquel valle avia, y le comían los mayzes y  
hacían otros muchos daños, embió al General mu-  
chos Indios cargados de comida y mantenimiento  
de lo que en aquella tierra avia, y le embió a de-  
cir, que con toda presteza se saliese de la tierra y no  
hiziese en ella más daños de los hechos en las la-  
branzas y mayzales de los Indios, si no quería ver



la destrucción y ruyna suya y de sus compañeros,  
a los quales él, con las armas en las manos, havia  
que fuesen mas bien mirados en tierra agena, y le  
davia el castigo que su demasiada atrevimiento y  
profia temeraria merecia. El General le embió a  
decir, que hasta entonces él ni su gente no avian  
hecho ningun notable daño en tierra de Tappa  
ni en la suya, ni él venia sino a procurar su amis-  
tad, con la qual todos los daños de la guerra cesarian,  
y a que reconociese por supremo y universal se-  
ñor al Rey de Castilla, cuyo vasallo él era, como  
otros muchos caciques y principales de aquella pro-  
vincia lo avian ya hecho, y vivian y estavan  
contentos dello, por ser subiectos a un Rey tan po-  
deroso, como devia ser y era el de los Españoles, el  
qual tenia a su cargo la administracion de todos ellos, y  
que haciendolo como él se lo embiaba a mandar, se  
le dava entera satisfaccion y paga de qualquier daño  
que los Españoles le oviesen hecho. Los Indios y men-  
sajeros se volvieron a su cacique con esta respuesta  
que el General le dio. Y otro dia siguiente torna-  
ron por mandado de Duytama a donde los Españoles

167  
Otavan diciendo, que el barbaro respondia que no  
se envasen de tantas palabras ni perambulos, como  
le avian embiado a decir, los quales él ni ama-  
ba ni queria oír, mas que luego sin mas dilaciones  
se saliesen de su territorio sino que abreviando y acor-  
tando pláticas dentro de cinco dias él seria allí con  
su gente de guerra, y havia con ellos lo que antes  
les avia embiado a decir; pues tan obstinados esta-  
nan en quererse hacer señores de lo ageno. El  
General y aun los demas, persuadiendoles y creyen-  
do que no avia efecto lo que el barbaro Duyta-  
ma embiava a decir, le respondió, que viviese que  
en aquel sitio le hallaria con su gente. Pero al  
quinto dia Duytama, como hombre que tenia en poco a  
los enemigos, vino con sus gentes que seria las que conigo tava  
mas de sebo mill Indios, quatos en tres equadrones y con lan-  
gas lanzas, y tiraderas macanas y hondas con que arroja-  
ban reciamente una piedra, y ellos muy embujados y empu-  
mados por un llano adelante, de lo qual tuvo aviso el  
General por una atalaya, que en un alto tenia puesta, y  
de presto ensillaron los caballos que en el abreviamento  
avian, que eran bien pocos, porque los mas se avian yd



a casa y estava tan deprimida de gente, que si los Indios fuera gente de obstinada brío, fuera allí la muerte del General y de los que con él estauan. Los Indios se acercaron todo lo que pudieron al aborramiento de los Españoles, donde con tanta facilidad fueron rebatidos, quanto aquí se dirá. Por que, como un soldado llamado Antonio Bermudez saliese de su rancho y todo con su espada y pñela a ver por do venian los Indios, fue a dar con uno de los esquadrones, al qual luego acudieron el General con otros dos de a caballo, y rompiendo por él hicieron los que pudieron en la primer acometida, lo qual visto por los demas Indios que en este esquadron estauan, que eran mas de dos mill, comenzaron a abrirse y esparirse y desamparar la ordenanza que trayan. Por que esta cobarde gente en viendo a uno de sus compañeros herido, luego les parecia que auia de ser aquella propria fortuna la suya, y que si no se apartaban e huian, serian muertos y heridos de la propria suerte. Y así mesmo dieron en otro esquadron de otros tantos Indios el capitán Lopez de y Gomez de Corral, y fue con la propria facilidad rebatidos; y otros soldados acudieron al tercero esquadron y lo descompusieron, y en un momento se vio aquel cam-

po lleno de cuerpos muertos; porque como esta canalla de bárbaros era en tanta cantidad y venian tan juntos, por huir, caian unos sobre otros, y se impedian y estornaban el volver atrás, y eran alcanzados de los peones y heridos cruelmente. A los quales a mediento tanto la ferocidad y presencia de los caballos, que demas de ser ellos pusilanimos de su natural inclinacion les turba hasta hoy este temor. Auida esta victoria, el General aun no auia olvidado ni perdido el deseo que de descubrir y ver aquel gran valle de los Maros de Venegueta, que desde Semendoco de estauan las minas de las esmeraldas se auia visto; porque aunque en aquella sazón embio, como se ha dicho, a S. Martin a descubriello, no se traxo entera relacion dello; y así queriendo ver si por esta de Duxtama los podia descubrir, embio gente que lo andubiese y viese. Los quales fueron, y pasando por el valle de Zeniza donde tubieron algunas refriegas con los Indios del, llegaron cerca de la poblacion de la Monzaga otro cacique y Señor que agora está en el camino que se sigue y lleva a la ciudad de Pamplona, que es quasi de la propria gente Mexica en traxes y bibienda, aunque en la lengua diffiere en parte. Y viendo los Españo-



les la disposición de tierra que por aquella parte iba,  
que era de grandes y dobladas sierras y de pobladas, aunque  
vasas, dieron la vuelta a donde su General amia que-  
dad en el aloxamiento de Tappa. El cacique de  
Duytama, viendo el disparate de su gente, se confederó  
con el cacique Joganoso, y juntand ambos sus sub-  
iectos venian muy de ordinario a hacer acometimen-  
tos a los Españoles, teniendo por reparo y fortaleza  
un pantano, que oy se dice el Santano de Duyta-  
ma, que en tiempo de invierno se hace en él un  
ancho lago, en el qual quedan muchas islas descubier-  
tas de agua y cubiertas de juncos, y hácese honda-  
ble, que por partes cubre un hombre, y por parte  
para ir a' estos isletos se ha de ir el agua a los pechos,  
y por parecerles a' estos dos caciques lugar muy fuer-  
te, ellos hizieron en las islas del pantano y lago su  
aloxamiento, y de allí embiaban sus Indios a que fue-  
sen muertos por mano de los Españoles, lo qual los  
Indios obedescian y hacian por temer la tyrannia de  
su Cacique, que era muy grande y los oprimian a'  
ello. Los Españoles, yendo siguiendo los alcances  
de los Indios que desbarataban, fueron a dar en el pan-

169  
tano donde tenían hecho su aloxamiento, el qual pro-  
curaron luego entrar y asaltar, y poniendolo por la obra,  
quasi cubiertos con el agua, entraron en los Isletos y  
siunciales, haciéndoles los Indios toda la resistencia que  
pudieron. Los dos caciques principales en viendo la de-  
terminacion de los Españoles, se salieron por otra parte  
del lago, el qual como era ancho y los muestros eran po-  
cos, no se pudo guardar por todas partes para defender  
la salida a los Indios, y así tuvieron lugar los prin-  
cipales de irse y no ser presos. Los Españoles prendieron  
mucha gente, que en este aloxamiento hallaron, y  
tuvieron poco oro del, porque en otra parte mas segura  
lo tenían guardado los Indios, y se tomaron a Tappa,  
y viendo quan indómita estava toda aquella gente, se  
volvieron a Tinja, donde amia quedado el resto de los Españoles.

Capítulo undécimo en el qual se escribe, como el  
cacique de Indios de Tinja dió noticia al General  
Ximenes de Quezada de quan gran señor era Tingo, y  
de las muchas riquezas que poseya, y como el Gene-  
ral fué por la posta con cierta gente a prenderlo.

En este tiempo el cacique de Indios de Tinja desband



ver al Señor de Bogotá su contrario y enemigo y a sus  
gentes y subiectos en la misma calamidad y ruyna, que  
ellos auian padecido, no cesaban de decir al General y a  
sus Capitanes y Soldados lo mucho que perdian en no ir a  
dar sobre Bogotá y sus gentes, al qual si prendian y  
subiectaban, juntamente con él abian una gran suma  
de oro, porque como Señor mas poderoso y tyranno y que  
con mas opression trataba a sus subiectos y los despoja-  
ba de sus riquezas, y que pocos dias antes auia auido  
particulares victorias de donde asi mesmo en el despojo  
dellas obo gran cantidad de oro, haciendole Señor de  
muchas riquezas, y en la verdad no se engañaban, se-  
gun en la comun opinion que oy ay de aquel tati-  
que Bogotá, que gobernaba la provincia quando en  
ella entraron los Españoles. El General y los demas Espa-  
ñoles, como aun hasta este tiempo les tuuere la in-  
dignacion que contra Bogotá temian, asi por la burla que  
dellos auia hecho, quando en su provincia estuuieron  
prometiendoles de salir de paz, como por las quazaburas  
que les dio, facilmente se determinaron de volver so-  
bre él y usar de toda presteza en el camino, por ver si  
lo podian auer a las manos hallandole descuydad

57.  
y con su milion de mas de castigar su barbaro ateni-  
miento, conseguir la paz general de aquella provincia  
y de sus subiectos, como se auia conseguido y alcanzado  
con la prision de Tunja, mediante la qual todos los mas  
de sus subiectos se auian pacificado; y asi tomando el  
General Ximenez de Puesada consigo cierta gente de a  
pie y de a caballo, dexando la demas en guarda del  
Señor Tunja y de sus riquezas, se partio la via de Bo-  
gota, caminando de noche y de dia, y haciendo mas largas  
jornadas por ateniarse en el camino, y ver si podia auer a  
las manos a Bogotá, el qual en ninguna cosa viuia des-  
cuydad; porque tenia ya apercebida la gente de su pro-  
uincia y territorio, y mandandoles que en la hora que  
Españoles entrasen por ella, hiciesen ahumadas, las quales  
se fuesen continuando de pueblo en pueblo, hasta que el  
auiso llegase a él con presteza. Y demas desto, temiendo  
noticia Bogotá de como Tunja auia sido preso y se le  
auian tomado sus riquezas y le pedian mas, tomó el  
los suyos y los puso en tan buen cobro por mano de su  
Su Capitan General hombre muy priuado suyo, que  
hasta oy au parecido con desiquio de ya que a él le  
prendiesen, no le despojisen de su ídolo el oro, y por



estas causas fue en vano la pretensa de que el General no;  
porque aunque voyute y quatro leguas, que ay desde  
desde Tunja al pueblo de Bogota, andubo en poco tiempo,  
la mañana que llego, halló ya alcaide el cacique Bo-  
gota de su pueblo & ydole a la casa que llamaron del  
monte; y como para ir en su alcance no temian guias  
ningunas, alojaronse en el pueblo de Bogota, donde  
la primera vez se avian alojado; y de allí luego el  
General comenzo a embiar algunos Indios amigos,  
que le fuesen a hablar y tratar de amistades y confede-  
raciones, donde quiesera que estuviesen, y aunque estos  
mensajeros fueron y apertaron donde Bogota estava,  
la respuesta que les dio fue, luego embiar gentes & In-  
dios de guerra para que acometriesen a los Españoles, &  
hicieran todo el daño que en ellos pudiesen, de los qua-  
les prendian algunos los muertos, y queriendolos embiar  
con mensajes donde su cacique estava para ver si se  
podia traer a su confederacion y amistad, los Indios lo  
rechusaban diciendo, que mas querian estarse con los Espa-  
ñoles, que volver a la presencia de su cacique, el qual  
con su cruel tyrannia los avia luego de hacer volver  
con las armas en las manos contra los Españoles, donde

174  
una vez o otra avian de ser muertos. Pero era tanta la cla-  
cion y aferria deste cacique, que con rescribir su gente no-  
tables daños de los Españoles, no cesaba de embialla y tener  
continuamente cercado con sus equadrinas el alojamiento  
de los Españoles, haviendoles continuos acometimientos de tal  
suerte, que se fue forzado al General, porque con la conti-  
nua resistencia no se le cansaron los soldados y caballos,  
dividir la gente que consigo tenia, en tres tercios o equadro-  
nes, para que por su orden peleasen, teniendo repartidos  
entre si el tiempo del dia y de las noches; y verdaderamente  
tuvieron desta vez puestos en grande riesgo los  
Indios a los Españoles; porque demas de ser ellos en muy  
mucha cantidad, favorecidos el sitio en que se recogian,  
que eran unos lagos y pantanos hechos de las inunda-  
ciones del rio de Bogota, en medio de los quales avian cier-  
tos abledos donde los Indios se recogian, y desde allí salian  
a acometer a los Españoles, y cubriendose por ellos ahuyenta-  
dos y rebatidos & iendose siguiendo los, se recogian en estos  
lagos, que demas de ser algo hondables, porque daba el  
agua dello a los pechos, eran muy cenagosos y llenos  
de medano y tierra, por lo qual los de a caballo que  
eran los que desbarataban los Indios y los seguian,



no osaban entrar tras ellos por el lago, porque los caballos  
no se sumieron en el cieno y fueron muertos; y así aun-  
que los Indios siempre recibían daño y eran muertos mu-  
chos, con recogerse los que quedaban a las orillas, que en es-  
tos lagos nunca eran luego provectos de barro de mucha  
y nueva gente, que el Señor Poyota les embiaba, para que  
con aquellos sus bárbaros y continuos acometimientos entre-  
tusiesen a los Españoles de suerte, que pudiesen irlos a  
buscar, amenazando a los Indios que si se les avia de hacer  
la guerra, y si se apartaban de donde los Españoles esta-  
ban, los avia de matar y consumir a todos. Los Españoles  
y su General, viendo que el guerrear llanamente, ni  
los muchos Indios que nunca muertos en las guarabaras  
y reencuentros, no avian sido ni eran parte para hechar  
de sobre sí aquella multitud de bárbaros, procuraron  
usar de los agües ardidos que suelen traer, un día  
aviciéndose fraudadamente entre ellos y los Indios,  
fingieron estar y ser la victoria de los Indios, a fin de  
apartarlos de los lagos donde se recogían, y juntamente  
con esto propusieron de no herir en la canalla de la  
gente común, sino en aquellas personas que por venir  
más señaladas en sus traxes y hábitos, parecían ser

172  
capitanes y principales; y como los muertos se fueron reti-  
rando y dando a entender a los contrarios, que nunca recibí-  
do daño notable, ellos propusieron de seguirlos; y así gan-  
tándose mucha distancia de los lagos, siguieron a los Espa-  
ñoles con designio de aver entera victoria de ellos; pero  
como a los muertos les pareció, que estaban bien guar-  
tados los Indios de su guarida, rebolvieron sobre ellos, los  
quales batiendo las espaldas, se dieron a huir vergon-  
zosamente, y siguiendo los Españoles el alcance, no  
herían más de en aquellas personas, que parecían ser prin-  
cipales, y la demás gente pasaban por ella como inútil,  
y esto les fue de mucho provecho; porque como después la  
multitud de los bárbaros se tornase a juntar y recoger en  
los lagos, fueron así mismo allí acatados de los muertos  
por la parte de la laguna, que pareció tener mejor entrada,  
y faltándoles, como les faltaba, las cabezas y capitaneas, y no  
teniendo al presente quien los auxiliase a entretenerse  
ni defenderse, dieronse a huir, desamparando de todo pun-  
to aquellos sitios, donde tanto tiempo se nunca defendido,  
y así fueron ahuyentados y echados de allí de tal  
manera, que nunca tan presto batió a dar gri-  
ta a los Españoles, los quales siguieron en sus caballos



tan obstinadamente, que aunque eran en gran cantidad los Indios que huían, fue grande el número de los que quedaron muertos. Y volviendo de seguir el alcance, vieron los Capitanes Maldonado y Lázaro Ponte estar dos Indios escondidos entre unas cruecidas hierbas ó maizagas, que creyeron ser algunos animales del campo, que allí se amian recogido; y llevándolos al alojamiento, les fue preguntado la causa de su estada allí; los quales dixeron ser criados del cacique y Señor Logota, el qual los avia embiado á que viesen lo que pasaba, y sus Indios hacian con los Españoles. Lo qual sabido por el General, procuró saber dellos en que lugar estava alojado ó escondido su Señor Logota; el uno de los quales por ser mas viejo y endurecido en su falta fidelidad, no quiso decir ni declarar cosa alguna, por lo qual fue puesto á quistion de tormento, atento á lo que importaba para la paz universal el ser preso y descubierto Logota. Y como con obstinacion este bárbaro negase y por ello le fueron aplicados los tormentos, fue miserablemente muerto en ellos. El otro su compañero, que era mas mozo, temiendo aver el mismo fin, declaró luego lo que le preguntaban, y ofrecióse de llevar al Senor

570  
val y Hypanthes donde Logota estava alojado y resaido. Y partiendo de noche á effectuar lo que tanto deseaban, fue el suceso tan abierto, que quasi en todo quedaron burlados de la fortuna; porque como caminaron toda la noche hacia la casa del monte, donde Logota estava recogido, y antes que fuese de dia llegasen á ella y la ablasen, los Indios comenzaron á alborotarse y á huir saltando por diversas partes del cercado, que allí tenían hecho; y como entre los demás huyen el mismo Logota, y por ser escuro no fuese conocido, fue herido de ciertas heridas de las quales fue á morir á un arriabuco ó monte pequeño que cerca de allí estava. Esta muerte de Logota, unos la atribuyen que la hicieron y causaron hombres de á caballo, que estavan al derredor del cercado, alanceándolo; y otros á un Domingo Leon y balladero, diciendo, que este Logota no estava en su cercado y buhyos principales por costumbre de sus mayores, que estaban en tiempo de guerra para mas seguridad de sus personas, estar apartados y fuera de las casas principales en otras comunes y menos conocidas; y que quando Logota desta antigüalla, estava en este tiempo y sazón fuera del cercado principal en un pequeño buhyo con ciertas mugeres suyas, donde



llegó este Soldado Dominguez y lo hirió de las heridas  
de que murió. Su efecto el fue muerto en este asalto,  
según después pareció; y aunque fue sepultada  
la casa y alojamiento donde Bogotá estava, en ella  
no se halló ninguna notable riqueza; porque, como  
se ha dicho, este cacique temiendo su infeliz suceso  
y en lo que avia de venir a parar, la tenía escondida en  
parte donde nunca más ha aparecido; y así el General,  
como no halló nada de lo que buscaba, dió la vuelta a  
donde solía estar alojado en los antiguos cercados de Bo-  
gotá. En la qual jornada los Indios no aviendo visto ni  
entendido la muerte de su Cacique, fueron siguiendo  
con sus armas a los Españoles con pertinacia, procuran-  
do dañarlos y hacerles todo el mal posible; y aun-  
que alguna gente de a caballo iba en la retaguardia  
para ahuyentar los Indios que la seguían, no por eso  
dexaban de irle dando alcañices, aunque recibían mucho  
mal daño, que hacían, hasta que baxaron al llano,  
donde los caballos pudieron mejor ser señores del cam-  
po, y de todo punto hecharon de sí aquella multi-  
tud de bárbaros, que los seguían. Llegados el General  
y sus Soldados al viejo alojamiento, se estuvieron en él

174  
algunos pocos días por ver si avia entera efecto lo de la  
paz que pretendía, en los quales nunca se pudo conse-  
guir más paz ni conformidad, que la de antes, que era  
lo que los caciques de Chia, y Suba y Funza avian  
dado al principio y conservado. Lo qual visto por el  
General, se volvió otra vez a Funja, donde avia dexado  
el resto de la gente. Los Indios de Bogotá des-  
pués que hallaron muerto su cacique, le hicieron en-  
terrar con su acostumbrada solemnidad, y lo pusieron  
con parte de su oro, donde no ha sido hasta agora  
hallado, aunque dicen, que la muerte deste cacique  
no fue tan llorada ni sentida de sus subditos, como las  
de otros sus antecesores, por respecto de tratillos tan du-  
ra y tyráunicamente, como los trataba.

Capítulo duodécimo en el qual se escribe,  
como estando en Funja los Españoles, trataron de  
permanecer en la tierra del Reyno; y como el Ge-  
neral, teniendo noticia de la mucha riqueza que en sí avia,  
fue allá con parte de su gente, y lo que en la jor-  
nada le sucedió.

Vuelto el General a Funja, estuvo allí algunos días en



ocio y recreacion con sus soldados y capitanes, sin haver  
ninguna salda notable mas de tratar y comunicar sobre  
lo que harian en la tierra, si se poblarian en ella, o si tra-  
carian salidas para los llanos (ruyna y destruccion de  
quantos en ellos auerian), o si se tornarian a salir, y  
en efecto considerada la calidad y condicion de la tierra,  
y los muchos naturales que en ella parecia auer, y las  
buenas muestras de oro y esmeraldas que auia dado, a los  
mas no les parecia que era cosa de menospreciar ni te-  
ner en poco, sino que la debian poblar y permanecer en  
ella. Y resueltos de todo junto en esto, de mucho nascio  
entre ellos contienda, sobre en que parte de las dos pro-  
uincias poblarian, si en Tunja donde al presente esta-  
uan, o en Bogota; porque en este tiempo no po-  
dian dividirse a poblar dos pueblos, por ser los Espa-  
noles pocos y los naturales muchos; aunque en la  
tierra de Tunja auian auido mucha cantidad de oro,  
pareciales mejor tierra la de Bogota, por se mas  
llana y apacible, y de mejor temple y de mas natura-  
les; y demas desto, como aun no tenian noticia de la  
muerte de Bogota, pareciales que estando todos juntos  
y de asiento en su tierra con las continuas persuasiones

175  
que se harian y asechuzas que le pondrian un dia o  
dos, vendria a sus manos el y sus riquezas, y se apacigua-  
rian los que por su respecto estuuiessen rebeldes. Y estando  
en estas contenciones, dieron nueva como adelante de Bogota  
quasi la via del Sur, auia cierta provincia de natura-  
les llamada Neiba, en la qual se labraban minas de oro,  
y sacaban dellas los naturales gran cantidad deste metal  
y lo poseyan en tal manera, que se affirmaban, que  
sobra del mucho oro que los naturales de aquella provin-  
cia poseyan, auia en cierto templo o casa de idolatria  
un pilar y postel muy grueso y alto todo de oro martelado,  
la qual nueva llego a tan buen tiempo, que no cesan-  
do perder punto los Espanoles, que estauan en opinion de  
irse a poblar a tierra de Bogota, se pusieron luego en  
camino y fueron a dar al pueblo de Suesca, que enton-  
ces llamaban de Juan Londo, por la degraçada muerte  
que a un soldado deste nombre le dio en el el General,  
donde se alojaron; y el General determino dexar allí  
una parte de la gente española que consigo trayan; y con  
la otra, se fue en demanda de la provincia de Neiba. En  
este pueblo el General Jimenez de Quesada, despues  
de la larga prision en que auia tenido al barique



Tunja, lo soltó y le encomendó la paz y amistad que  
 debía tener con él y con sus Indios, si quería vivir en  
 quietud y sosiego; lo qual fue de tanto provecho a los  
 Españoles, por conservar, como conservar, después perpetua  
 paz y amistad este principal y sus subditos con los  
 Españoles. Y hecho esto, se partió el General con has-  
 ta diez hombres de a caballo y veynete peones, que le pa-  
 saron hasta gente para no más de dar vista a la tierra  
 si los naturales eran de la condición de los del Reyno y  
 caminando por firos y diversos paramos, y muy trabajosos  
 y aun peligrosos caminos, llegaron a la provincia de  
 Neiba, donde hallaron ser mas la fama y ruido y es-  
 tudendo, que con aquella tierra les avian hecho, que no  
 lo que en ella avia; y aunque era verdad, que en ella  
 se sacaba oro de minas de mucha calidad y quilates, era  
 poco en cantidad, y la tierra mal poblada de naturales,  
 y algo acompañada de montes y arcabucos, que junta-  
 mente con la constelacion e influencia de las estrellas  
 y cielo y del sol, que arde con gran resplandor, la hacen  
 enferma en tal manera, que pocos Españoles de los que  
 en ella entraron, dexaron de enfermar, e Indios Mor-  
 cas que con los Españoles iban por oro. Esta provin-

cia esta aventada quasi a los nascimientos del río grande  
 de la Magdalena, que nasciendo de sus maternas fuentes  
 y manantiales poco mas arriba, pasa con su corriente por  
 medio desta provincia, la qual está grad y medio de la  
 línea equinocial, lo qual es cierto, que a muchos anti-  
 guos pareceria cosa fabulosa decir, que en estos grados habi-  
 tase gente ni estudiese la tierra poblada; pero, como he  
 dicho, esta experiencia bien la pagaron los muertos con la  
 poca salud que de aqui sacaron. Avia en este valle de  
 Neiba de la una parte y otra del río algunas pobla-  
 ciones. Los naturales que desta parte estavan, teniendo  
 noticia de la ida de los Españoles, dexaron sus pueblos  
 y se pasaron de la otra parte del río grande, y después  
 que en su tierra vieron al General, pasaron algunos a  
 besitallo y traxeronle de presente obra de cinquenta li-  
 bras de oro muy fino y subido en quilates. El General lo  
 recibió alegremente, y como la lengua desta gente fue-  
 se muy diferente de la del Reyno, no tubo con quien ha-  
 blar a estos Indios, y preguntalles algunas cosas ne-  
 cessarias a su descubrimiento; y así con otras muestras  
 de buena amistad y algunas cosas cosas de España  
 que les dio, los embió a su tierra, o a donde avian



veinte. Hicieron el General por mano de los que con él  
iban, ver si el río arriba yban algunas poblaciones, y  
la disposición de la tierra; y hallaron la toda tan desier-  
ta, y poblada y agorizada para enfermar, que tuvieron  
por muy mejor dar con brevedad la vuelta, que con  
esperanza de muchas riquezas detenerse mas tiempo  
allí; porque les convenia sentarse quatro o cinco sol-  
dados a comer en una mesa, y levantarse todos con  
muy pocas calenturas de ella. La noticia que del pilar &  
portal de no se les avia dado, era y fue, que los Indios  
de aquella tierra en cierto templo suyo tenían un es-  
tante y pilar, a quien particularmente tenían venera-  
ción por sus supersticiones y vanidad de religión, al  
qual tenían cubierto con unas grandes chaqualas y  
planchas de batilhoja, que a los que lo veían daba a  
entender, que todo era no quanto valumbraua, y así en  
esto, como en lo demás fueron frustrados los proyectos de  
sus designios; porque al tiempo que los Indios del pueblo  
donde este pilar emplanchado y no estaba, se quisieron  
absentarse, lo descompusieron y despojaron del oro y le lo  
llevaron consigo. Tornáronse a salir del valle de Seyba,  
a quien por su mala contelación y subceso llamaban

577  
el valle de la tristura. El General y los Españoles esta-  
van tan enfermos, y maltratados y hospedados de la tierra,  
que fue necesario confesallo en el camino, y llevarlos  
con gran cuidado y vigilancia, por que no se les quedasen  
muertos en vida, hasta que entraron en la tierra fría,  
donde con el fresco de los sanos ayres en breve tiempo re-  
cobaron su sanidad. Puelto el General al pueblo del  
barrioque Bogota, donde ya otras vezes avia estado alojado,  
se alojó allí con designio de hacer asiento en la tierra, y em-  
bió a llamar a su hermano Hernan Pérez de Quesada,  
que con la demás gente avia quedado en la provincia  
de Nueva, aunque algunos afirman, que quando el  
General, viniendo de Seyba llegó a Bogota, que ya  
estava alojado en el pueblo de buhyos Hernan Pérez de  
Quesada y los Españoles que con él avian quedado, donde  
se supo de Indios, que luego vinieron de paz, muy entera-  
mente la muerte de Bogota, y lo mucho que los natu-  
rales o los malos dellos holgaron por verse fuera del yu-  
go y subieccion de aquel tyranno, que con tanta  
severidad los avia tratado en quatorce años, que  
avia gobernado la tierra, como se ha dicho, en el qual  
tiempo no solo trayan trabajados los Indios con sus guer-



ras y bullicios, porque como este bárbaro era tan arrogante e hinchado, pretendia tyrannizar toda la tierra y hacerse señor della, con lo qual trabajaba demasiadamente a sus subiectos; pero con muchas imputaciones de tributos que cada día sobre los miseros Indios ponía, los despojaba absoluta y disolutamente de todo el oro y esmeraldas que tenían y poseyan, dexad aparte otra infinidad de imputaciones, que sobre ellos tenía puestas; pero con todo eso, como creo que he dicho, no dexó de ser su entierro celebrad con la solemnidad y ceremonias, con que por la costumbre de sus mayores entierran a estos Señores Bogotas.

Capitulo decimo tercio en el qual se describe, como el General tubo noticia de que un Capitan General de Bogota llamado Sapipe, se auia alçado con el oro y esmeraldas del Carique Bogota, que en la casa del monte fue muerto; y como procuró de atraerlo a su amistad para auer del aquella riqueza.

Certificad el General de la muerte de Bogota por algu-

nos Cariques e Indios que solo decian, pareciolo ser cierto solo por ver que generalmente los Indios de la provincia de Bogota le salian de paz y procuraban su amistad, lo qual en vida de su Carique jamas auian hecho, por la oppression en que el Bárbaro los tenia, de los quales el General procuró inquirir y saber lo que se auia hecho de las riquezas y oro que Bogota en el tiempo de su tyrannia, auia juntado y auido. Los quales le dixeron, que antes que muriese, auia dado todo el oro y esmeraldas que tenia, a un Indio muy privado suyo, y que en las cosas del gobierno y de la guerra era como su teniente y Capitan General; el qual no solo se auia alçado y quedado con todo ello, pero que despues de muerto el Carique Bogota, se auia el tyrannicamente hecho señor de la tierra y entrandole en el Caricazgo que era de Bogota, no viniendole de derecho e por la costumbre que de tiempo antiguo auia acerca de la subcecion de aquel Caricazgo, que era, que demás de auer de ser el subcecion, hijo de la hermana maior del Señor de Bogota, auia de ser primero Carique de Chia, y desde allí auia de pasar a serlo de Bogota, y que en esta ocasion, como a los Españoles les era notorio, era



vino el cacique el Chica, a quien de derecho le venia el cargo de Bogota, el qual desde el principio avia sido amigo de los Espanoles y conservado su amistad hasta este tiempo, y que este principal de Bogota que se avia aliado con el estado, de mas de no pertenecerle, era un hombre tan soberbio y tyranico como el muerto Bogota, y que siempre avia seguido sus pisadas, y aun temian todos que avia de ser mas cruel y riguroso quel muerto, por lo qual todos en general aborrescian su gobierno y deseaban verle fuera del. Lo qual sabido y entendido por el General, procuro y supo el aborramiento deste nuevo tyranico, que por su propio nombre era llamado Sagipa; y porque no le subyugase con el lo que con Bogota, no quiso ir a dar en su aborramiento; mas embiolo con algunos Indios a decir, que no estuviere obligado en seguir la opinion de su antecesor Bogota, si no queria aver el mismo fin; mas que luego viniere a la amistad de Espanoles, y reconociese el vasallaje a su Rey, como era obligado. Estaba fortificado en una alta sierra que cae a las vertientes de las tierras de los Indios llamados Lanches; y en mismo el General enten-

577  
dio en ir a saber a si a los demas caciques y Señores principales de la provincia, porque aunque, como se ha dicho, los mas estavan de paz, jamas por sus personas avian visitado al General, mas embialle con sus Indios y subditos los mantenimientos necesarios y algunos presentes de oro y emeraldas, y aun al principio tratose de una inuencion graciosa y fue, que como algunos Indios salian de paz, el General embiava los que fuesen a llamar a sus caciques para sellos, y como los caciques supiesen que los embiavan a llamar, componian y adornaban de sus traxes y habitos cacicales, que son algo diferenciados de los que tienen otros Indios, a otros de aquellos barbaros, a los quales embian con titulo de cacique a donde el General estava, con los quales en presencia de los Espanoles veaban los Indios inferiores de las proprias ceremonias y veneraciones, que si fuesen los mismos principales, porque asi les era mandado. El General, creyendo, que lo finjido era natural, hacia todo regalo a estos falsos caciques, y dabalos bonetes y camisas de Espana y otras cosas con que iban muy contentos, que no poco provecho hacian, para que despues los Señores naturales viniessen de paz; porque como supiesen quel General con al-



gunos de los Indios comenzaba ya a entrar por sus tier-  
ras, para por fuerza hacerles que hiciesen lo que antes  
de grado no avian querido hacer; temiendo el mal suceso  
de Bogota y de otros muchos que en las guerras, que  
avian principiado fueron muertos, y viendo el buen trata-  
miento que a los que salian de paz se les hacia, se ve-  
nian todos a congratular y a ganar por la mano, antes  
que los Españoles llegasen a sus alojamientos y rancherías  
donde se avian retirado; y así con algunas salidas que  
a diversas partes se hicieron, fueron traydos a la amis-  
dad de los Españoles todos los más de los Caciques y seño-  
res principales, y personalmente venian a donde el  
General estava alojado a verle. Los mensajeros que  
avian ido donde Sagipa nuevo tyranno de Bogota es-  
tava alojado y fortalecido, volvieron sin effectuar ma-  
ninguna, porque pretendia seguir las pisadas de su an-  
tecesor; y aunque despues por muchas vezes fue llamado  
por el General mediante los mensajeros, que le eran  
embiaados, a que viniere en la amistad de los Españoles,  
y a reconocer el dominio a su Rey y Señor, jamás  
se movió, sino fue a hazer el mal y daño que podia,  
embiaando desde lo alto de la sierra, donde estava,

los Indios de su opinion a que hiciesen mal en los que  
servian a los Españoles; y así hazaban tan desvergüenza-  
damente, que muchas vezes daban en los Indios que an-  
daban a coger hierba para los caballos, y los mataban.  
El General, vista la viltica desvergüenza deste nuevo  
tyranno, determino de irlo a buscar a su alojamiento. Aun-  
que muchas vezes salio de donde estava con gente a bus-  
carlo, nunca pudo dar con él; porque como este Sagipa  
avia visto que mediante el caminar de noche, avian da-  
do en el Cacique Bogota, y lo avian prendido o muerto,  
jamás se aseguró en un lugar, más muchas o las más  
noches le acontecia anocheceer en una parte, y amanecer  
en otra; y viendo que con esta diligencia y solli-  
citud no lo podia aver, y como ya en este tiempo los  
más de los Caciques, mediante la buena diligencia de los  
Españoles y de su General, estuvieron de paz, les mandó  
el General que en ninguna manera favoreciesen a  
Sagipa, que se intitulaba nuevo Cacique de Bogota,  
con comidas, ni lo visitasen, ni en sus casas recibiesen  
ellos ni sus subiectos ninguno de los Indios, que anda-  
ban amotinados y seguian la opinion y rebelion de  
Sagipa. Fue este precepto del General tan guardado



281  
y cumplido por los caciques & Indios amigos, que en pocos  
dias convinieron al tyranno Sagipa a que viniese a combi-  
dar al General su amistad, y esto lo hizo tan pesadamen-  
te, que despues de auerle ofrecido de ser amigo, gas-  
to muchos dias en mensajes y perambulos, primero que  
quisiese venir personalmente a donde los Españoles esta-  
uan. Mas al fin lo hizo condeñido de temor y necesi-  
dad que de una a otra parte le cercaban; y con toda la  
mal de su gente, representand aquella bárbara auctoridad  
y rustico señorío y maiestad, vino un dia a donde el  
General estava, el qual lo recibió con mucha alegría  
y contento; y dandole algunas cosas de España que en-  
tre estos bárbaros son estimadas, y muchas quantas de va-  
lor que entre ellos se usan por moneda, lo despedió di-  
ciendole y amonestandole, que si pensaba conservar el  
amistad de los Españoles, que no se boluiese a la sierra,  
sino que habitare en su poblacion y en ella permaneciese.  
El cacique y tyranno Sagipa se bolvió muy contento  
con el buen recebimiento que se le auia hecho, y desde  
en adelante por algunos dias no dexó de visitar al Gene-  
ral personalmente y con mucha familiaridad, sin tener  
ni dar muestras de ningun recabio, porque jamás el

282  
General le habló ni trató del río de Bogotá con que se  
auia algado; porque pretendia primero con prudencia, por  
alagos y buenas razones obligar a este tyranno a que de su vo-  
luntad diese lo que no era suyo ni le pertenecia; pues propiamente  
era hacienda de Bogotá su antecesor, que por su rebelion  
y obstinada alteracion, que contra los Españoles auia  
tenido en no auer querido dar la obediencia a su Maies-  
tad, aunque le auia sido requerido por muchas vezes, se  
entendia auer incurrido en perdimiento de todo ello, y per-  
tencer al Rey o a los Españoles presentes; y por esta via  
pretendia el General que este Sagipa le entregase paci-  
ficamente el oro y esmeraldas de Bogotá, dexado aparte,  
que como se ha dicho, este señorío y encargo de dese-  
cho le venia y pertenecia al cacique de Chia, a quien  
por su primera paz y conseruacion della, tenían obliga-  
cion de favorecer el General y sus soldados, y ampara-  
do en su encargo; pero todo esto se dexaba para me-  
jor ocasion. En este tiempo tubo el cacique Sagipa  
necesidad de entrar a hacer guerra en la tierra de los San-  
ches, enemigos antiquissimos de la gente moxica y para  
entrar mas seguro y auer mas entera victoria, rogó  
al General, que le fuese a ayudar con su gente, el



181  
qual para mas le obligar a su amistad y a lo que del  
pretendia, fue con quinze hombres de a caballo y algu-  
nos peones en compania de Sagipa, que llevaba arriba  
de cinco mill Indios de guerra; y entrando por las tierras  
y poblaciones de los Tanches, hicieron en ellas todo el  
daño que pudieron; y despues de aver corrido mucha par-  
te de la tierra de los Tanches comarcana a la de los  
Moxcas, y aquella arruinada toda y muerto muchos In-  
dios, se volvieron al valle de Bogota, que llamaban de  
los Alcazaros; y despues de aver llegado al alojamien-  
to de los Españoles, el General se determino de hablar  
a Sagipa para que le entregase el oro y esmeraldas del  
Cazique Bogota su antecesor, y poniendole en efecto su  
plática, le dixo: que bien sabia como el Señor Bogota  
era muerto, el qual siempre avia estado rebelde con-  
tra el servicio de su Magestad, y en señal de su rebe-  
lion y alteracion, avia con continuas guerras perse-  
guido los Españoles, por lo qual tenia perdida el oro y  
esmeraldas y otra hacienda qualquiera, que poseyese,  
todo lo qual era notorio que el lo tenia y poseya; que le ro-  
gaba, que pues los Españoles avian de permanecer en  
aquella tierra, y a él le era necesaria su amistad, que

182  
si queria conservarlas, les entregase todo el oro y esmeraldas  
que de Bogota el muerto tenia en su poder. Sagipa respu-  
dió, que era verdad, que el lo tenia y poseya, y que era con-  
tento el dhallo y entregallo todo, sin que quedase cosa algu-  
na; y porque le fue interrogado la cantidad que seria  
de oro y el termino a que se offeria a entregallo, dixo, que  
el oro que el tenia de Bogota que avia de entregar, seria  
en tanto, quanto cabia en cierto apuesto pequeño que  
allí estava y tenia presente, que era una muy y gran  
cantidad, y tres escudillas muy grandes llenas de finas es-  
meraldas, y que lo daria dentro de veinte dias sin que en ello  
oviese falta; y todo esto prometia el bárbaro creyendo que  
lo avian de dexar ir por el oro. Pero el General que ya en-  
tendia hasta donde se estendia la verdad destas barbaries,  
le dixo, que para que su palabra se cumpliese y oviese  
effecto lo que decia, se quedase aquellos veinte dias en el  
alocamiento, porque si se viese fuera del, no le pareciese  
hacer otra cosa; pues era general costumbre entre  
los Indios no guardar ni cumplir su palabra con inte-  
gridad. El Cazique y tyranno Sagipa dio muestras de  
no pesalle lo que el General hacia en tenelle allí, res-  
pondiendo, que él era muy contento dello, y así luego



Embrió por sus mugeres y criados, y los tubo allí sir-  
viendole con auctoridad de Caraque todo el termino de  
veynete dias, en los quales nuestro General y Españoles  
se hallaron los mas ricos hombres del mundo, consideran-  
do las riquezas que Sagipa les avia prometido de poner-  
les en las manos; porque si lo que este barbaro decia  
que avia de dar, diera y cumpliera, para cada espa-  
ñol avia un buen quintal de oro y aun dende arriba,  
sin las esmeraldas que eran de gran valor. Pero  
los veynete dias se pasaron, y tras dellos otros veynete,  
y por aqui se fueron multiplicand y acrecentand  
los terminos y plazos, y con el no cumplir su prome-  
ta, comenzo Sagipa a perder de su auctoridad, y a ser  
menos bien tratad que de antes, porque pretendio  
cumplir con solas palabras, y aun lo hizo asi aun-  
que a su costa; porque pasa desta manera, que como  
este barbaro, o por no tener lo que avia dicho que  
daria, o por no despojarse dello ouiere traydo muchos  
dias en palabras y mentiras al General, fue molestado  
con algunas misiones para ver si por esta via sacarian  
del virtud; y como tampoco esto avouechase,  
los Capitanes y soldados pusieron acusacion al Sagi-

183  
pa ante su General diciend, que se avia alcad con  
aquel y esmeraldas de Bogota, que por las causas arri-  
ba referidas pertenecia al fisco real y a ellos; y he-  
chas las informaciones necesarias con los propios Indios  
de la tierra, que dixeron todo lo que querian y sabian,  
fue condenad el probe preso a quistion de tormentos,  
para que declarase el oro y esmeraldas de Bogota, siend  
ante todas cosas proveydo de curadores, y substanciandose  
el proceso muy judicialmente, de suerte que no llevase  
nubidades, como cosa que tanto importaba, puesto a  
quistion de tormento este miserable, dixo, que le lle-  
nassen los Españoles donde el los guiaran, y que alli  
estava enterrad el oro y lo sacarian todo. Luego fue  
sacado de la prision y encargado a buenos soldados que con  
todo recand y custodia lo llevasen por donde el los guia-  
se; el qual los llevo por muy asperas sierras y despe-  
ñaderos, de uno de los quales, como hombre desesperado,  
se quiso arrojarse donde en poco espacio de tiempo quitara  
su persona de los temporales tormentos a que estava  
condenado, y a sus adversarios de congoja y trabajo;  
pero fue detenido de los que lo llevaban por una cabuya  
y gruesa sogá, que por fiador llevaba al peruenzo, y



Visto que su intencion deste cargo era buscar mudos  
como uise de poder de los Españoles muertos o viuos; lo  
bellieron a la prison, donde le fueron remouados los  
tormentos para que declarase donde tenia el oro; pero  
como pertinazmente lo negare todo, y por ello se le  
fuesen agrauando las penas, dentro de pocos dias murió  
en la prison y tormento, sin dar mas que la esperanza que  
al principio auia dado; y así fue lleuado y sepultado  
por sus subiectos y parientes, aunque vniuersalmente  
todos los Indios, como se ha dicho, aborrescian el se-  
ñor de este Sagipa, por ser tan tyranno como Bogota;  
y por eso no fue sentida ni llorada su muerte por  
todos los de las provincias subiectas a Bogota segun lo  
acostumban hazer en muertes de semejantes señores y caciques.

Capítulo décimo quarto en el qual se escribe,  
como fue repartido entre los Españoles todo el  
oro y emeraldas que en el nuevo Reyno  
auian auido, y como la libdad de Sancta fee  
fue poblada.

Pérdida de todo punto la esperanza de auer el oro y es-  
meraldas del cargo de Bogota, el General y sus capi-

584  
tanes y Soldados determinaron que todo el oro y emeraldas  
que en las contiendas y sacas pasadas se auian auido, se par-  
tiera y diuidiere conforme al cargo de guerrero que tenia,  
porque todo el oro que el General y Españoles auian auido en  
este nuevo Reyno, desde que entraron en el valle de la  
guita, hasta esta sazón y punto, todo se auia juntado y  
traydo a monton, sin que ninguna persona osase despa-  
dar un tomin, por los grandes temores que el General les  
tenia puestas con el rigor de sus ordenanzas. Y así, hechas  
las partes, cupo a cada persona a quientos y veinte pesos, y  
al ginete o hombre de a caballo, doblado, que llamaron  
dos partes; y a los Capitanes doblado que a los ginetes.  
Y el General, despues de auer sacado el quinto de todo  
ello para el Rey, lo repartio todo por la orden dichas en-  
tre los Capitanes y Soldados todo lo demás. En este tiem-  
po ya auia tan pocas cosas de las de España en poder  
de los Españoles, que valian a ciertos precios. Todos o  
los mas andaban vestidos de sayos y capas de mantas de  
la tierra, hechas de algodón, blancas y coloradas y pinta-  
das de pinzel, que las hacian esta gente mucha muy  
curiosamente. Valia una herradura para herrar los caba-  
llos treinta pesos, y un ciento de clavos de herrar otros



ta pesos, y así salía el caballo herrado de todos quatro  
pies, en ciento y cincuenta pesos de buen oro; y así mu-  
chos tenían por mejor hacer herraduras de oro puro, que  
era medio oro, y herrar con ellas sus caballos, que com-  
prar herraduras de hierro. Un caballo común, que se  
suele llamar matalote, valía y se vendía en mill pesos  
y veinte amibas, y si era caballo de buenas otras y presen-  
cias, valía dos mill pesos, y a este respecto eran los pre-  
cios de las otras cosas, que de España acortaban a aver,  
que eran bien raras: pues las hechuras de las capas  
y sayas y gorras que de mantas se hacían, no eran  
en menos moderadas, que los precios de las otras cosas  
que se vendían; y así se estimaron muchos Españoles  
con estos vestidos y trages de mantas, hasta que entro gen-  
te de Hin en la tierra con Benalcázar, que por sus  
dineros les promeyeron de muchas cosas para el or-  
nato de sus personas. Estando, pues, ya resueltos, como  
atrás queda dicho, el General y sus Españoles en que  
la tierra se poblase, y en ella permanesciesen, el Ge-  
neral llamó muchos de los caciques y Señores de  
esta provincia de Bogota y les dixo, como para su bien  
y conservación y conuersion los Españoles querían

185  
permanescer en la tierra y vivir en ella, y tenían ne-  
cesidad de un sitio bueno y acomodado en que hiciesen sus  
casas y moradas que ellos, si dello eran contentos, se lo se-  
ñalasen y diesen de su mano, tal cual conuenia. Los prin-  
cipales se dieron por respuesta, que se holgaban de que qui-  
siesen permanecer en su tierra los Españoles por el bien  
que dello se les podía seguir, y que ellos mismos, pues auia  
de ser el sitio para su habitacion, lo buscasen, escogiesen  
y eligiesen en la parte y lugar, que mejor les pareciese,  
que ellos les harian las casas en que viviesen. El General  
esto visto, embió de su Capitanes y personas principales  
por dos vias a que viesen la tierra, que caia dentro del va-  
lle de los Alcazares, dicho agora de Bogota, y mirasen  
con atención el lugar mas acomodado para la vivien-  
da de los Españoles. Los Capitanes S. Martin y Gomez  
de Torral fueron por la parte del valle y serranía, que cae  
hacia los Panche, que es el Occidente; y los Capitanes  
Librija y Cespedes fueron por la parte del valle, que cae  
hacia la cordillera y serranía de los llanos de Venezuela,  
que es al Oriente. Los quales bueltos de ver la tierra  
les pareció que el mejor sitio para poblar, era el donde  
al presente está la Ciudad de Sancta Fe poblada, que



en aquella sazón era un lugarjo de Indios, llamado  
Fensaca, que tenía a su cargo un capitán y principa-  
lejo sujeto a Tuna, y las causas por donde de los sitios  
del valle de los Alcazares se tubo por el mejor este de  
Fensaca era, porque demás de estar bastecido de leña, hier-  
va y agua para el servicio de los Españoles y conser-  
vacion de los Españoles, era lugar más cerrado y for-  
talceido para la defensa de los Españoles y conservacion de los  
que de los que en la tierra quedasen, porque ya a esta sa-  
zón tenía el General determinado de irse en España, a dar  
quenta a su Magestad de la tierra que avia descubierto,  
y de lo que en ella avia, y avia de llevar consigo sesenta  
hombres para su seguridad, porque avia de salir por el  
proprio camino que avia entrado; y llevand toda esta  
gente, eran pocos los Españoles que en la tierra queda-  
van y tenían necesidad de residir en el lugar acomoda-  
do, para resistir la furia de los Indios, si en algun tiempo se  
relaxasen. Es este sitio un poco alto y algo escumbado y  
raro, y que de lo alto de la sierra no les podian offender  
los Indios ni en ninguna manera se podian aprovechar  
en él contra los Españoles, y por los respectos dichos se  
determinaron de que el pueblo se hiciese y fundase en


186

el sitio y lugar que he dicho. Y así el General luego em-  
bió al capitán Gomez de Torral con ciertos soldados, y con los  
caziques e Indios del valle, los quales luego hicieron las casas  
que fueron necessarias para la habitacion y vivienda de  
los Españoles, que fueron cubijos de baxas y saja cubier-  
tos, los quales despues por muchos años les sirvieron de mo-  
vidas, hasta que empezaron a hacer casas de tierra y tapias.  
Hechas las casas y rancheria, el General se mudó a ellas, y  
allí fundo su pueblo el qual llamo la Ciudad de Sancta  
Fée, así por ser como he dicho, el natural del Reyno de  
Granada, como por estar esta Ciudad fundada y asentada  
a los remates de una ancha y larga vega muy llana y  
semejante a la en que esta fundada la Ciudad de Sancta  
Fée en la de Granada, y hizo sus Alcaldes y Regidores pa-  
ra la administracion de las cosas tocantes a la Republica,  
y repartió solares y hizo y nombró otros officiales, que  
en semejantes nuevas fundaciones de pueblos se suelen  
de suelen hacer, y juntamente con esto repartió los na-  
turales de la provincia de Logoté a los vecinos y personas  
que con él estarian, que tenían más méritos y calidades  
en sus personas, dando a cada un cazique y capitán  
con sus sujetos en depositos y encomiendas, para que



le diesen el sustento necesario, acerca de lo qual  
ay poco que tratar aqui; porque en lo que toca a la condi-  
cion de estas encomiendas de Indios, y otras circunstancias  
que las competen, y el modo de pagar de tributo, yo lo dexo  
declarado bastantemente en el primer libro sobre el reparti-  
miento, que el Governador Garcia de Lerma hizo de los  
naturales de Sancta Marta, donde el que lo quisiere  
ver, podra acudir. Hechas todas estas cosas por el General  
con las quales le parecio que bastantemente tenia ad-  
viento en la perpetuidad de la tierra, puso luego en efecto  
su camino de yda a España; y dexando en la Ciudad de  
Sancta Fee por Justicia mayor a Hernan Perez de Que-  
zada su hermano, y encargada la conformidad al pue-  
blo tan necesaria para su perpetuidad, se partio de la  
Ciudad de Sancta Fee la buelta del Valle de la Ermita,  
y en el camino acudo boluer a Somendico a ver si  
podia aver algunos engastes ricos de emeraldas de las mi-  
nas, de se sacaban, y dividiendo su gente, embiaba una  
parte con todo el oro que lleuaba, que le fuesse a esperar  
a la poblacion de un casique llamado Tunjaca, que  
cae en la provincia de Tunja; y el se fue con la  
otra parte de la gente a Somendico y minas de las

187



Emeraldas, a donde se detubo algunos dias; en los quales  
la gente y soldados que le estaban esperando en Tun-  
jaca, tuvieron noticia como adelante de Segamoso  
en cierta provincia de Indios, llamados Sachas, auia  
una casa, que por ser tan abundante de riquezas de oro,  
era llamada la casa del Sol, donde muchas gentes Mos-  
cas se enterraban, e iban a idolatrar, de quien adelan-  
te daremos mas larga relacion. Los Españoles a quien  
esta noticia se auia dado, pareciendoles poco oro el que  
a España lleuaban, acordaron rogar y suplicar al Ge-  
neral, que dilatase la ida para mas adelante; pues la  
fortuna les ofrecia aquel gran thesoro de la casa del  
Sol, que segun los Indios le figuraban, era innumera-  
ble y estimada. Con este intento y alegre nueva lle-  
go el General de las minas de las Emeraldas por do  
auia ido, el qual viendo a designio que todos sus  
Soldados temian, y quan deseosos estaban de ir a la  
casa del Sol antes que a España, y lo mucho que  
a ello le incitaban con sus ruegos, y que si asi era co-  
mo se decia, a él le cabria parte, dio la buelta a  
Bogota, para de alli mas commodamente hazer esta  
jornada, donde se detubo algunos dias, que no fue



poca la utilidad que a sus soldados se les siguió deste impedimento y estoruo, de no conseguir su ida en España; porque dentro de pocos dias entraron en el Reyno los capitanes Benalcazar y Medeman con mas de tresientos hombres, los cuales, si en el no hallaran al General Ximenez de Pareda con toda su gente junta, es cierto que despojaran de la posesion en que estauan de los Indios y prouincias del nuevo Reyno, a los pocos Españoles que en la Ciudad de Sancta Pea auian quedado soldados, como en el siguiente libro se tratara.

Libro quarto.

En este quarto libro se escribe la entrada de los capitanes Benalcazar y Medeman en el nuevo Reyno, y su ida juntamente con el General Ximenez de Pareda a España, e la poblacion de la libdades de Velez y Tunja; las jornadas que Hernan Perez de Pareda hizo en descubrimiento de la casa del Sol y del Dorado, y el subeesto de Blas; y la subida de Hieronimo Leon Governador proveydo por Sancto Domingo al Reyno. La jornada que el Capitan Maldonado hizo a los Daleuques. La venida del Adelantado Don Alonso Luis de Sugo a Indias, y lo que en el nuevo Reyno hizo, y como para que le tomase residencia a el y a otros Governadores, fue proveydo el Licenciado Miguel Diaz Almendarez, con el subeesto de su gouierno; y como fue proveyda audiencia de Presidente e Oydores en el nuevo Reyno, y el tiempo en que se asento, y los Oydores que ha auido en ella hasta este tiempo, con otras muchas cosas y subeestos, que ha auido en las libdades de Sancta Pea, Tunja y Velez, hasta este tiempo, así entre Indios y Españoles, como los Españoles solos entre si.



Capítulo primero en el qual se escribe  
la salida de los Capitanes Sebastian de Bel-  
cazar y Pedernan de Orma y de Venenzue-  
la a descubrir tierras nuevas, y como vi-  
nieron entrambos con su gente en un mis-  
mo tiempo a dar en el nuevo Reyno de  
Granada, despues de aver un año que lo  
avian descubierto y estado en el el  
General Jimenez de Quesada.

A esta provincia del nuevo Reyno de Granada se vi-  
nieron a juntar y salir los Capitanes Pedernan y Bel-  
cazar, tenientes de Governadores, que algunos años  
antes que el General Jimenez de Quesada, avian sa-  
lido con gente española de muy diferentes provincias  
a descubrir nuevas tierras, y aun quasi en demanda  
de este nuevo Reyno; por que el Capitan Nicolas Pede-  
rnan, teniente de Jorge Espina, Governador de Ve-  
nenzuela, saliendo de la ciudad de Coro poblada en  
la costa del mar del Norte, quasi en demanda desta pro-  
pia tierra, se paso de la otra parte de la laguna de  
Maracaybo con designio de seguir su camino, que

189  
pocos años antes avia llenado Micer Ambrosio Go-  
vernador de la propia provincia, por el qual avia lle-  
gado a los terminos, que agora tiene la ciudad de Lam-  
plona, que confinan con la gente Mosca, donde Mi-  
cer Ambrosio torcio la via y erro la tierra, como en su  
historia se cuenta; pero arrepentendose dello, se volvió de las  
provincias de Tacabueyes y valle de Muzar con toda su  
gente a atravesar la laguna de Maracaybo, y a seguir  
su descubrimiento por la via de los llanos de Venenzuela, por  
donde su Governador Jorge Espina avia estado a descubrir,  
el qual de industria erro en el camino, y prolongand las  
sierras y cordillera de la tierra del nuevo Reyno, que caen  
sobre estos llanos, intento diversas vezes de atravesallas,  
y nunca pudo, hasta que llego al parage del pueblo de  
nuestra Señora, donde al presente es poblada la ciudad  
de S. Juan de los llanos, y por hallar por alli mejor y  
mas apacible camino para atravesar la cordillera, se me-  
tio por la de arriba adelante, y pasando por grandes mon-  
tañas y sierras y frigidissimos paramos, vino a parar a  
las tierras de su cacique Mosca supragano a la ciudad  
de Santa Fee, llamada Casca, donde a la sazón estava el  
Capitan Lazar. Ponte, a quien por cierto delacato avia



el General Jimenez de Quesada condenado a cortar la  
cabeza, y por megi de todos los Españoles le comuto la sen-  
tencia en que estuviere con unos gruesos grillos de hierro  
a los pies en este pueblo de Pasca, que aun no estava  
bien de paz, con rigor y aperebiimiento, de que si se quita-  
ba los grillos y se le averiguaba, se executaria en su  
persona la pena de muerte. Este capitán Lazaro Ponte  
tubo noticia de los Indios naturales, como por aque-  
lla parte de la cordillera y paramos que caen sobre los Ma-  
nos, entraban Españoles o gentes de la propia, y de los  
que en el Reyno estavan, y trayan caballos y perros; que esta  
noticia mas la daban por señas que por palabras, porque  
no avia Indio en aquel pueblo, que supiere hablar la  
lengua española o castellana; y entendiendo el Capitán  
Lazaro Ponte por lo que los Indios le daban a entender,  
ser Españoles, dió aviso dello al General Jimenez de  
Quesada, escribiendole en un pedazo de cuero de venado,  
que era el papel que entonces se usaba, y la tinta era  
hecha del betun que llaman bixa, que era colorada. El  
General, resechida la carta presumió que fuese lo que en  
ella venia escrito compuesto por Lazaro Ponte, porque  
le diese libertad y lo mandase venir. Mas, con esta str-

190  
pecha no dexó de embiar ciertos Españoles, que fuesen a con-  
flicarse si era verdad, que de aquella parte de la sierra ve-  
nia gente, como se le avia escrito; porque al tiempo que  
Lazaro Ponte dió el aviso, aun no sabia que gente era,  
ni de do venian, ni que Superior trayan; y estando así sus-  
pense el General Jimenez y toda su gente, esperando la cer-  
tidumbre de que gente fuese la que por los paramos de  
Pasca entraba, le dieron otra nueva los Indios de la tierra  
diciendo, que de la otra banda del río grande junto a la pro-  
vincia de Neiba, avia muchos Españoles con caballos  
y gran cantidad de puerros, que fueran los primeros  
que entraron en el Reyno; y aunque destas cosas no sa-  
bian los Indios los nombres propios, por señas lo figura-  
ban y daban a entender. Esta gente, que salió a la pro-  
vincia de Neiba y despues vino a entrar en este pueblo  
Reyno por cierto pueblo llamado Fibacuy, era el capi-  
tán Benalcázar, que despues fue Adelantado de Topa-  
yan, que aviendo salido de las provincias del Piru por  
commission del Governador dellas Don Francisco Pizar-  
ro, que despues fue Marques, venia descubriendo nueva  
tierras, y camino para que por tierra se haetase la provincia  
del Piru con la mar del Norte; y quando llegó a este



paraje de Aciba, dexaba ya descubierta toda la gobernacion  
que por el fue dicha de Venalezar, y agora se dice de Spa-  
yan. El General Ximenez de Pareda, teniendo ya entera  
noticia de como los Españoles que por Tasea entraban, era  
gente de Venezuela, procuro saber al mismo, que gente fue-  
se esta, y como venia. Por que al tiempo que salio de San-  
ta Marta, obo mucha en aquella ciudad, que en ella se avian  
amotinado ciertos Capitanes, y temia no fuese alguno dello,  
que se obose metido huyendo la tierra adentro, y para  
este efecto embio a su hermano Hernan Perez de Pareda  
y al Capitan Zepeda con otros diez de a caballo y diez peones,  
para que viesen y reconociesen la gente que era, y lo diesen  
dello aviso. Y al mismo embio al Capitan Pero Bernan-  
der de Venezuela, que fuese con otros ciertos caballeros  
a recibir a Medeman, y a darle la enhorabuena de  
su llegada, y a reconocer la gente que trayan, y que pro-  
curasen que se juntasen todos y se sometiesen debaxo de  
su dominio y jurisdiccion. El Capitan Venezuela fue a  
Tasea y vio a Medeman y a su gente, y vio quan desbay-  
dos venian de vestidos y trabajos del camino por respecto  
de aver sido tan largo, y dióle tan buena orden en todo,  
que traxo facilmente con su discrecion y prudencia que

195  
era mucha, a Medeman, y quexólo que quisiese el General  
Ximenez de Pareda, y dexand encargada su gente al  
Capitan Pedro de Limpias, se vino a Santa Fe a ver con el  
General Ximenez, donde fue muy bien recebido, y se confe-  
deraron los dos Generales muy amigablemente, que fue  
asegurar un paso harto peligroso, como luego se dira. Por que  
el General y su hermano Medeman, como en aquella sazón  
la gobernacion de Venezuela era de los Berzates mer-  
caderes alemanes, pretendio al principio que la tierra de  
Peyua entraba en su gobernacion. Pero de todo esto se  
aparto, como he dicho, con disingnio y palabra de ser el y  
su gente amigos del General Ximenez de Pareda, y ser  
aprovechados todos de lo que en la tierra obose, y así se  
vino a Tasea para traer toda su gente a la ciudad de  
Santa Fe. Hernan Perez de Pareda, que avia ido a  
reconocer la gente y Españoles que avian llegado a Sey-  
ba, paso el rio grande, y luego dio en el rastro de la gen-  
te de Venalezar, por el qual y por las rancherías y ab-  
xamientos que hacian, reconocieron ser mucha gente, y  
reacadamente lo fueron siguiendo, hasta que lo descu-  
brieron en una provincia llamada la Sabandira, lla-  
mada deste nombre por ciertas maneras de araña que



mosquitos que en ellas se crían, que picando en la carne, abran la vena y queda en ella gran dolor y escorimiento por tres o quatro horas. Hernan Perez de Huesada, como descubrió el aborramiento de los de Venaleazar, se encubrió en una pequeña montaña con la gente que con él iba, hasta ver si podían aver alguna persona de los de Venaleazar de quien se informase y supiese lo que pretendía. Y para este efecto embió diez peones por la alta del monte, que se pudiesen en salto en parte donde viesen algún Español o Indio ladino desmondado. Los diez soldados fueron a dar a un río, que pasaba por el aborramiento de los de Venaleazar, donde hallaron tres soldados pescando, y prendieron los dos y el otro se les fue por pies, los quales truxeron donde Hernan Perez estava, y de ellos se informo quienes y quantos eran, y el capitán que traían y la derrota que llevaban, que era descubierta hasta la mar del Norte; a los quales Hernan Perez dixo así mismo por quien era embiado, y donde estavan y la tierra que tenían descubierta, y como no avia salido de Santa Fe mas de naválles que iban perdidos, y con esto los soltó y embió a su aborramiento, el qual hallaron muy alborotado y puesto en arma

492  
con la nueva que el soldado que se huyo en la pesqueria, les avia dado. Y sabida la realidad de la verdad por Pedro de Duellas, que por ausencia de Venaleazar tenia a su cargo la gente que allí estava, porque en esta sazón avia ido el General Venaleazar a descubrir con gente, fue asegurado y para mas se asegurar, embió dos hidalgos de los principales del campo, el uno llamado Juan Cabrera, y el otro el capitán Melchor de Valde, a que hallasen a Hernan Perez de Huesada y a los que con él estavan, y le saludasen y asegurasen de su parte que podían ir sin recelo ninguno a su aborramiento y huirse con ellos algunos dias. Hernan Perez de Huesada lo hizo así, y fue bien recebido de Pedro de Duellas y de los que con él estavan. Y aquella misma noche vino el General Venaleazar a su aborramiento llamado de su Alcaide mayor Pedro de Duellas, y al dia siguiente despues de aver oyd misa, se trataron y comunicaron muy familiarmente, y Hernan Perez de Huesada fingió aver sido embiado por su hermano el General a avisar a Venaleazar, que no se metiese en descubrir por aquella via la mar del Norte, que se perderia, por aver en su compañía personas que avian



Andad aquella tierra y visto su maleza y espesura de  
montañas. Venalcazar se lo agradeció y le ofreció a  
él y a otras personas principales, que en su compañía iban,  
que recibiesen del algunas dadas, como eran ropas de  
vestir; porque en su hábito daban a entender la necesi-  
dad que dellas tenían, porque iban todos vestidos de ropa  
de algodón por defecto de no tener otra cosa; y así los sol-  
dados de Venalcazar burlaban de los vestidos y hábitos  
que llevaban los de Ximenez; porque como ellos auian  
salido de Sivn, tierra muy rica y próspera, iban bien  
pertrechados de todo lo necesario de cosas de España  
para el ornato de sus personas, como eran ricos ves-  
tidos de sedas y finos paños, baxillas de plata, cotas de  
malla y gran servicio de Indios de Sivn, y mucha quan-  
tidad de puerros para su sustento; y en todo hacian ofen-  
tacion y muestra de no padecer ninguna necesidad;  
y como he dicho, Hernan Perez y los que con él iban,  
sino eran los caballos y sus personas, espadas y alforjas  
de lanzas, otra cosa no podian decir que llevaban  
ni tenían de España, y con toda esta necesidad jamas pu-  
dieron abitar a los del Reyno que recibiesen dellas alguna  
cosa de las muchas que les ofrescian, y concluyendose en

193  
tod Hernan Perez de Quesada cumplió palabra y fue de  
Venalcazar, que no pasaria del río grande hacia el Reyno,  
pues se contaba que juntamente el General Ximenez  
y su gente poseyran aquella tierra; y con esto se bolvió muy  
contento a Sancta Fee, donde su hermano Utana, y le dio  
entera relacion de todo lo que passaba; pero Venalcazar no  
pudo cumplir su palabra, porque fue forçado a que bran-  
talla por sus soldados, que tuvieron desseo de ver que tier-  
ra era el Reyno, en la qual pretendian permanecer los  
del General Ximenez de Quesada; y así, pasando luego  
el río grande, se vino con su gente a abitar a un pueblo  
de Indios Moseas de la provincia de Bogota, llamado  
Tibacuy, donde tubo noticia de como la gente de Pedeman  
estaba en lasca aborada. Y a esta sazón auia ido el  
mismo Pedeman, segun he dicho, a Sancta Fee a ver-  
se con el General Ximenez. Venalcazar, sabida esta  
nueva, y amándole parecido bien a él y a sus soldados la  
tierra donde estava, y prinicipio que della auia visto, desean-  
do apoderarse en ella, escribió una carta a Pedeman  
induciéndole a que entambor juntasen su gente que  
eran cada ciento y sesenta hombres, y apoderandose de  
toda la tierra del Reyno, echasen della al General Xime-



vez de Puesada. Esta carta llegó a poder de Pedro de Limpias, a quien con su gente avia dexado Medemian, el qual se holga mucho de vella, y desea que lo que Venalcazar escribia, se efectuase; pero como Medemian estuviere ya, segun se ha dicho, confederado con el General Ximenez, y fuese hombre de pundonor y amigo de cumplir su palabra, no se cura de lo que Venalcazar le escribia, ni de lo que su capitán Limpias deseaba, y así, tomó toda su gente y se fue la buelta de Sancta Bee, donde le fue hecho a toda su gente muy buen recibimiento, sabiendo todos los de la ciudad en orden de guerra fuera della a recibirlos, para mas obligarlos a su amidad. En este interin, supo el General Ximenez de Puesada, como Venalcazar contra lo que avia prometido, se avia entrado por la tierra del Reyno, y estaba alojado en Fibacuy, a donde le embió a recibir con el capitán Zepedes y otras personas principales, que porque iba contra lo que avia prometido, y que se debía abstener de no pasar adelante por la tierra, que él tenia ya conquistada y pacificada, si no queria inuentar y ser causa de discordias muchas. Zepedes llegó a Fibacuy y dió relación de su embajada a Venalcazar, el qual pretendia su suya la gobernacion del Reyno, por cierta cedula que

194  
la Reina le avia dado, para que descubriese y fuese gobernado de lo que avia entre la mar del Sur y la del Norte de tal parte a tal parte. Venalcazar, sabido como Medemian se avia juntado con su gente al General Ximenez de Puesada, perdió de todo punto la esperanza que tenia de apoderarse en la tierra del nuevo Reyno; y así se embió en Fibacuy algunos dias con mensajeros, que de una parte a otra iban, hasta que ordenaron de que él y el General Ximenez se viesen y hablaren; el qual dexando su gente alojada en Fibacuy, se fue con quinze hombres de a caballo a la ciudad de Sancta Bee, donde juntándose todos tres Generales y Tenientes de Governadores, trataron en dar orden en lo que convenia para la paz y quietud de los Españoles y perpetuidad de la tierra. La gente y soldades de Venalcazar, como venian del Sur donde siempre se descubrian novedades, siguieron luego tras de su General, y quando no pensaron supieron en Sancta Bee, como estaban dos leguas de allí en un pueblo de Indios llamado Boza, a donde les llegó mandado de su General Venalcazar, que se abrasen y de allí no pasasen, hasta que se lo mandase. Los tres Generales, tratándose en sus confederaciones, concertaron que por la pretension que cada



uno deca tener a la tierra del nuevo Reyno, que la gente de Medeman quedase en ella, como mas pacifica, con la del General Ximenez, y que de los de Venaleazar, como gente mas brava, solamente quedasen quarenta hombres a los quales Ximenez diese de comer; y el resto de la gente fuese con el capitán Juan Labiosa a poblar la tierra, que atrás dexaba Venaleazar deshabitada. Y todos estos soldados que en el Reyno auian de quedar, quedaban debajo de la jurisdiccion de la Justicia, que por mano del General Ximenez de Quesada les fuese puesta, donde poblaua otros pueblos, serian todos apaciguados y remediaados; y que las tres cabezas se fuesen juntas a España, a dar cuenta al Rey de lo que auia y pretendian, donde su Magestad haria lo que fuese de justicia; y con este acuerdo los dos Capitanes Venaleazar y Medeman vendieron lo que trayan, de que cada uno obo quinze o veinte mill pesos, y juntados sus gentes, estuuieron cierto tiempo todas debajo de la jurisdiccion y dominio del General Ximenez de Quesada, en tanto que los Virgantines en que auian de nauegar el río abaxo, se hacian.

Capitulo segundo en el qual se escribe, como el General Ximenez de Quesada mandó hazer Virgantines para en que él y los demas Capitanes se fuesen el río abaxo a Cartagena, y como el Venaleazar toruo a intentar de quedarse con la tierra.

Hecho el concierto referido entre los tres Capitanes, Ximenez de Quesada luego propuso ponerlo por la obra, para el qual efecto embio al capitán Albaracín con gente a una provincia y pueblo llamado Guatagui, que es en la provincia de los Panches, cerca de donde despues se pobló la ciudad de Tocayma; por que por esta provincia y pueblo de Guatagui para el río grande de la Magdalena, que teniendo sus nascimientos arriba de las provincias de Noyba, se junta con las aguas que manan y corren de las provincias de Bogota, y hacen un caudaloso río llamado el río de Bogota, que es otro ramo y nascimiento del río grande. Estos dos rios se juntan ocho leguas antes de esta provincia de Guatagui, y quando vienen a pasar por ella juntos, son ya tan caudalosos y van tan blancos, que se puede naue-



gan por ellos. Desta dos vios que son exordio y principio  
deste vió grande, tratásemos mas particularmente ade-  
lante. En tanto que el Capitan Albarracín, con la gen-  
te que se le avia dada, se entretenia haciendo los ver-  
gantines, los tres Generales se estavan en la libdad de  
Sancta Fee, cada qual entre sus amigos y conocidos,  
procurand el mayor que podia para España, y procu-  
rand pacificar por mano del General Ximenez de Que-  
sada en quien avia quedado la administracion de  
la Justicia, como antes se la tenia la tierra de Bo-  
gota; porque con la mucha gente española que á  
la provincia avia ocurrido en tan breve tiempo,  
intentaron los Indios novedades por no poderlos  
sustentar, a fin de que con la falta de la comida  
se fuesen de la tierra, y el nuevo Señor de Bogo-  
ta que al tyranno Sagipa avia subcedido, asi  
mismo se avia rebelado y recogido con toda su  
gente a una provincia llamada Tena, y en cier-  
to sitio acomodado para ello se avia fortalecido  
y recogido con toda su gente, desamparando de todo  
punto sus pueblos. El General Venalcazar em-  
bio a su Capitan Juan Cabrera con toda la mano

196  
de su gente, que se fuese la buelta de Seyba, y por allí  
se entreteniese hasta ver si les embiaba a llamar, por-  
que Venalcazar, como era hombre de mucho brío y  
ambicioso, deseaba con gran instancia quedar con el  
gobierno del Reyno, y ayudaban á esta su natural  
condicion & inclinacion algunos Soldados de los del Ge-  
neral Medemán, que deseaban que oviesen noveda-  
des, y á ello incitaba mucho el auer el General Xi-  
menez de Quesada tratado de dexar por su teniente y  
por Justicia Mayor en el Reyno a Hernan Perez  
de Quesada su hermano, al qual muchos Soldados por  
sus particulares pasiones tenían por indigno & inca-  
par del cargo, y quisiéran que quedara con el suyo  
de los tres Generales, y como en el General Ven-  
alcazar vían muestras y apariencias de ser y estar  
aficionado á la tierra, y desear el gobierno della, no  
faltó quien trató con él lo que muchos Soldados desca-  
ban y tenían en voluntad, adviriéndole, como he di-  
cho, el gobierno de Hernan Perez. Venalcazar, como  
hallase este aparejo y se le diese esta noticia, trató  
y concertó, que porque de intentar su quedada en  
el Reyno, si se intentaba como algunos querían



en la ciudad de Sancta Fee, donde a la sazón resi-  
dian, podía seguirse algún perjudicial tumulto y al-  
boroto, por estar el General Brademan y los manda-  
dos soldados de la parcialidad y opinión del Gene-  
ral Jimenez de Quesada, y todos juntos en Sancta  
Fee, que debían dilatar el negocio para el tiempo  
del embarcar en Guatagui, donde el capitán Pedro  
de Limpías, que con más instancia deseaba este ne-  
gocio, llegaría con amigos suyos, y fingiendo que  
forzaban a Venaleazar a que se quedase en la tier-  
ra, y hecharían mano del y lo retendrían por fuer-  
za y harrán, que los otros dos Generales prosi-  
guiesen su viaje. Y con este trato y resolución  
llegó el tiempo en que los vergantines de todo  
punto se acabaron ó hizieron, en el qual el Ge-  
neral Jimenez de Quesada procuró asimismo  
dar asiento en todo lo que en la tierra se auia  
de hazer. Vdese, que luego que el se fuese el río aba-  
jo, se poblaron otros dos pueblos de Españoles en los termi-  
nos del Reyno, que es la gente Moseca; y que el uno  
fuese a poblar el capitán Gonzalo Nuñez Bordon  
en la tierra del cacique y señor de Tumpá, y el

197  
otro fuese a poblar el capitán Martín Galeano en tier-  
ra del señor de Chipata, que es una provincia cercana al va-  
lle de la Grita, por donde entró el mismo General y su  
gente, quando entró en este nuevo Reyno; y juntamen-  
te con esto, repartió los naturales que estas dos provincias  
avia en los que las auian de ir a poblar. Y dexand  
recebido por el cabildo de Sancta Fee, y por toda la de-  
mas gente que en el Reyno auia de quedar, por tenien-  
te General y Justicia mayor a su hermano Hernan  
Perez de Quesada, en de la ciudad de Sancta Fee, como de  
los demas pueblos que se poblaren, se fue a embarcar  
con los otros dos Generales y otras muchas personas  
principales, que auian auido cantidad de oro, con  
que podian vivir muy holgada y descansadamente en  
su tierra. A esta sazón auia salido de la ciudad de  
Sancta Fee el capitán Pedro de Limpías con gente, a  
echar fuera del valle de Fena al señor de Bogota,  
que, como se ha dicho, estava allí recogido con mu-  
cha gente, por no servir a los Españoles; y como con  
su gente entrase Limpías en este valle, toda la  
gente Moseca que por el estava esparcida, se reco-  
gió a la mesa y sitio donde estava fortalecido.



el cacique Bogota donde se vivieron a recoger mas de cinco mill Indios. Los Españoles determinaron de asaltar el lugar donde estava Bogota recogido, y echar fuera del toda la gente Morsa para que fuesen a sus pueblos; lo qual intentaron una madrugada poniendose a subir por una cuesta arriba muy derecha y áspera, y de muy gran riesgo para ellos. Los Indios como pretendian defenderse, estavan a punto de guerra, y tenían puestas en el canton del sitio de su alojamiento gran cantidad de piedras, para arrojarse a los Españoles, si quisiesen subir. Lo qual pusieron en efecto luego que los sintieron marchar la cuesta arriba hacia su alojamiento, contra los quales desbarataron el número de las piedras que tenían juntas, que no debían de ser pocas ni muy pequeñas. Y desta manera de ofensa y defensa llamaban los Españoles galgas; y como las galgas y piedras se les acabaron, y vieron que los Españoles subian, el Señor de Bogota y otros caciques y principales que con él estavan, mandaron a los Indios, porque los Españoles fuesen detenidos y ellos tubiesen lugar de huir, que arrojaren sobre ellos grandes lios de mantas y todas las basijas y varatijas que tra-

198  
vieran, lo qual hicieron los Indios con gran presteza y diligencia; con que embetunieron tanto tiempo a los Españoles, de suerte que tuvieron lugar de irse todos los principales y la mayor parte del mugeriego y gente menuda, con el oro y piedras omeradas, que allí tenían recogido. Finalmente, los Españoles subieron, y entraron por fuerza al alojamiento, y arrojaron y abuyentaron la más de la gente, que en él estava, que se arrojaban por grandes despeñaderos, donde se mataban y hacian pedrezos sin otros muchos, que por las espadas se metian, y allí murian. En este alabro y disturbante rescibieron tal estrago los Indios y quedaron tan atemorizados, que nunca mas este Bogota y su gente se tornó a inquietar, ni rebelar por trabajos que les ocurriesen. Con eluso este Pedro de Simpias, como ya sabia la yda de los Generales a Guatagui a embarcarse con los más de sus amigos, se fue al astillero donde los bergantines estavan, donde ya el General Ximenez de Mesa aya sido avisado del designio de Senalcazar, y de Pedro de Simpias y de los demás de su opinion; por lo qual con toda presteza embió a llamar a su hermano Hernan Perez, que aya quedado en Paneta hee con el gobierno



de la tierra, mandóle que viniese donde el estava acompañado de los mas amigos que pudiese: hizo lo así Hernan Perez como su hermano el General se embió a mandar, y quando Limpias llegó halló ya fortalecido a Ximenez con el favor de su hermano y amigos, y siendo frustrado de sus designios, fue preso por el General Ximenez de Quesada, y con su prisión se aseguró todo lo que estava ordenado, y pacíficamente se embarcaron los tres Jovellanos en dos bergantines, que se avian hecho con todo lo demás del oro, que en toda la provincia del nuevo Reyno se avia auido. Y se fueron a Cartagena, porque el General Ximenez de Quesada, pretendiendo ganar buenas y gratificativas al servicio de su Magestad, por la tierra que avia descubierto, no quiso ir por Sancta Marta, temiendo que no estuviere en ella el Adelantado de Canaria o su mandato, y le tomasen cuenta de todo lo que avia hecho y descubierto. Y de Cartagena se embarcaron todos tres Generales y muchos otros españoles de los que en su compañía iban, y se fueron la vuelta de España, donde llegaron en salvamento, y dieron cuenta al Rey y Emperador de a lo que iban.

199  
Capítulo vij en que se escribe, como Hernan Perez de Quesada salió con gente en descubrimiento de la casa del Rey, y pasando por las provincias de los Saches, llegó a las provincias de los Chitaros, donde agora esta poblada la ciudad de Pamplona.

Hernan Perez de Quesada se quedó con el gobierno de la tierra pacíficamente, porque como los que aborrecian su gobierno, viesen, que sus designios havian sido descubiertos y no era frustrados, y sus Capitanes Limpias y Venalcazar llevados el río abajo, todos se aseguraron y reposaron, quitando de sí todo sedicioso deseo de inquietudes y alborotos; y así desde en adelante, toda la gente española le tubo muy conforme, y procuraron conservar a Hernan Perez en el gobierno de la tierra, como por otra vez se lo pusieron, quando viniendo Jeronimo Lebron por Governador probeydor del Audiencia de Sancto Domingo, no lo quisieron recibir como mas largo se tratara. Segun atrás en el pasado libro queda dicho, el bolbete el General Ximenez de Quesada del camino, que para España lle-



baba la primera vez, fue causa la noticia que se dio  
de la casa del Sol, donde se decía haver tanta cantidad de  
oro; pues como su hermano Hernan Perez de Guada y  
todos los demas que en la ciudad de Sancta Feé haviam  
quedado, quedaron tan faltos de oro por aquella dad, tod a los  
Generales y a otras personas, que a España yban con ellos,  
determinaron ante todas cosas de hir en demanda y deseu-  
brimiento de esta casa del Sol. Y así Hernan Perez de Gu-  
ada, dexand en Sancta Feé a los capitanes Gonzalo Xuanes  
y Martin Galeano, que haviam de hir a poblar las dos pro-  
vincias de Hunja y Chipata, con los que haviam de hir con  
ellos a las poblaciones, segun lo dexó ordenado el General  
Ximenez de Guada, él se fue con ciento y tantos hom-  
bres con título de Capitan General, dexand consigo a los capi-  
tanes Cepedes, y Ribera y Martinier, y atravesand por  
la provincia de Hunja, sin que en ella estubiese fundado  
el pueblo de Españoles, y por las tierras y poblaciones del  
Carique y señor de Sogamoso, fue a salir a las provincias  
de los Laches, que estan puestas en tierras por la mayor  
parte muy férras de la otra banda del Rio, que los Espa-  
ñoles llaman de Sogamoso, y otros de Chicamoche, y otros  
de Serrano, que entra en el río grande de la llada

200  
lena por mas abaxo del pueblo de la tora. Esta gente lache,  
asi en personas, como en trajes, lengua y habla, super-  
sticiones de Religion, es muy diferente de la gente del  
Reyno maxcas. El primer pueblo desta provincia de los Laches,  
donde los Españoles llegaron, fue uno llamado Vza, cuyos  
moradores salieron de sus casas con las armas en las ma-  
nos, que son muy largas lanzas de palma, a resistir y  
venativ los Españoles, que por sus casas se entraron, que  
serian hasta quarenta hombres que yban de abanguar-  
dia; los quales unos con otros andusieron un buen rato  
profand con las armas, los unos por entrar; los otros por  
defender sus casas; pero fueron los indios laches deste  
pueblo echados por los Españoles, los quales se alojaron  
aquel día en sus casas, que eran las paredes de  
piedra aunque toscamente hechas, y las cubiertas y  
techos de paja. Los yndios de Vza se recogieron al pue-  
blo de Chita, que cerca de allí estava, donde yncitaron  
e yndinaron a los naturales del y de otros pueblos comar-  
canos, a que tomasen las armas contra los Españoles, que  
havian de pasar forzosamente por sus poblaciones; los  
quales lo hicieron así, y se juntaron mas de dos mill  
yndios con largas lanzas y macanas adornadas de una



manera de estandartes hechos de plumas de guacamayas y papagayos y otros pajaros de colores; y otros de una pajuela delgada que de leños parecen bien y luzen mucho. Y como otro día saliesen los españoles del pueblo de Vza y marchasen para el de Chita, dieron en un río de aqueste mismo pueblo llamado el río de Vza, donde fueron detenidos por la gran crecencia del río, que no pudieron pasar con la brevedad que se requería; y así Hernán Pérez de Huesada con los que al principio pudieron pasar, que serian setenta hombres, camino hacia el pueblo de Chita, de donde ya los yndios auian salido divididos en tres escuadrones a recibir a los españoles en el camino, teniendo gran confianza en su gran número y en sus crecidas y grandes lanzas de palo. Hernán Pérez de Huesada descubrió los yndios y vio los muchos que eran: quisiera retirarse a alguna parte, hasta que el resto de su gente llegase por no poner en condicion la victoria; porque esta gente sache auian dado en el recuento de otras muestra de gente mas belicosa y brava, que los moxcas, y demas de otro, hacian gran ventaja a los moxcas, así en la grandeza y disposicion de cuerpos, como en las armas que eran muy mas peligrosas y largas que las que los moxcas usaban.

205  
Será los yndios no dieron a Hernán Pérez lugar para que hiciese lo que queria y pretendia; porque como vieron los españoles, luego se vinieron acercando a ellos con gran ruido, y les fue forzoso a Hernán Pérez y a los que con él estauan, esperarlos y acometellos por no perder nada de su reputacion. La resolucion desta fue, que des que los yndios se acercaron a los españoles, se detubieron y repararon hasta que rompiendo por ellos los de a cavallo, fueron movidos a pelear; y meneando sus toscas lanzas y macanas de palo, procuraban hazer daño a los nuestros; pero ninguna cosa les dañaron, y ellos recibian en sus desnudos cuerpos grandes lanzadas de la gente de a cavallo, y heridas de las pernes, de que murian y caian en el suelo muchos. Lo qual les hizo perder el brío que trayan, y a afloxar en el pelear, y así recibir mas daño que les conuino a volver en poco tiempo las espaldas, y darse a huir despues de dexar caidos y muertos mucha parte de los que vinieron a baxar la pelea. Los españoles se alojaron aquel día en el pueblo de Chita, y el siguiente marcharon adelante, y fueron a dar al pueblo del Cocuy, que tenia ochocientas casas de morada, cuyos moradores se auian ausentado y desamparado el pueblo, por hauese hallido parte



dellos en la guacavara el día antes, algunos de los  
quales fueron enocidos por las señales e heridas, que  
de la pelea sacaron, siendo despues tomados en algunas  
partes donde estauan escondidos con sus mugeres y hi-  
jos. Del pueblo del Cocuy pasaron adelante por los  
pueblos de Lanqueba, y Guacamayas, y de Nuestra  
Señora y de los Nazores, hasta llegar al valle de  
los cercados, que es lo que agora se dice valle de Tequia,  
gente asimismo diferente en lengua y trajes de los La-  
ches. Llámase este valle de los cercados, porque en él te-  
nian los yndios principales sus casas cercadas de gran-  
des cercados de palos e cañas, y cañizos y otras ramas  
de árboles, todo muy tejido y tupido. En estas poblacio-  
nes se juntaron hasta quinientos yndios, y esperaron  
al capitán Martínez que yba delante a descubrir con  
treynenta hombres; los quales aunque sabieron bien pertre-  
chados de lancas, flechas y tiraderas, fueron con mu-  
cha facilidad desbaratados y ahuyentados de los nues-  
tros; porque a los primeros que vieron derribar y matar,  
no osaron de esperar a recibir mas daño en sus per-  
sonas, antes quedaron tan atemorizados, que en quan-  
to tuvo la gente de aquesta nation y lengua, ellos

202  
mismos desamparand sus casas, las pegaban fuego y las  
quemaban antes que los españoles llegasen a ellas. Y  
pasand adelante, fueron a dar a unos pueblos de yndios  
que agora sirven a Tapolona, llamados Lamara y Mo-  
gotecoro, donde hallaron ciertos pedacos de cadenas de hier-  
ro, y dos ollas de cobre y otras yndias de haver andado  
españoles por allí, como actualmente pasaba así, porque  
el gouernador Micer Ambrosio que salió a descubrir de  
la ciudad de los y gouernacion de Venegueta el año  
antes de mill y quin y beinte y nueve, pasando la la-  
guna de elaracayro donde estuvo algun tiempo, vino  
a dar a las provincias de Tamalameque, y de allí se mo-  
tió la tierra adentro y caminó hasta que llegó a este pue-  
blo de Camara y provincias donde está poblada Tapolo-  
na, donde murió, y fue enterrado en el valle, que por él  
fue dicho de Micer Ambrosio; hoy se llama de China-  
cota, segun en su historia mas largamente se escribe.

Hernán Pérez y los demás, aunque entre ellos y san-  
tidad de los que auian andado con Micer Ambrosio, no recono-  
cieron luego la tierra, hasta que metiendose mas por  
ella, pasaron por entre muchas poblaciones de yndios,  
cuyos naturales procuraban ofender a los nuestros



como lo haviam hecho a la gente de Micer Ambrosio,  
 Pero de que llegaron a este valle de Micer Ambrosio los soldados, que con Hernan Perez y van, que se haviam hallado en la muerte de Micer Ambrosio, reconocieron claramente el valle, y dieron noticia de la poca poblacion que de alli para abaxo havia, y quan cerca estavan de la laguna de Maracaybo; y asi dieron la buelta por el proprio camino, por di haviam entrado. Y al tiempo que los Españoles se tomavan a salir destas provincias de Lamplona, se juntaron mas de mill yndios de ellas, y con sus armas siguieron algunos dias la retaguardia de los Españoles, y aunque no les mataron ningun soldado, todavia les causaron ynquietud y demasiada cuydad; por seguirlos tan obstinadamente, hirieron algunos cavallos y algunos perros de ayuda, pero como no tenian hierba, no murió ninguno. Llegados a la provincia de Tequia e de los cercados, Hernan Perez tubo noticia cierta, de como dexaba atrás la casa del Sol en el paisaje de los pueblos del Coeny, tras de una cordillera alta y de grandes páramos, que se hacia a las vertientes de los llanos. Hernan Perez acordó volver a buscalla; pero temiendo que en el Reyno oviese con su larga ausencia

algunas novedades, embió a buscar la noticia de la casa del Sol al capitán lepedes con la mitad de la gente, y el con la otra mitad se vino a Tunja por la via de ciertos pueblos de yndios meracas, llamados Chica mocha, y Nonzaga y otros, que por este camino ay, que fuesen a salir a Tunja. En este tiempo que Hernan Perez de Pareda anduvo en este descubrimiento que he dicho, los capitanes Suares y Galeano salieron a poblar los dos pueblos con la gente que les fue señalada al principio, y el Capitan Suares pobló su pueblo en la provincia de Tunja en el propio sitio, donde estavan los cercados y poblacion del cacique Tunja al tiempo, que el General Ximenez lo prendió y quitó el oro, al qual llamo la ciudad de Malaga por ser el natural de este pueblo en España. Y como este cacique Tunja era tan afamado y nombrado, y el pueblo se fundó en su propia poblacion, vino a ser tan poderoso el tiempo y el bulgo, el qual jamas llamava a este pueblo sino Tunja, que perdió el nombre de Malaga, y se quedó con el de Tunja, y asi es hoy llamada la ciudad de Tunja. El Capitan Galeano pasó a la provincia de Chipata, y en ella pobló el pueblo que le fue mandado, el qual llaman la ciudad de Selar, y con



este apellido se quedó hasta este tiempo, aunque los Indios por respeto de estar poblada en la provincia de Chipata, nunca la llaman a esta ciudad sino Chipata, y a Sancta fee, Bogota, por estar así mismo poblada en la provincia de Bogota.

Capitulo iiii. en que se escribe la falta de mantenimientos, que en Sancta fee vbo y la causa dello; y como por haver quedado en ella poca gente española, se quisieron revelar los naturales, y fue ataxada y castigada su revelion.

Salidos de la ciudad de Sancta fee los capitanes Suarez y Galiano con su gente a poblar los pueblos dichos, quedó muy poca gente en ella, y por Justicia el capitán Juan Tafur, que a la sazón era alcaide ordinario que es el mas preminente cargo que en la República se suele dar. El qual, por conservar la paz de los yndios morcas de la provincia de Bogota, procuró no hazelles daño ninguno en sus comidas, que era el mayor que en esta sazón podian recibir; y como los españoles aún hasta este tiempo no se oviesen dado a labrar ni sembrar, sino

204  
siempre se sustentasen de lo que los Indios sembraban y cogían para su sustento, tenían por este respecto puesto en gran trabajo y necesidad a los naturales morcas de esta provincia de Bogota, y a esta causa también los Españoles eran necesitados a buscar maíz para sustentarse, y por excusar y relenar de trabajo a estos naturales, el capitán Juan Tafur haría que fueren por ello a las provincias de los Pancheles, donde auia gran abundancia de maíz, por ser la tierra tan fértil y frutifera. El trabajo que era al pueblo el maíz, era por el capitán repartido entre todos los vecinos, conforme a lo que cada uno había menester; y con este trabajo se sustentaron muchos días y meses, y por ser la gente y naturales de los Pancheles tan belicosa y crada, le hera y fue necesario al capitán Juan Tafur enviar todos los Españoles a que hiziesen alto a los yndios que habían de traer el maíz, y el se quedaua en el pueblo con solo ocho compañeros, de donde vinieron algunos caciques y principales morcas de la provincia de Bogota a quererse revelar, y dar sobre la gente poca que en el pueblo quedaua. Lo qual no fue tan oculto que no tuviese dello noticia el capitán Juan Tafur, y haciendo prender los caciques y principales que



trataban desta revuelcion y alteracion, y averiguado el delito bastante, hizo justicia de algunos dellos, con que se aseguraron los demas; y desde en adelante no trataron de hacer cosa yndebida y los Españoles se sustentaron con este trabajo, hasta que dieron en que los yndios les hicieren particulares sementeras y labranças para su sustento. Los capitanes Hernan Perez de Sueda y Céspedes siguieron sus derrotas y jornadas por sus diferentes caminos a salir a Tunja, aunque llegad el capitán Céspedes a la provincia del Coque, procuró saber de la casa del Sol, y allí halló guías que le guiaron a ella, la qual, como se dicho, estava en un valle, pasada la cordillera que junto a esta provincia de los Laches era hacia a los vertientes de los llanos. Los yndios que en esta casa del Sol ydolatraban y abian ofrecido gran cantidad de oro, tuvieron noticia de como los Españoles iban en busca y demanda della, y acudieron con presteza temiendo que diesen con ella; y sacand el oro de petacas en que lo tenían puesto sobre unas altas hubacoas, hinchieron las petacas de muy grandes guijarro y dexaronlos allí, con que burlaron muy graciamente la codicia de los Españoles. El capitán Céspedes con las guías que tenía atravesó la cor-

205  
Villara y dio en el valle y bueho de la casa del Sol, al qual dezian llamar deste nombre, porque en civita enlata alta tenían quatro unos platos e patenas de oro, que quando el Sol les dava, resplandecian y se veyan de muy lejos. Y como el capitán Céspedes y los que con él iban entrasen en el bueho, y viesen las petacas puestas en alto y liadas, y atadas y de gran peso, entendieron y creyeron, que verdaderamente lo que dentro estava, era oro; mas despues que las abrieron, vieron claramente la burla que por los buehos se les havia hecho. Hallaron en este bueho algun oro, ya un rastro de haber havido en el muy gran cantidad de oro, y hallaron muchas quentas que entre los yndios tienen valor, y unos caracoles grandes de la mar cogidos. Dize, que en este sanctuario e bueho de la casa del Sol havia muy ricos enterramientos y de mucho oro, los quales, Céspedes, por no detenerse y ver cosa yncierta, no consintió caber, y se tornó a salir a los pueblos de Coque; y que estando allá descansando los yndios ladinos que los servian, que eran Anaconas de Piru y otros morcas, burlaron a este sanctuario de la casa del Sol, que no debia de estar muy lejos, por haver de las quentas que en él havian quedado, y que al tiempo que baxaban una quenta abaxo, a dar en él sieron gran can-





fidad de yndios, que en él andaban y para ahuyentellos  
 y que pensasen que eran españoles los anaconas, se les  
 mostraron desde lejos y les dieron gritos, y así los yndios,  
 entendiend que eran españoles los que tomaban, desampa-  
 rando el santuario, huyeron, y buscando los yndios á el  
 hallaron que haviam caud muchas sepulturas, de don-  
 de parecia que haviam sacad cantidad de oro por lo que  
 por allí hallaron derramad y esparcido, de lo que los yu-  
 dios habían sacad. Dieron de esto aviso al capitán López,  
 que estaba en lo que, el qual envió algunas soldadas á  
 que viesen si quedavan mas sepulturas; los quales ha-  
 llaron todas las mas caudadas, y algunas que quedavan  
 por cauar, abrieron y sacaron dellas poca cantidad de oro,  
 porque devian ser de señores pocos; y con esto se bil-  
 vieron al lo que, y de allí se vino López y la demás gente  
 á Funja, donde desde á pocos días los señores y caciques  
 del Reyno así de la provincia de Funja, como de Crogota,  
 trataron de revelarse generalmente contra los Españo-  
 les. Dicese que á ello fueron ynduzidos por los mochanes  
 e xéques, que á manera de sacerdotes tienen cargo del ser-  
 vicio de los templos y de la veneracion de los simulacros  
 e ydolos, con quien tienen sus oráculos y pláticas, por me-

dio de los quales el demonio hablava á los xéques diciendo,  
 que la diversidad de sus dioses estavan ayados contra ellos,  
 porque consentian por permanecer y estar en la tierra á los Españo-  
 les, con cuya presencia habia de venir á menos su venera-  
 cion, y que devian procurar echellos della para que su ydola-  
 tria fuese adelante; y que por esta via fueren persuadidos los  
 caciques de los xéques á tratar una general conspiracion,  
 que así se puede y deve decir, pues en ella tratavan de ma-  
 tar generalmente á todos los españoles; pero la mas cier-  
 ta ocasion y causa desta conspiracion era y fue, que á  
 esta sazón los Encomendados empezaban á pedir á los yu-  
 dios de sus encomiendas los tributos y demoras, que por  
 razon de las encomiendas les haviam de dar; y como en  
 esta sazón no havia ninguna tasa ni moderacion en la  
 dar y pedir de los tributos, sino que cada un encomendado  
 pedía lo que le parecia, y los yndios y señores principales  
 no estavan aún hechos á este yugo, y entonces lo em-  
 pezaban á recibir, quisieron ver si lo podrian echar de  
 sí con tiempo ó antes de tiempo. Y así trataron esta rebel-  
 lion general, la qual ordenavan hacer y efectuar des-  
 ta manera: que cada cacique ó principal en cierto dia  
 señalad havia con sus subiectos de dar en la casa de



su encomendero y matarlo e quemarlo dentro; y para que  
 este trato y concierto no fuese descubierta por los yndios  
 ladinos que servian a los españoles de la propia nacion  
 mexicana, fueles dado parte dello y por parte de los señores  
 prometidos grandes remuneraciones por el secreto, y por parte  
 de los Reyes y personas que por tratar con los simulacros e  
 ydolos eran tenidas en gran veneracion y temidos espiritual  
 y temporalmente, les eran puestos grandes temores y ame-  
 nazas con el castigo de la ira de sus dioses, los quales serian  
 contra ellos yndinados, si descubrian el hecho de la rebe-  
 lion; y con esto no solo propusieron los yndios ladinos el  
 guardar todo el secreto, pero se ofrecieron de tomar los fre-  
 nos de los cavallo, y escondellos y ponellos en cobro de suer-  
 te, que no se pudiesen aprovechar de su ferocidad e ayuda,  
 y las yndias ladinas asimesmo por tener particular en-  
 trada en los aposentos y camaras donde los españoles  
 sus amos durmian, se ofrecieron de tomar las armas, espa-  
 das y rodela a tiempo conveniente, que no se pudiesen  
 aprovechar dello. Y determinados todas las naturales mexicas  
 de poner de la forma dicha en efecto esta su rebelion, para  
 por esta via recobrar su libertad y llevar adelante sus ydr-  
 labias y gentilibades, luego se dieron a hazer armas y

otros pertechos de guerra, para si en alguna manera vriese  
 algunos españoles que se defendiesen, tener con que ofendellos,  
 porque en las guerras y conquistas pasadas havian despen-  
 dido todo el almacen de armas que tenian. Attribuyese  
 al cacique Tunja el trato y movimiento desta rebelion, por-  
 que demas de declararlo así despues muchos yndios, este bar-  
 bano como havia sido mas agraviado que otro ninguno por  
 los españoles, por el oro que le tomaron y larga prision  
 en que le tuvieron, deseava haver entera venganza de  
 sus enemigos, y así lo procurava; y ciertamente ello se  
 efectuara y pudiese ser con muerte de todos los mas de  
 los españoles, sino permitiera Dios verdadero que con tiempo  
 fuera descubierta esta trama por una yndia ladina natu-  
 ral de la provincia de Duxtama, que servia al capitán  
 Maldonado, que era encomendero de la propia provin-  
 cia y cacique de Duxtama. Esta yndia, estando en la  
 ciudad de Sancta fee con su amo e señor, le dijo lo que  
 en la provincia de Tunja quedava ordenado y tratado, y  
 que si con tiempo no lo remediavan, que en breve ve-  
 rian la perdicion y ruina de todos los españoles. De lo  
 qual para satisfacion de la justicia, se procuro con todo  
 secreto haver ynfurmacion, y se halló ser verdad la



conspiracion. Lo qual sabido por Hernan Perez de Quesada,  
Justicia mayor del Reyno, procuro castigar esta conspira-  
cion con el menos alboroto que ser pudiese; y para este  
efecto se aprovechó curiosamente de una ocasion, que  
a la mano halló. En el pueblo de Tunja es costumbre muy  
antigua, que de quatro a quatro dias se haria y haze  
un mercado dentro del propio pueblo de el cacique, adon-  
de acudian a tratar y contratar, vender y comprar infi-  
nita gente de todas edades, al qual asimismo venian  
muchos caciques y señores principales, asi por contempla-  
cion de el cacique de el cacique Tunja en cuyo pueblo  
se haria, como por sus particulares yntereres y granje-  
rias, de las quales nunca se despreciaron estos barbaros  
por grandes y principales señores que fuesen; porque todos  
en general son dados a la avaricia; aunque algunas per-  
sonas grandes los han querido hazer escotos de este vicio,  
no han podido. Pues con esta ocasion trato Hernan Perez  
con el cacique y señor de Tunja, que deseava ser un  
mercado muy grande y suuturo, donde ynterbiniesen  
muchos de los señores y personas principales de su territo-  
rio, y oviese gran concurso de gente en él. El cacique Tun-  
ja, como estubiese sacado de su gente que no abrian

208  
descubierta el motin, ni él tampoco, no era de tan agudo  
juicio y entendimiento, como se requeria, para presumir la  
yntencion de Hernan Perez de Quesada. Al primer mer-  
cado hizo juntar todos los mas de los caciques y principales  
comarcanos, y para mas autoridad se quiso el hallar presente,  
donde se junto muy gran copia de gente, y todos, quitados  
de presumir el disinio de Hernan Perez, el qual cuan-  
do mas seguia la gente en el mercado estava, hizo salir  
los españoles armados asi a pie, como a caballo y que  
se cercasen y asegurasen el mercado de muerte, que nin-  
guna persona valiese del; y él proprio con algunos de sus  
amigos y ministros se metió por entre los principales y  
caciques, e ynterformados de quien era cada uno, em-  
pezó por el cacique y señor de Tunja, al qual por su propia  
mano cortó la caucera con un alfanje que para el efecto  
traya, y lo mismo hizo a todos los demas caciques principa-  
les, que en el mercado havia; donde con la sangre de  
los más culpados, castigo y amedrento a todos los menores  
de muerte, que no ovo tan presto quien tomase a tratar  
de esta conspiracion. Esto subcedió el año de quatroenta  
en Tunja poco tiempo despues de poblada la ciudad de  
Malaga por los españoles.



Capítulo V. en el qual se escribe, como por  
razon y temor del castigo que Hernan Perez  
de Guadaña hizo en el carizque y principa-  
les de Funja, se alzó y rebeló el Señor y ca-  
rique de Guatabita, en cuya tierra anduvo  
Hernan Perez cierto tiempo, pacificand-  
la, lispedes y minera.

El castigo que Hernan Perez de Guadaña hizo en el princi-  
pal y carizque de Funja y de los demas sus feudatarios, nin-  
guna cosa hurtijo a los demas de las provincias de Sanc-  
tafee y Beler, antes temiendo los carizques recibir la pro-  
pia pena por su mala obediencia, se comenzaron a al-  
zar con sus subiectos, no que tomasen las armas como te-  
nian pensad contra los españoles, sino solamente no  
servilles, ni vellos ni visitallos como antes solian. El  
que en esta manera de alzamiento tomó la mano, fue  
el Señor de Guatabita, que cae en la provincia de Bogo-  
ta, famoso entre sus naturales por haver sido en otro  
tiempo competidor del carizque Bogota, y aun algunos  
ay que afirman, haber sido Señor de mas gente que  
Bogota, y en nuestro tiempo es de mas subiectos que  
ningun cacique de los de la provincia de Bogota e Sanc-

209  
tafee. Esta este carizque en el camino real, que los Españ-  
les tratan y usan de de Sanctafee a Funja entre dos repartimien-  
tos y carizques llamados Guasca y Choconta. Guasca cae  
hacia la parte de Sanctafee, y Choconta hacia la parte  
de Funja, y todos son de los terminos y jurisdiccion de Sanc-  
tafee. Y por este respecto de estar este carizque Guatabita en  
el camino donde podia hazer muy gran daño a los pasa-  
xeros, fue forzoso a Hernan Perez ir con gente a pacificav-  
lo, y tambien porque algunos sus comarcanos y feudatarios  
ya comenzaban a hazer lo mesmo y a seguir su opinion.  
Entró Hernan Perez con la gente que le pareció por la tierra  
y poblacion de Guatabita, y procuró ver si por bien lo podia  
abaxar a su amistad, y a que conservase la paz que havia  
dad; pero era este barbaro de furiosa y rebelde condition  
y muy arrogante, y así jamás quiso venir a la amistad  
de los españoles, aunque en sus tierras y subiectos se les  
hacian grandes daños; porque entrando por ellas los españo-  
les con Hernan Perez su capitán, hacian todo el estrago  
que podian en las gentes deste carizque Guatabita, los  
quales animosos siguiendo la opinion de su carizque,  
estaban ahuyentados fuera de su tierra y poblacion  
en partes remotas y escondidas, tras de cerros y arcabucos



pero alla los yvan a hallar los españoles, donde los prouos  
pagauan el seguir tan locamente a su cacique; pero era  
tanta la brutalidad desta gente, que ni castigo presente,  
ni temor futuro era bastante a moverles de lo que una  
vez les dauan a entender sus principales, sino aquellos seguian  
con tanta obstinacion, que la sangre que dellos corria  
por todas partes no era poderosa a que dexand la rebe-  
lion de sus caciques, que estauan puestos en salvo, vini-  
sen a hacer lo que los españoles les deuan. Y así, los des-  
benturados unas vezes tomando las armas en las ma-  
nos, y otras huyendo, siempre recibian daño en sus per-  
sonas y haciendas. Y aunque en estas provincias de Gua-  
tabita y valles de Guacheta y Macheta, andubo Hernan  
Perez muchos dias haciendo castigo en estos, a quien ha-  
uian dado título de reuelados, nunca pudo hauer en su po-  
der al señor Guatabita, aunque despues, andando el  
tiempo, salio este cacique de paz, y fue preso y en-  
tiado a Sancta Marta por hombre facineroso e yn-  
quieto; y al fin salio de la provincia de Guatabita de-  
xandole bien castigado y asottado, donde ovieron los que  
a este castigo fueron, un buen golpe de oro. Salido que  
fue Hernan Perez del castigo de Guatabita, halló to-

250

da la mas de la tierra de Funja y Sanctafec y Veler,  
que se llama alcado y reuelado a lo menos por la parte  
por donde los terminos y naturales de todas tres ciudades  
se vienen a juntar, que es hacia donde dicen la Laguna  
de Finxaca. Y para castigar los reuelados, y por amor o por  
nigor traellos a confederacion y amistad, embio Hernan Pe-  
rez de Puesada al capitán Céspedes con ciento y treinta  
hombres, que allanase y pacificase toda la tierra. El qual  
se fue derecho al pueblo de Finxaca, que es de los terminos  
de Funja; y halló que el cacique con toda su gente y otros  
comarcanos estauan recogidos en unas yslas, que la la-  
guna de Finxaca hacia dentro en si, a las quales pasa-  
uan los Indios con balsas que de enea hacian, y por no  
ser las yslas tan grandes, que pudiese en ellas caber la  
multitud de los naturales, que a estas lagunas se reco-  
gian, hacian balsas muy grandes de la propia enea,  
y en ellas aunque groseramente hechas, hacian sus  
partidos, y habitaban y bibian sobre la laguna todas las  
mas de las familias; y por ser tan hondable esta lagu-  
na, y no poderse nadear, le fue necesario al capitán Cés-  
pedes hacer canoas y entrar con ellas navegand por  
la laguna, adelante, con que fueron echados y



ayentados los yndios, que en la laguna estauan hechos fuertes, pero no se les tomo el oro que tenian, que era gran cantidad. Y estava esta gente tan obstinada en lo que sus caciques los havián puesto, que ni por dáños que se les hacian, ni por halagos y promesas, los pudieron por esta vez atraer a la amistad de los españoles. E así en este mismo tiempo el capitán Martín Salcano havia salido de la ciudad de Veler hacia la provincia de Juane a descubrir, por lo qual havia dexado pocos españoles en el pueblo, y de esos los más se habían esparcido por sus repartimientos con mas seguridad de la que el tiempo les daua, a los quales los yndios mataron cruelmente, y juntándose muy gran número de estos barbaros, vinieron a dar sobre el capitán Juan de Ribera, que con cinco compañeros estava en su repartimiento, que por suyo tenía de esta propia provincia de Veler, llamada Saboya; trayendo estos barbaros consigo las armas y bestiduras de los españoles, que havián muerto, para que enseñándoles a los que gran a matar, ponellos mayor temor. El capitán Ribera era hombre cuidadoso entre yndios, y así nunca estava sin tener su caballo ensillado y enfrenado, y el sus armas puestas

253  
a punto; y como sintió el repentino tumulto de los yndios que le tenían cercado, con toda presteza se armo de las armas que para entre yndios se usan de algodón, y subió sobre su caballo, y con una lanza en la mano comenzó a escaramuzar y meterse entre los yndios, que pasauan en número de dos mill. Los otros españoles eran pocos, los quales así mismo arremetieron a los yndios, y en la primera arremetida fueron los tres de ellos muy mal heridos, los quales viendo de aquella manera, se metieron por una montaña y cenagales donde murieron. El capitán Ribera lo hacía también entre sus enemigos, que matando e hiviendo con la lanza muchos de ellos, le fue necesario mudar cavallo; y así lo hizo mediante el ayuda de los otros españoles, que con él havián quedado, que no se apartaban de su lado y estribos, porque con aquello y su buena diligencia guardaron la vida. Subió el capitán Ribera en otro caballo con toda presteza, y toruo a sustentar la fuerza de los enemigos, donde de puro herir en ellos, se le havia quebrado la lanza, e vio que uno de los yndios que en la pelea andauan, traya en la mano una lanza gineta, que auia sido de uno de los españoles que el día antes havián muerto; y para remediar esta necesidad



Ribera, arremetió por entre la multitud de yudios que se tenían cercados, y dando con el que traya la lanza, lo hirió con la media que en la mano llebava, y le quitó la otra que pretendia, y con ella tomó de nuevo a hazer tal estrago en los yudios, que ellos tobiéron por bien de dar lugar que se fuese y los dexase, por ver tanta sangre de los suyos derramada por el suelo y tanta multitud de cuerpos muertos, sin que el oviere recebido ninguna herida ni daño notable mas de salir con más de diezientas flechas sobre sus armas y las de su caballo hincadas. De los españoles que con él quedaron, el uno lo desamparó por ser de él, que con dificultad escaparía de las manos de los bárbaros el capitán Ribera, y él se escondió cerca de allí por no poder hazer otra cosa en su arroyo de un chorro de agua, donde el golpe del agua que de un alto caya, lo cubría, y aunque los yudios lo anduvieron a buscar y procuraron sacarlo por el rastro, nunca lo pudieron hallar, y dexand de buscarlo, tubo lugar de yr a Veler. El otro soldado que se decía Anton de palma, nunca desamparó con sus armas el lado del capitán Ribera, donde se guardó por su mucha ligereza. Dicese que en esta famosa guerra Basa le favoreció mucho al Ribera para el salir con

Vitoria un yudio que consigo tenia, que conociendo quales eran los principales y capitanes de los yudios, se dexa y señalava a quien havia de herir, y así, matando las cabeças y principales que entre los yudios venian, cesó la fuga y brio de los yudios. El capitán Ribera y Anton de palma, escapand vivos y sanos de la de Saboya, vinieron a salir al desagüero de la laguna de Tinjaca, donde el capitán Cepedes estava alexado, y su gente esparcida por algunas poblaciones comarcanas a la laguna. El qual, como supiese el suceso del capitán Ribera, y luego se viniesen a pedir socorro de parte de los vecinos de Veler, a quien los yudios tenían cercados y puestos en muy grande aprieto y peligro, por que les haviam constreñido a que con su hato se recorriesen a la plaza, se partió luego la buelta de Veler con veinte hombres, y dexó en su lugar al capitán Ribera para que haciendo recoger toda la gente, fuese luego en su seguimiento. En lo qual se detuvo Ribera mas tiempo de lo que el peligro de Veler requeria. Porque como los soldados, por las poblaciones comarcanas a la laguna se recogiesen desordenadamente, fueron algunos dellos muertos por mano de los mismos yudios, a quien andavan castigando. El Capitán Cepedes llegó a Veler, y halló hasta doce



hombres recogidos, como he dicho, en la plaza y tan faltos de comida, quan hartos de miedo. Y luego dio orden Céspedes en que se proviese de comida a los que en Veler estauan, saliendo a buscar a algunas partes, entre las quales fueron una vez quinze soldados a un pueblo de yndios llamado Fure, legua y media de Veler hacia el desembarcadero de carne, donde les salio un muy buen escuadron de yndios de guerra a defendellos la comida y matarlos si pudiesen; pero los españoles lo hizieron tan briosamente, que ahuyentand los enemigos y con grandano que en ellos hicieron, quedaron por señores deste pueblo. Un yndio de grandissima estatura y de miembros muy fornidos y fuertes, que entre los demas venia, quiso señalarse en los hechos, así como lo era en la persona; el qual traya una larga macana y media docena de dardos, los quales dependio acercandose a los españoles, y metiendose entre ellos con otros yndios que le seguian, vino este grandul a caer en suerte a un soldado llamado Juan de Quincoca, hombre de muy pequeño cuerpo, pero de gran valor e vigor de animo, a quien de velle de presencia tan diminutiva, entendio el barbaro tener sujeto y rendido, y así con la macana que traya, le tiro un golpe a la cabeza y den-

voló sobre la rodela y el casco que lleuaba, lo hizo arrojarse, pero al seguir con la macana, se le metió Juan de Quincoca al yndio de suerte, que no pudo hazer golpe en el, y llegando los dos casi a los brazos, perdió el yndio la soberbia juntamente con la vida; porque como para de tan cerca fuere Quincoca a ventajadas, sirvió con ellas al yndio de heridas de que murió allí luego. Y despues de haver estos soldados comido muchas plazones, y amedrentad los moradores dellas, se bolcieron con el bastimento que pudieron traer a Veler, donde hallaron al capitán Céspedes congoxoso con la tardanza que el capitán Ribera hacia en llegar desde la laguna de Fijjica a Veler; y con deseo de saber si venia, y hazelle que apresurase el paso, envió Céspedes dos soldados con sus sayos de armas, y espadas y rodelas, que fueron hasta un río caudaloso, que está dos leguas de Veler, llamado el río de Cuarez, a ver si venia Ribera con la gente, y que de allí se boltiesen; pero los soldados, que eran Alonso de Dalla y Tanyagua, con mas animo del que se puede presumir, pasaron adelante del río, y caminaron de noche jornada de nuebe o diez leguas, fueron a amanecer media legua de donde el capitán Ribera estava alpad,



donde hallaron gran cantidad de yudios, que el día antes  
havian sido ahuyentados por los españoles, a quien ha-  
vian acometido; y como viesen a estos dos soldados ve-  
nir solos, luego salieron con las armas en las manos con-  
tra ellos, dando muy grandes voces; pero los soldados bisten-  
do sus sayos de armas, entretuvieron con muy buen brío  
la multitud y fuerza de los bárbaros, que, como cosa sen-  
dida, les venían a tomar a manos; y defendiéndose de ellos  
valentísimamente, los entretuvieron hiriendo muchos  
de ellos, hasta que del aborramiento de Ribera fueron  
oydas las voces y gritos de los yudios; y presumiendo  
lo que fuese, salió gente española con presto, y fue-  
ron de todo junto ahuyentados los yudios. El capitán  
Ribera y los que con él estaban, se admiraron de como  
estos dos soldados se pudieron defender de tanta can-  
tidad de yudios sin ser muertos ni heridos. Y sabido al  
efecto que yban, se partieron otro día siguiente; y ca-  
minando por junto a la provincia de Saboya, fueron  
a dormir tres leguas de Veler, donde otro día de mañana  
parecieron yudios sobre ellos, que les venían a  
tomar a manos, y traían consigo, demás de sus armas  
ordinarias, muy gruesas sogas con que avían de atar

234  
los españoles; y por aborrecerlos, que impeçaba a  
caminar la gente quando asomaron a vista de los es-  
pañoles, determinaron de ylles dar una carga en la retaguar-  
dia, la qual seguían muy obstinadamente, y por ir  
tan fortalecida de buenos soldados, no se pudieron dani-  
ficar, antes los nuestros les pusieron una emboscada  
en un pequeño monte, donde dexaron escondidos ciertos  
españoles, y como los demas fingiesen que huían, los  
yudios se dieron a seguirlos ciegameute, hasta que dexa-  
ron a sus espaldas los de la emboscada, los quales sa-  
liendo a ellos, les hicieron todo el daño que pudieron, re-  
volvendo sobre los propios yudios los que fingían ir  
huýendo. Hicieron y tomaron finos obra de veinte  
de estos bárbaros, a los que les ataron con las sogas  
que traían para atar a los españoles, y así fueron  
llevados a Veler, donde fueron recibidos con mucho  
contento y alegría.



Capítulo VI en que se describe, como sa-  
lió el capitán Céspedes de la ciudad de Se-  
ler con su gente, y se entró en el rincón de Se-  
ler a castigar los reueldes, que en él hauiá,  
y como á cauo de cierto tiempo y despues  
de hauer andado pacificando por algunas  
partes, se volvió a alexar a la laguna  
de Tinjaca.

Con este socorro que el capitán Céspedes hizo a Se-  
ler se aseguró en alguna manera la gente española, que  
en aquel pueblo residia; y dende a poco, vino su capi-  
tan Martín Galeano que avia yd a descubrir las  
provincias de Guane; y con la gente que consigo traya  
que de Se-ler avia llevado, quedó el pueblo seguro;  
y el capitán Céspedes se partió a ver si podía pacificar  
los naturales y gente del rincón llamado de Se-ler, que  
es ciertas poblaciones de gente yndomita y muy rebelo-  
sa, que jamas los an podido quietar ni asegurar por  
entero. Las poblaciones principales, que en este rincón  
ay, son Saboya, cazique muy temido en sus rebe-  
liones, Fiquisoque, Agata y otras que incluyen

255

en si gran cantidad de naturales. A estos yndios no los pone  
ni ha puesto en reputacion de belicosos los bríos que tienen,  
porque no son mas animosos ni de mayor vigor, que los de-  
mas naturales del nuevo Reyno, que todos son mexicas; mas  
halos puesto en esta reputacion la fortaleza de los lugares  
en que hanitan, y las armas de que usan, que son ar-  
cos y flechas envenenadas de muy ponçonosa yerua,  
que pocos escapan con las vidas de los a quien hieran,  
y juntamente con esto vieron en poner por los caminos  
mucha cantidad de puyas, untadas con yerua de  
puntas, contra los que entran e van hacia sus pueblos,  
y esta es la mayor y mas larga guerra que estos yndios  
hacen, porque una sola yndia sija hasta a dar guerra  
a un exercito de españoles; porque tomando gran can-  
tidad destas puyas, las ha con mucha presteza fixando  
en el suelo lo mas escondidamente que pueda, poniendo  
siempre las puntas contra los que van caminando; y  
como el número de las puyas es tanto, no basta ningun  
remedio a descomponellas; y así se empuyen muchos  
españoles e yndios de los que en su servicio llevan, de  
los quales, como he dicho, escapan pocos. Para contra  
estas puyas y género de guerra que los yndios hacen



taron, tienen los españoles por remedio hacer unas antiparas  
nas de algodón, que son unas medias calzadas estofadas de  
algodón y esleçadas, que llevan de grueso una mano, con  
sus peales de propia suerte. Los que van delante, llevan  
calzadas estas antiparas, y van con ellas quebrando y  
descomponiendo las puyas de suerte, que los que atrás vie-  
nen, si derecha mente los siguen, pocas veces se empu-  
yan ni lastiman; pero si se apartan a un lado ó a otro  
del camino por donde los de las antiparas no han hecho  
de ni pisado, facilmente tropiegan en las puyas y se  
hieren, como he dicho, sin tener casi remedio ninguno,  
sino es hacer en ellos carnicerías y anotonías, como acer-  
ca de la conquista de la gente de los Musos, dixé. Enten-  
do que fue el capitán Céspedes entre estas gentes de este  
rincon de Velez, para pacificallos y atraellos a la amistad  
de los españoles y vecinos de Velez, hizo muy poco efecto  
su entrada; porque como estos bárbaros estuviessen obs-  
tinados en conservar su libertad, para, mediante ella, vivir  
en su gentilidad y llevar adelante sus ydolatrías, te-  
nieron luego las armas, y comenzaron a ponersele delan-  
te al capitán Céspedes, y a mostrarle con muchos ri-  
xas y meneces del cuerpo hechos por vía de escarimo, los

256  
ropas y vestidos de los españoles, que poco tiempo antes avian  
muerto cerca desta provincia, diciendo a grandes voces, que  
por los ynterpretes que llevaban los españoles eran enten-  
didos, que no querían de entrarse por sus tierras pensando  
atraellos a su amistad, porque era en vano su entrada,  
antes si con obstinacion pretendiesen por vía de guerra de-  
mallas y pacificallos, recibirían de su mano el galardón y  
fin que los dueños, cuyas eran las ropas que les mostraban,  
avian recebido; y que lo mas acertado y provechoso para  
los españoles era, el volver a salir, con lo qual asegurarian  
sus vidas. Pero Céspedes, considerando como no era cosa que  
a él ni a los que le seguían, convenia el hacer lo que los  
yndios le dexaban, prosiguió su camino, y entrósele por  
la tierra adentro, sin embargo de la resistencia que le  
saboron a hacer, y cada día le hacían; y comenzó a  
andar por las poblaciones de este rincón, teniendo coti-  
dianamente requentros y guacabaras con los yndios.  
Aunque siempre eran rebatidos y desbaratados con pérdida  
de su gente por los mestros, ninguna cosa les castigava,  
porque algunas vezes herían y mataban algún espa-  
ñol que lo tenían ellos por entera victoria. Anduvo  
por esta tierra el capitán Céspedes dos meses, que como



he dicho, nunca le faltó guerra con los yndios. Y viendo que por bien ni por mal no podía atraellos a su amistad, y como su presencia era necesaria, por la gente que tenía, para castigar otros muchos rebeldes, que en las provincias de Tunja y Santafec se avian alçado, se salió con su gente de esta provincia y rincón de Vélez, dexando los yndios bien descalabrados, aunque no corregidos ni enmendados. En esta salida casi en la propia provincia subcedio, que nueve Soldados se apartaron un dia de la demás gente que yban marchando, y fueron a dar a su alojamiento e rancheria, donde estavan recogidos mas de cinco mill personas con sus vigueras y haciendas en su pedago de campiña rasa, que entre un arcabuco e montañuela se hacia. Estos Soldados llegaron tan de repente a este alojamiento donde toda esta multitud de yndios estava recogida, que no tubieron lugar de volver las espaldas; porque los yndios les tenían ya tomado el paso, por donde abian de salir; por lo qual les fue forzoso acometer a pelear con aquella canalla, la qual luego que vieron los españoles, tomaron las armas con mucho contento pareciendoles que los tenían ya rendidos; pero los nuestros acometiendo a ellos con mucho brío y ánimo, los comen-

garon a herir de tal suerte, que los unos por huir, y otros por acometer a ofender a los españoles, se embarracauan y estorbauan, pero no dexaban de tirar sus lanças y gran cantidad de tiraderas con que hirieron a los quatro dellos; pero no de suerte que dexasen de pelear y hazer imposible para conservar sus vidas, las quales pretendian los yndios sacrificar a sus simulacros. En esta pelea oprimio el temor de la vida a la embidia, porque como estos españoles viesse en aquel alojamiento gran cantidad de oro, ninguno osó abatirse a ello, antes se dexian, que en ninguna manera se detubiesen ni ocupasen en tomar del oro queavian, si no querian perecer todos; mas que diesen prisa a herir y ahuyentar aquella multitud de gente, que delante tenían, y luego tomarian lo que quisiesen, pero como los yndios fueron en tanta cantidad, por muchos que los españoles herian y mataban, parecia que no faltaba persona ninguna, ni se hacia daño en ellos, y desta suerte no pudieron conseguir su deseo, ni tomar ningún oro, antes viendose ya cansados de pelear con los yndios, procuraron retirarse si los yndios les daban lugar, los quales por no poder vencer los yndios mitos animos de estos españoles, y ver el estrago que los suyos recibian de sus ma-



nos y cortadoras espadas, les dieron lugar a que pudiesen salir y retirarse despues de haver recibido dellos notable dano, con muerte de ynfinitos yudios que mataron e hixieron, y asi se tomaron a recoger donde la demas gente yba marchando, y dieron aviso al capitán Céspedes de lo que les havia pasado. El qual luego otro dia embió cantidad de soldados para que diesen en este alojamiento y rancheria de los yudios; pero no hallaron en él la gente que se havia mudado a otra parte, y así se volvieron sin hacer lo que pretendian, y el capitán Céspedes prosiguió su viaje. En tanto que las cosas referidas passaban en el rincón de Velez y provincias de Saboya, en la ciudad de Sancti spée no tenían menos de atrevido, por haverse muchos caciques particulares alterado y revelado, y así salieron diversos capitanes a castigar los rebeldes, y como la tierra es mas llana y mas masa, y los naturales mas domésticos y que no usan de arcos ni flechas, ni de la pestifera y mortifera yerba de que poco ha tratamos, fueron con mas facilidad sujetados y reducidos a la servidumbre de los españoles. Pero a la sazón que Céspedes salia de Saboya, se avia alçado el señor de Suera con sus sujetos, y Vbate,

y Suta y Tansa, y Siminjás y otros muchos pueblos comarcanos a estos; a los quales embió Hernán Pérez de Quesada al capitán Juan de Arevalo con copia de soldados, que los reduxese por bien y sino, hiziese en ellos el castigo necesario para pacificación. El qual se aloró en el pueblo de Suera, y de allí embiaba a correr la tierra y a pacificar y tomar los rreuedes. El capitán Céspedes yend marchando y entendiendo en pacificar la gente por do yba, que toda estava rebelde, tuvo noticia de que hacia la parte de los musos, estava recogida cierta cantidad de gente moxca en unas peñas altas, picadas y fortalecidas, a los quales embió al capitán Buena con treinta hombres y llegados que fueron junto a las peñas, los yudios se pusieron a defender la subida a los españoles, que era muy derecha y avian de yr asidos abejucos para no caer; y aunque derribaron algunos de los que subian a lo alto en efecto, mediante la ligereza y fortaleza de dos buenos soldados llamados Pero Gutierrez canario y Alonso de Olalla, que punand contra la fuerza del lugar y multitud de los que lo defendian, subieron con notable peligro de sus personas y vidas, y rebatiendo a los que resistian la subida, dieron lu-



gar a que los demas Indios que tan bien lo hicieron  
valerosamente, subiesen sobre el peñol, y luego todos jun-  
tos echaron del a los yndios y gente de todo el fuerte, que  
en el estauan fortalecidos, para que se fuesen a sus pueblos.  
Y como no haviam concluido este hecho, quando de otro  
lugar mas alto baxo contra los nuestros un escuadron  
de dosientos yndios a punto de pelear, muy cargados de  
lanças, y tiraderas y macanas, con los quales se traxo  
la pelea y tubo gran rato, por tener los yndios el lu-  
gar mas auentajado y alto, de donde mas a su saluo  
ofendian a los nuestros; mas todavia los desbarataron y  
ahuyentaron, haciendo en ellos el daño y estrago que  
pudieron, haviendo los españoles recebido de daño de sus  
manos solamente las heridas que a un español se dieron,  
pues con quedar estos yndios desbaratados, ganaron entre los  
nuestros reputacion de mas valientes que otros muchos de  
propia nacion; y con todos estos desbarates jamas se  
acabauan de bolverse a la antigua confederacion de los  
españoles, y que cierto la descauan eficazmente. Volvió-  
se con esto el capitán Ribera a donde el capitán Céspedes  
auia quedado alojado, y de allí todos juntos tomaron  
la via de Corocota donde tuvieron algunos encuentros con

2186a

algunos de los yndios rebeldes, y corocota bolvió a  
boya, donde havia havido la guacauara el capitán Nie-  
ta solo, cuyos naturales juntos en gran cantidad esperaron  
con las armas en las manos y como salieron al camino con  
ellas, a recibir a los nuestros; pero fueron con mucha  
facilidad rebatidos y ahuyentados, sin que recibiesen  
ningun daño los españoles. Tenian estos naturales puesto en  
el camino por donde los españolesavian de pasar, del cuer-  
po muerto de un español que al capitán Ribera le  
tomaron a mano, para por esta via biterperables de  
gente que no se benganca por entero de ellos, y de aqui  
dieron la vuelta hacia el desaguadero de la laguna de  
Hinjaca, donde el capitán Céspedes se alojó con su gente.

Capítulo VII en que se escribe, como la tierra se  
acauo de pacificar mediante el vigor de que usaron  
los españoles, y capitanes que a ello salieron de Sanc-  
tafee y Hinjaca, y algunos particulares sucesos de espa-  
ñoles e yndios, y la toma de los peñoles de Siminjaca,  
y Juta y Tansa, donde mucha cantidad de naturales  
se auian recogido y fortalecido.  
Estando alojado el capitán Céspedes en el desaguadero de la



laguna de Siminjacá supo por nueva cuenta, como otros  
los más de los naturales de los pueblos comarcanos esta-  
van recogidos y hechos fuertes en un peñol, que por es-  
tar junto a un pueblo llamado de sus naturales Si-  
minjacá, fue dicho el peñol de Siminjacá. Era este  
peñol una sierra muy derecha, en la qual havia al-  
gunas concabidades y cuebas, á las qua les subian por  
un tray estrecho, angosto y derecho camino, que con poca  
resistencia que de lo alto se hiciese, bastarian a de-  
fender la subida a qualesquier fortisimos setados.  
En cuebas y concabidades que estauan puestas unas  
sobre otras, y altas de lo llamo más de quatrocientos  
estados, se avian recogido todos los naturales de los  
pueblos dichos con sus mugeres e hijos; y en la verdad  
no avian escogido mal sitio para su defensa, si lo su-  
pieran defender y conservar, pero como esta gente sea en  
si tan cobarde, y por ventura permitia Dios poderse  
que a esta sazón lo fuesen, fueles ganado el peñol por  
el valor de los soldados españoles que a el subieron, lo qual  
paso desta manera. El capitán Céspedes con la gente espa-  
ñola que con él estava, se partió la vía de Siminjacá y  
llegó al pueblo desde donde vio todos los yndios encontrados

239<sup>o</sup>  
y puestos por aquellas ángulas de peñas y cuebas, desde  
donde luego que vieron a los españoles, comenzaron a decirles  
muchos improperios y demeritos, y tiralles piedras, y palos  
y otras ymnundicias con que ofendellos. El capitán Céspedes  
començo a ablatles desde donde estava con las leguas  
que tenía y a decirles, que se moderasen y dexasen de se-  
guir su opinion y reverde obstinacion, y dexand las ar-  
mas se baxasen a sus pueblos y moradas, donde vivirian con  
quietud y reposo, y se les perdonaria la ofensa y delito de su  
alcamiento. Los bárbaros como se veyan corroborados  
en aquellas cuebas, que cierto era lugar bien fortificado  
por naturaleza, menospreciand lo que el capitán les  
decia, le respondian vituperand le y con palabras, y  
tirandole armas desde lo alto con que ofendelle; y  
asique otras vezes les rogo y contido con la paz y amistad,  
los yndios nunca quisieron venir en ello. Lo qual visto  
por el capitán Céspedes y por los que con él estava, entraron  
en consulta para tratar de que suerte se podría asaltar y des-  
baratar aquel ynezumable fuerte sin daño de los españo-  
les, y jamas hallaron modo conbenible, sino era sajan-  
do los yndios abaxo a pelear con los españoles, para que  
juntandose con ellos subiesen muy pegados, de suerte



que los que mas altos estauan, no les pudiesen ofender con  
sus armas arrojadizas, por temor de no herir a sus propios  
compañeros; y así fue concertado, que ciertos soldados peo-  
nes muy ligeros caminaron otro día de mañana y pararon  
por cerca del peñol, donde los yndios estauan fingiend  
y adelantate, para que si despues, llegando la demás gente  
española, los yndios barasen a tener quaxaxara con ellos,  
los soldados peones acudiesen por las espaldas, y diesen en  
ellos y les fuesen ganand lo alto con poco peligro. Lo qual  
se efectuó así a muy poca costa de los nuestros. Dize que  
como del pueblo de Finxaca saliese un caudillo llamado  
Murcia con hasta quinze buenos soldados, y passase por  
junto al peñol, los yndios lo comenzaron a deshonrar  
y tirar de las armas que tenían, creyendo que yua a su-  
bir donde estauan; mas como los vieron pasar de largo,  
baxaron de lo alto muy gran cantidad de barbas para  
ellos siguiend; y desde que abaxo se vieron, hallaron  
junto así al capitán Céspedes con la demás gente española,  
con los quales comenzaron a pelear y a herirle algunos  
soldados. Murcia y sus compañeros desde que oyó la grita,  
subió una media ladera y animose al propio peñol de  
tal suerte, que por yr tan pegado, lo de lo alto no le

220  
podian hazer mal ni aun ver, y revolviend sobre donde los  
yndios estauan peleand con el capitán Céspedes, les tomaron  
las espaldas y comenzaron a herir en ellos. Los yndios, como sin-  
tieron herirse por las espaldas, se volvieron a tomar el ca-  
mino e senda por donde avian de subir a su fortaleza; y pa-  
sando por entre los espasmoles que a sus espaldas tenían,  
comenzaron a subir los que de sus manos escaparon la  
cuesta arriba, y a seguirlos algunos ligeros soldados para  
ser tan presto como ellos en lo alto, donde estauan alojados  
en estrechas cuevas. Entre los soldados españoles que  
seguian a los yndios, llevava la delantera Alonso de  
Nalla, que era hombre suelto y ligero; y llegado a la pri-  
mera cueva, donde ya los yndios se empezaban a hazer  
fuerzas, los rebatió y embeturo que no defendiesen la  
subida a los demás españoles, que en su seguimiento yran,  
hasta que llegaron Pero Gutierrez canario, y Juan de  
Pimeoces, y Miguel Sanchez, y un Anton flamenco  
que luego llegó tras de Nalla, los quales mediante lo  
mucho y animosamente que pelearon y trabajaron, cons-  
tinieron a los barnavos a que desamparand aquella  
cueva donde estauan, se retirasesen a otra mas alta  
y demás trabajosa subida, la qual defendian brisamen-